

EL PSICOANÁLISIS EN LO SOCIAL



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

DIF



Asociación Psicoanalítica
de Orientación Lacaniana, A.C.

EL PSICOANÁLISIS EN LO SOCIAL



“Proyecto financiado por el Programa Coinversión para el Bienestar de las Niñas, Niños, Adolescentes y Personas con Discapacidad 2023, con recursos públicos del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia de la Ciudad de México.”

“Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en la Ciudad de México, será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.”



Índice

- 1 Introducción
- 2 Antonino Bori: Sobre el uso del psicoanálisis en instituciones
- 9 Miriam Gutiérrez Prieto: La espina de la rosa. El saber inconsciente
- 17 Mariana Jiménez Ruiz: Mi experiencia con la Práctica entre varios
- 21 Rosalba López González: Cascareando Ando
- La experiencia del Ce.Cli***
- 32 Antonio Di Ciaccia: Ocho variaciones sobre tema
- 39 Massimo Termini: La palabra y el inconsciente: el coloquio y su orientación clínica
- 63 Paola D'Amelio: Radiografía de un ciclo
- 75 Beatrice Bosi y Ezio De Francesco: Casos graves y pasaje al acto
- 85 Laura Storti: Mujeres en tránsito: historia de un centro de acogida
- 108 Céline Menghi: ¿La palabra es aún digna de sorprender a quien habla?



Introducción

Este volumen representa el intento de producir una guía para una orientación metodológica basada en el psicoanálisis en el trabajo de desarrollo social.

Los autores y autoras se aplican por demostrar como el psicoanálisis pueda utilizarse de forma ética, produciendo efectos de verdadera atención en las personas que se atienden. Verdadera atención quiere decir que se les permite elaborar una solución personal, sin enjaularlas en soluciones estándares, que causan el riesgo de incrementar su malestar, yendo de lo mal a lo peor.

El volumen se compone de dos partes.

La primera contiene los trabajos de profesionales de la Ciudad de México, que han utilizado el psicoanálisis en su labor psicosocial y intentan demostrar su eficacia, apoyándose en la descripción de experiencias realizadas – véase el texto de Rosalba López González -, o en la definición de la posición operativa que se desprende de la orientación psicoanalítica – véase el texto de Mariana Jiménez Ruíz-. Otros trabajos intentan transmitir la consecuencia de la descubierta freudiana del inconsciente y sus implicaciones en un procedimiento de atención – véase los textos de Miriam Gutiérrez Prieto y Antonino Bori.

La segunda parte contiene la fundamentación clínica-metodológica y testimonios de la puesta en marcia de instituciones estructuradas según el psicoanálisis en Italia, con el objetivo de poner a disposición este recurso metodológico a la mayoría de las personas: cosa que constituía el anhelo de Freud.

Se agradece a la Dirección Ejecutiva de Apoyo a las Niñas, Niños y Adolescentes (DEAN-NA) de CDMX, para habernos ofrecido la posibilidad de hacernos sus colaboradores en el trabajo extraordinario y valioso del cual está encargada. Citamos en particular su director ejecutivo, el Lic. Miguel Humberto Jaramillo Guzmán y a todo su extraordinario equipo. Un agradecimiento particular va al Lic. Raúl Cruz Cartas, por haber promovido el uso del psicoanálisis en el DIF CDMX.

Antonino Bori¹:

Sobre el uso del psicoanálisis en instituciones

El título se refiere a la cuestión: ¿Se puede utilizar el psicoanálisis en el trabajo de desarrollo social al cual se dedican ciertas instituciones gubernamentales y de la sociedad civil? Se trata de responder a esta cuestión e indicar como las modalidades y los fines de dichas instituciones pueden volverse isomorfas con aquellas del psicoanálisis.

La definición de “isomorfo” que da la Real Academia Española es: “Dicho de dos o más cuerpos: Que, con diferente composición química, presentan igual estructura cristalina y pueden cristalizar asociados; p. ej., el espato de Islandia y la giobertita, que forman la dolomía”.

Entonces en nuestro caso se trata de demostrar la “igualdad de la estructura cristalina” entre psicoanálisis e instituciones cuyo fin es el desarrollo social y que “asociados” se pueden componer. Por eso tendremos que hacer un cierto recorrido conceptual.

De la política, la estrategia y la táctica

Siempre según la Real Academia Española, la definición de política es: “Arte o traza con que se conduce un asunto o se emplean los medios para alcanzar un fin determinado”. La política orienta la estrategia (medios de trabajo) y la táctica (acciones que se realizan), que, ambas, son sometidas a ella.²

Tratándose del desarrollo social, siguiendo de nuevo la Real Academia, se trataría de: “Dicho de una comunidad humana: Progresar o crecer, especialmente en el ámbito económico, social o cultural”. Nos referimos nuevamente al diccionario por la definición de “progresar”: “Avanzar, mejorar, hacer adelantos en determinada materia”.

Por fin, última referencia etimológica, por “mejoramiento” se entiende “Ponerse en lugar o grado ventajoso respecto del que antes se tenía”.

Y aquí entramos en el vivo de la cuestión: la medición. En el ámbito de la singularidad de cada persona ¿Cómo se podría definir un mejoramiento? ¿Quién puede calcularlo? ¿Sobre la base de qué se podría, respeto a un antes y un después, opinar sobre una mejora?

¹ Psicoanalista en CDMX, fundador y secretario del Consejo Directivo de APOL.

² Carl von Clausewitz, De la guerra, <https://archive.org/details/ClausewitzKarlVonDeLaGuerra/page/n51/mode/2up?q=objeto>

Resulta evidente que la posibilidad de la numeración escapa al ámbito subjetivo y que solo la persona interesada puede decidir sobre este predicado.

Aquí entran en juego la estrategia y la táctica como instrumentos para producir esta mejora, que solo se sostiene en una evaluación singular. “Singular” quiere decir único, que no se puede medir con ninguna otra cosa.

Estrategias y tácticas universales

El discurso que impera en las sociedades humanas funciona con conceptos universales. Se les laman valores, ideales, principios etc., y cubren todos los ámbitos de la estructura social: familiar, laboral, cultural, religioso, político etc., incluso lo de la delincuencia organizada.

Este discurso, por su mismo funcionamiento, produce malestar. Es que, este mismo funcionamiento, excluye, rechaza, expulsa la parte singular de cada persona, la cual no se queda inerte y reclama su presencia en el mundo. Reaparece, en efecto, como tropiezos, como lo que se opone al buen funcionamiento que exige cada valor vigente, como resistencia, como oposición, como obstáculo. No estaremos aquí a enumerar las situaciones específicas en las cuales se manifiesta este “regreso al mundo de la singularidad”: son bien notas a todos.

Se deduce que cualquier estrategia y táctica fundadas sobre este discurso universal – creada con la intención de eliminar estos obstáculos y hacer de manera que “las cosas funcionen” – está destinada al fracaso.

De la singularidad

Nuevamente utilizamos la Real Academia Española, que da esta definición de lo singular: “solo (único en su especie)”, y la palabra “solo” se define: “Que está sin otra cosa o que se mira separado de ella”.

Esta entidad del psiquismo no es compatible con nada, no se casa con ninguna otra cosa, aparece siempre como negación de todas las cosas.

Evidentemente, en la pura singularidad no es posibles el lazo social. Algo del psiquismo cede, se casa con los valores sociales y se conforma (con reserva) a ellos. Así aparece que el sistema psíquico está dividido entre el rechazo y la aceptación, y la variedad de las posiciones subjetivas depende de la proporción entre las dos áreas psíquicas.

¿Qué es lo que hace que el psiquismo se conecta o rechace las cosas?

Lacan llama este suceso un “insondable decisión del ser”, algo que adviene en el momento mismo de la originaria división subjetiva, en un nivel de automatismo energético, previo a cualquier tipo de subjetividad, y esta última inicia justo en este momento primordial.

Las “cosas” son las palabras

Las cosas con las cuales tiene que ver el humano son las palabras: los significantes en términos de lingüística. El mundo humano está mediato por la estructura simbólica: las imágenes sin el nombre no existirían. Entonces esta aceptación (siempre parcial) o rechazo se aplica al signifi- cante, al soporte puramente sonoro de la palabra.

Esta relación fundamental con la palabra hace surgir un referente: un Otro que tendría el poder de sanar la división subjetiva del sujeto. Pero este Otro no existe. Entonces se inventan cosas para hacerlo existir: es el invento más original y adecuado que se puede pensar para el equilibrio de cada persona. Se le llama síntoma, una formación de compromiso entre las dos partes del psiquismo, que las satisface ambas, aunque ninguna de forma completa, por eso produce insatisfacción.

El síntoma

El síntoma se manifiesta, dice Freud, en las dos esferas fundamentales de los humanos: Liebe und Arbeit, en el amor y en el trabajo. Aquí también no se necesitan ejemplos para demostrar la exactitud de la afirmación freudiana: son al alcance de cualquiera. Algo no anda allí. Y no de una forma accidental, sino como una necesidad de estructura.

La preciosidad, la fuerza, la necesidad del síntoma hace que se resista a cualquier intento de eliminarlo o modificarlo como querría cualquier tipo de intervención fundada en el discurso universal. Si se hacen forzamientos se produce un malestar mayor en los sujetos y un anhelo a restaurar las condiciones sintomáticas.

Entonces, si la condición sintomática, aunque productora de insatisfacción, es la solución que el sujeto ha construido para alcanzar su máximo bienestar, ¿como poder intervenir allí para que algo de este equilibrio interior se modifique en el sentido de una mejora?

Intervenciones sobre la singularidad

Las palabras condenan y las palabras salvan. La construcción del síntoma se realiza por medio de palabras, así que por medio de palabras es posible reconstruir el proceso a la inversa y hacer consciente su causa: el núcleo rechazante del psiquismo.

¿Qué se necesita para activar este proceso de elaboración de su propia condición existencial?

Hay que partir de la queja. La queja que produce el malestar debido a la división subjetiva. Esta queja se vuelve demanda. Y la posibilidad de activar en el sujeto este proceso cognoscitivo depende de la respuesta que se le da. Tiene que ser una respuesta que abra el proceso, que no lo cierre. En lugar de pensar una solución para el sujeto (que sería del orden del discurso universal), hay que soportar la suspensión de la respuesta y permitir en el sujeto el desarrollo de un discurso que contenga su implicación en la queja y produzca un interrogativo sobre su posición en los hechos que relata. El proceso inicia.

Política: permitir que el sujeto descubre la causa de su malestar.

Estrategia: permitir el libre desarrollo de la palabra.

Táctica: no responder a la demanda (de manera estándar).

Variedades de las demandas institucionales

Se pueden distinguir tres modalidades de demandas – las tres espurias – que llegan a una institución encargada del desarrollo social, como es la Dirección Ejecutiva de Apoyo a Niñas, Niños y Adolescentes (DEANNA) del DIF de Ciudad de México:

1. Demandas espurias; “Llamamos espuria aquella demanda que no sólo no se conecte con el inconsciente, sino que no encuentra ni siquiera las coordenadas que permitirían al sujeto de dirigirse a su supuesto destinatario. Se trata a veces de una demanda que nace de un sufrimiento que toca a aquel que sufre haciéndole perder por completo el autocontrol; o bien de una demanda que proviene de un sufrimiento de otros, de un familiar o de una persona amiga, por ejemplo; otras veces, causada por una precariedad social o profesional que deja en apuros a la persona que ya no sabe qué hacer”.³

3 Véase el texto de Antonio Di Ciaccia en este volumen.

2. Demandas o denuncias de vecinos; una variante de demanda espuria que coincide con la ausencia de demanda en los sujetos interesados.
3. Demandas espurias propiamente dichas; en este tipo de demanda “quien sufre se dirige a un terapeuta para aliviar su pena, así como se va al médico para curar una enfermedad. En este caso es síntoma no ha adquirido el valor de un síntoma psicoanalítico; en otros términos, es síntoma mantiene el mismo valor de un síntoma médico, es decir se indica médico la presencia de un disturbio o de una disfunción, no hace todavía signo al paciente que algo no va y su repetición por lo tanto no se conecta a ningún sentido. Nosotros decimos que el síntoma adquiere una valencia psicoanalítica sólo en este caso: cuando se engancha a un sentido que queda todavía oscuro y exige de ser aclarado e interpretado”⁴.

Codificación institucional de las respuestas

La institución responde a estas demandas por medio de procesos codificados, contruidos en función de leyes que resguardan principios desde los cuales se desprenden sus funciones institucionales: otorgar becas, separar las niñas o los niños de las familias que las y los amenazan en su integridad física y mental, intervenir con la mano dura de la ley en los casos de delitos consumados. Los procesos de intervención se fragmentan en una red de instituciones con diferentes funciones: abrir la carpeta de casos, decidir sobre el tipo de resolución del caso, enviar el sujeto a otra institución correspondiente, etc.

La atención psicológica y pedagógica que se otorgan están contaminadas por esta programación estándar de la respuesta, que decide de antemano la solución más adecuada por los sujetos atendidos.

El pájaro ya huyó de la jaula.

La urgencia

En los casos de urgencia esta cuestión de la respuesta se hace más apremiante. La intervención tiene que ser estructurada al revés.

¿Como podemos definir “grave” una demanda que produce un sujeto en un estado de urgencia? “Digamos que la gravedad concierne, por un lado, la estructura de la personalidad del sujeto y, por el otro, la precariedad social en la cual están sumergidos estos

4 *Idem.*

individuos, una precariedad que puede ir de la dificultad a insertarse en el tejido social hasta el riesgo de un progresivo desprendimiento de ello”⁵.

En los casos graves encontramos una urgencia que se presenta como un sufrimiento del cual estos sujetos están invadidos, que se asocia al peligro, siempre más apremiante, de cometer un acto que podría resultar fatal. Es un estado en donde la función equilibradora del síntoma ya pelagra y corre el riesgo de derrumbarse.

En estos casos la desorganización psíquica es tal que el sujeto se orienta casi por completo hacia su singularidad, es decir hacia el peligro de muerte - por sí y por los demás - de desconexión de cualquier lazo social. Esta tendencia a la nada fue bautizada por Lacan con el término de “goce”, y por Freud como “pulsión de muerte”.

“Si, como subraya Jacques-Alain Miller, el momento actual está bajo el signo de una pragmática caracterizada por el “culto del funciona” entonces nuestra pragmática es aquella que se mueve en el terreno de un “arreglársela con”, que va en el sentido de sostener cada sujeto a partir de su propio malestar. En esta lógica nuestra posición respecto del paciente no busca un aplanamiento conformante, sino busca de favorecer, una y otra vez, un tipo de lazo con el otro que permita de contener la pulsión de muerte. Se trata entonces de mantener una posición extremadamente respetuosa de la palabra del sujeto, para acompañarlo, por un tramo, a retomar el camino que por él es posible recorrer. Se trata también de dar al sujeto el espacio y el tiempo necesario para encontrar una solución, que la mayoría de las veces ya tiene a disposición, pero se confunde en el desorden en el cual se está perdiendo”⁶.

Es decir, en esto tipo de sujeto, al contrario de aquellos en que el síntoma ampara, aunque produciendo malestar, se trata de permitirle reconstruir un síntoma que lo contenga.

Hay que decir que la mayoría de los casos con los cuales tiene que ver la Institución DEANNA son de este tipo.

“Asociados” entre psicoanálisis e instituciones

En base a lo anterior, proponemos algunos tipos de “asociados” basados en el isomorfismo entre instituciones y psicoanálisis. Este isomorfismo se demuestra en el principio político institucional de “la mejora”, al cual el psicoanálisis responde con la lógica del permitir a los sujetos “arreglársela con”, y otorga los medios (el coloquio clínico) y

5 Véase el texto de Beatrice Bosi y Ezio De Francesco en este volumen.

6 *Idem.*

las acciones: absoluto respeto de la palabra del sujeto.

Un asociado puede ser crear un espacio institucional exclusivo de acogida de los casos graves, en donde las y los operadores sean en formación teórica y control de casos continua y seleccionados en base a su disposición efectiva de orientarse sobre los principios teóricos del psicoanálisis. Es el modelo del *Ce.Cli* (Centros Clínicos con orientación psicoanalítica) del cual se describe la lógica y el alcance en la segunda parte del volumen.

Otro asociado puede ser perfeccionar la difusión e incorporación en las instituciones DEANNA del método denominado la Práctica Entre Varios, otra aplicación del psicoanálisis, ya conocido en los Centros de Día por actividades anteriores, que crea un clima institucional respirable y pacificante que permite a los huéspedes un trabajo sobre su situación existencial. Un ejemplo de su aplicación está en los textos Mariana Jiménez Ruiz y de Rosalba López González en este volumen.

Se pueden utilizar ambos asociados al mismo tiempo, aunque de forma separada, como se puede ver en el artículo de Laura Storti "Mujeres en tránsito: historia de un centro de acogida".⁷

Es tiempo de enjaular el goce mortífero.



⁷ Véase el texto de Laura Storti en este volumen.

Miriam Gutiérrez Prieto⁸:

La espina de la rosa. El saber inconsciente

"...Sabemos que el lenguaje es como la luna y tiene su hemisferio de sombra."
Jorge Luis Borges.

Este artículo surge de la oportunidad generada por la realización del proyecto de colaboración con el DIF CDMX⁹. Representa para nuestra práctica clínica, un abono para el campo del psicoanálisis, en su plasticidad, en el espíritu de mantener vivo el espacio de recreación, y abierto a los saberes que lo social le ofrece.

Abordaré fragmentariamente, el concepto de sujeto, su relación con el inconsciente, las manifestaciones del síntoma y la palabra, desde la angustia que cada sujeto vive. Este sujeto que va a ser escuchado en la institución. Y la propuesta del proyecto, es un lugar desde el cual escuchar, el lugar de la escucha psicoanalítica.

La propuesta está siempre en construcción. En la medida de la imposibilidad que como plantea Freud, constituyen los tres imposibles; curar, educar y gobernar. Es como lo una ventana, un hueco que completa un muro.

Son imposibles, precisamente, porque no se pueden realizar por decreto. No se puede ordenar, está el sujeto que elige. El deseo del sujeto, sí, proviene del Otro, dentro de este marco, ese expresa la libertad de elegir. Se abre así un diálogo, siempre abierto, vivo por el vacío de saber que significa el sujeto.

¿Qué es un sujeto para Lacan?

Halar del sujeto, es hablar de su existencia a condición de la otredad. Es lo que Lacan llama con Heidegger: ek-sistencia, es decir, algo que no existe y de lo cual se advierte la presencia a causa de sus efectos (por ejemplo, en la alucinación y en el acting out).

El psicoanálisis no es una ciencia, es "una forma de saber". El psicoanálisis es un discurso. Un discurso incompleto, que nombra la existencia del sujeto, y que al nombrarse lo vacía.

⁸ Psicoanalista en CDMX, Fundadora y directora de APOL.

⁹ Proyecto denominado: "Programa de capacitación teórico-práctica y de contención psico emocional para el personal del DIF CDMX que trabaja con niñas, niños, adolescentes y sus familiares, para su autocuidado, actualización y sensibilización en materia de prevención y atención de la violencia y el suicidio", operado juntos con la Dirección Ejecutiva de Apoyo a las Niñas, Niños y Adolescentes (DEANNA).

El sujeto es llamado así, porque está sujetado al inconsciente, lo gobierna.

Foucault en la historia de la sexualidad y en “Hermenéutica del discurso”, aborda la cuestión del discurso como formador de la subjetividad. Y propone la liga del sujeto con la verdad. ¿Cuál? la verdad de cada sujeto. Y ésta, como dice Lacan, no puede decirse toda.

En su conferencia del 1969, a la Sociedad Francesa de Filosofía Foucault, sobre “que es un autor” dice: “El autor debe borrarse o ser borrado, en beneficio de las formas propias del discurso”. Lacan en esta misma conferencia, precisa que no se trata de la negación del sujeto, sino de su dependencia, su dependencia a los significantes.

Para nuestro trabajo de escucha desde el psicoanálisis, es una condición asumir la existencia del inconsciente, que implica básicamente, que el sujeto no es el centro productor de sentidos, y por lo tanto no posee todo el saber acerca de sus propios enunciados. La imposibilidad de ser dueño del sentido que rebasa al sujeto y se produce más allá de la consciencia, de la voluntad y de las intenciones, el sujeto dice más de lo que cree decir.

En esta dependencia, Lacan señala esta relación del ser hablante con su cuerpo: “De hecho el sujeto del inconsciente solo toca al alma por el cuerpo, por introducir en él el pensamiento”.

El inconsciente está estructurado como un lenguaje, y produce el apasionante trabajo de descifrarlo, de descubrir los códigos inscritos en él. Cuyas claves significantes solo las tiene cada sujeto desde su singularidad. Aquí la maravilla del asombro que siempre nos causa, la personalísima lectura de “la realidad” que como nos dice Freud, no existe como tal. La realidad es una percepción personal, es la verdad de cada sujeto.

Así pues, el pensamiento es una estructura, la del lenguaje, que delimita su cuerpo, por lo que cuestiona la anatomía, cuestiona su autonomía.

Inhibición, síntoma y angustia. De Freud a Lacan.

Nos convoca el trabajo de la escucha del dolor humano.
Celebramos el encuentro del psicoanálisis con el trabajo institucional.

La realización de este proyecto conjunto APOL y DIF CDMX. muestra la posibilidad de abrirse a lo vivo del sujeto que constituye la institución. Transitar de lo instituido a lo instituyente. Como nos dice Castoriadis del imaginario social; tiene un doble modo de existir: lo instituido y lo instituyente. Lo primero se refiere a que las significaciones sociales descansan sobre instituciones cristalizadas. Lo instituyente en cambio, se refiere

a ese colectivo anónimo que dinamiza ciertas transformaciones sociales.

Partimos de la concepción del ser humano como ser bio-psico-social.

Desde la perspectiva psicoanalítica, nacemos en lo biológico, y nos constituimos como sujetos en el encuentro con el Otro.

En la institución es posible también escuchar la angustia del sujeto. La angustia de lo que no se sabe, porque no ha sido nombrado Los usuarios de los servicios de la institución, demandan una mirada, una escucha. Demandan ser escuchados desde su singularidad, desde su significante que los representa.

Y la elección subjetiva está atravesada por esta frágil y siempre móvil frontera entre el deseo y el miedo, en lo bello y lo ominoso, entre lo siniestro y lo sublime. Las espinas de las rosas se muestran, ahí está el sujeto, un sujeto que rechaza las espinas, como si pudieran eliminarse y al mismo tiempo seguir siendo rosa, Son inseparables, como el síntoma del sujeto.

El sujeto se conforma de las tres dimensiones, simbólico, imaginario y real. Cada una de ellas está anudada, a partir del objeto pequeño a, el deseo de aquello que imaginariamente nos completaría, ante la falta en ser, ante la angustia de lo incierto, del encuentro del deseo, lo atemporal del deseo, que posemos observar en lo que Freud señala como tres elementos indisolubles, inhibición, síntoma y angustia.

“Inhibición, síntoma y angustia” plantea lo central en el sujeto: la angustia. En él tanto la inhibición como la formación de síntoma son concebidas como respuestas a la angustia, definida a su vez como “el fenómeno fundamental y el principal problema de la neurosis”.

Freud concibe la inhibición como un obstáculo del movimiento del sujeto, en la búsqueda de su identidad. Y después Lacan planteará que no hay identidad sino solo identificación en el sujeto, no existe un idéntico a sí mismo, no hay individuo, justo porque el sujeto está dividido, entre la necesidad, la demanda y el deseo. La identidad del sujeto es su deseo.

El tratamiento del inconsciente en el trabajo institucional

En el trabajo institucional, los profesionales tienen un gran reto, por un lado, atende, el mandato institucional de responder a las demandas planteadas por los usuarios de los servicios, con el límite que le es propio de toda relación humana.

Y por otra parte estar advertidos de la existencia del inconsciente. Donde el saber del

sujeto, es un saber que no sabe que se sabe.

Y es ahí donde la respuesta del profesional requiere explicitarse al interior de la institución. En términos de no colocarse en el lugar del saber, sino de escuchar al sujeto, para devolverle ese saber, para responderse a su pregunta.

El psicoanálisis es un lugar desde donde se escucha. Proponemos a la institución construir ese lugar. Un lugar que requiere ser reconocido por los profesionales, desde su propia subjetividad, y de la de las personas que escucha.

Si esto ocurre, se abre el campo fértil para el sujeto de descubrir su deseo, su límite y su falta, como sujeto, y ¿de qué estamos hechos los humanos sujetos? Del inconsciente que nos gobierna.

Todos tenemos deseo y miedo, juntos, como dice Freud, en lo inconsciente no hay lucha de contrarios. Deseo y miedo de mirar y de ser mirados, es decir, reconocidos por el Otro y esta mirada está siempre incompleta, no hay nada, ni nadie que nos devuelva ese absoluto de nuestra pregunta: “¿quién soy para el Otro, que quiere de mí el Otro?” porque estas preguntas inciden en esta llamada búsqueda de la identidad del sujeto.

Ni siquiera el espejo puede revelarnos totalmente, este maravilloso artificio del espejo, tampoco responde. Está invertido, y si nos damos vuelta, tampoco, al mirar de espaldas frente al espejo no habrá esta devolución del mirarnos a nosotros mismo por completo. Por la propia naturaleza del espejo, y por la naturaleza de lo humano, como incompleto, y desde esa falta en ser el sujeto existe. Existimos en tanto deseamos, y deseamos porque nos falta.

El sujeto hablado y el deseo

Lacan subvierte la premisa cartesiana de “Pienso luego existo”, por la verdad del sujeto: “donde pienso no soy”

Somos, dice Lacan, hablados por el inconsciente, no decimos lo que queremos decir, ni queremos lo que decimos querer, decimos lo que podemos.

Aquí esta frase mercantil y positivista de “querer es poder” se cae.

Lo sabemos todos, solo que nos gusta la ilusión, es decir, gozamos del imaginario de pensar que el ideal es alcanzable tal cual. Y claro, por eso se llama ideal, porque dista de lo posible.

Lo que encontramos, nunca es lo que esperábamos. Es decir, el acercamiento al de-

seo tiene eso de ominoso, miraremos frente a nosotros esa verdad, estamos anudados alrededor de una falta, del deseo, que siempre es un agujero.

Estar advertido de ello, nos quita el peso de la persecución, por nosotros mismos de conseguir el absoluto.

Hablamos de la incidencia fundamental que sobre el ser humano tiene la mirada que siempre proviene del Otro. Somos mirados desde que llegamos al mundo, puesto que no disponemos de la capacidad de vernos a nosotros mismos.

La mirada del Otro, del exterior por la que somos nombrados, oscila entre el deseo y la angustia. La angustia de reducirnos a la condición de un desecho. En el campo de la mirada, el punto del deseo y el punto de angustia coinciden y tiembla la balanza, se repite la pregunta al Otro.

Lacan plantea la angustia desde la fábula de imaginarse a sí mismo, con una máscara puesta, frente a un peligroso animal, gigante, claro que ello produce el espanto, el mayor horror, que es no saber qué mascar tenemos puesta. La imposibilidad de mirarnos completos.

Así el profesional de la institución está advertido de la existencia del inconsciente y la dependencia del sujeto a los significantes, que siempre, remiten a otro significante. Con esta herramienta teórica se acompaña al sujeto que se escucha al posibilitar nombrar sus significantes y al mismo tiempo se deslinda de la tarea de saberlo todo, o de como comentaron en las sesiones, “resolver el problema de la persona que atienden”. El trabajo psicoanalítico muestra su fundamento al descubrir en el tiempo lógico de cada sujeto, la diferencia entre la imposibilidad y la impotencia.

Así como es una verdad que las rosas tienen espinas, el sujeto es gobernado por lo inconsciente.

El trabajo institucional

En el trabajo realizado en este proyecto, escuchamos de los profesionales de la institución, la frase de “me siento frustrado por no poder resolver el problema de un niño, o de una mujer”, porque la institución no tiene recursos para resolverlo todo.

Sin embargo... saber del inconsciente es saber nuestros límites como profesionales. No es que seamos impotentes, es que es del orden del imposible colocarnos del lado del saber, el saber sobre el sujeto lo tiene él. Es una ética desde la cual escuchar.

La angustia es constitutiva del sujeto, la angustia es un afecto, nos dice Lacan, que no

engaña. El proyecto busca atender la angustia, y generar un espacio donde se nombren, una escucha desde el psicoanálisis; eso significa una escucha desde el no saber, sin juicio, ni normativa del deseo. Solo así el sujeto puede escuchar su propio saber, y desde ese lugar trabajar sobre su deseo, su angustia. Su afecto.

Pueden así escucharse y construirse significaciones que les permita arreglárselas con su síntoma.

Concebido el síntoma no como algo que hay que eliminar, sino un camino, el tropiezo que puede representar, mirado, al contrario, como algo a escuchar porque el síntoma, que aparece como el obstáculo, es justamente el camino, el punto de partida para una pregunta subjetiva. Donde el sujeto al ser escuchado se cuestione sobre su implicación en su síntoma. Este tiene algo que decirnos sobre nosotros, contiene un saber que no se sabe que se sabe.

Un saber que se manifiesta como límite de la verdad, que permite al sujeto ubicar su deseo desde su estructura psíquica, desde la subjetividad, la singularidad de su mirada.

Así mismo, el trabajo de escucha a los profesionales de la institución, evidencia la importancia de que cada uno, en primera persona tenga un espacio para hablar de sí, y de su trabajo de atención con las personas en la institución. Con ello se crea un espacio de trabajo, que se sacude la exigencia de soluciones absolutas. Se posibilite un trabajo colegiado que permita también exponer las percepciones y sensaciones generadas por la escucha de los profesionales de su propia angustia y de la del otro, y establecer el límite de las transferencias que están en juego en la escucha institucional.

Al mismo tiempo generara espacios compartidos para generar estrategias que favorezcan el autocuidado de los profesionales y el trabajo hacia la autonomía y construcción de soluciones de cada persona que se atiende desde su propia implicación.

Cuando un sujeto llega a la institución, es enfrentado a una mirada extraña, donde se pregunta, ¿quién soy yo para el Otro? Se pregunta por su identidad.

La identidad del sujeto, no es otra que su propio deseo. Y dada la naturaleza inconsciente del deseo humano, este deseo es inconsciente, la pregunta de quién soy para el Otro, es constitutiva y constituyente del sujeto.

Las condiciones en las que llega un sujeto a la institución, niñas, niños, jóvenes y adultos, que están viviendo situaciones de violencia, la mayoría de ellos es extrema, están en situaciones de migración, violencia familiar, psicológica, física, abuso, lo cual da el objetivo a la institución. La institución está comprometida con los usuarios y también

con los profesionales que los atienden.

Estamos inmersos en un mundo simbólico y, por tanto, la relación con nuestro cuerpo, nunca será directa e inequívoca sino nombrada, por las palabras y sus equívocos.

Dicho de otro modo, somos sujetos del lenguaje y, por ello, estamos exiliados de la naturaleza. Por el contrario, el psicoanálisis dirige toda su atención a lo que aconteciendo en el cuerpo contradice la lógica científica del organismo.

El psicoanálisis no solo en el espacio del diván, también en la institución, trabaja escuchando un malestar que les habita y cuya causa desconocen, y desean descubrir.

Una niña, mujer, hombre, cualquier sujeto, como sea que se nombre, habla de lo que no puede entender, se pregunta por qué siempre fracasa de la misma manera o por qué elige situaciones que le llevan al mismo punto de sufrimiento, sin quererlo, se encuentra en el dilema de las repetidas elecciones. Se siente preso de la obediencia a un guion, y se pregunta quién lo escribió, y nuestra escucha propone que se permita el derecho a disentir de ese escrito. Afortunadamente hay posibilidades de cambio y en eso se basa el psicoanálisis.

Lo íntimo es el lugar donde el sujeto puede habitar, fuera de toda mirada y eso le permite mirarse a sí mismo, para descubrir sus claroscuros, su opacidad, su división, su morar bajo la contradicción, bajo la división de su deseo, de su angustia, su parte de sombra. Su derecho a la intimidad, a la defensa de su sombra frente a la cegadora luz del totalitarismo del discurso que para cada quien representa el discurso del amo. Encontrar un lugar para ver y ser visto.

La escucha en una institución, también puede situarse desde el discurso del psicoanálisis, para que el sujeto se percate, de que hay algo que lo habita, y que al mismo tiempo le resulta absolutamente ajeno, y por ello ominoso. Es algo que hace parte de su ser más íntimo.

Recuperar la subjetividad, nuestra particularidad: se nos invita a un viaje hacia lo real, con los recursos que lo simbólico tiene de limitar lo imaginario del ideal, asumir el duelo de la renuncia a este ideal persecutorio, por lo tanto, un viaje que libera. Contiene, conforma, da forma particular, desde donde el sujeto se atreve, sépalo o no, a ser. Con asunción de lo que no todo puede ser representado, ni por las imágenes ni por las palabras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Foucault Michel.

- - ¿Qué es un autor? Ediciones literales. El cuenco de la plata. 2010.

Freud Sigmund.

- - "Inhibición, síntoma y angustia". En Obras Completas. Tomo XX. Ed. Amorrortu.
- - "Psicología de las masas y análisis del yo", en Obras Completas .Tomo XVIII. Ed. Amorrortu.

Lacan Jacques.

- - "Seminario X. La angustia". Ed. Paidós. 2006
- - Seminario 22 "RSI", Inédito. <http://staferla.free.fr/S22/S22.htm>



Mariana Jiménez Ruiz:

Mi experiencia con la Práctica entre varios

Mi acercamiento con el método practica entre varios comenzó hace ya algunos años; la primera vez que trabaje con esta metodología, fue en la clínica "La Aurora", trabajando con nna autistas. Al principio me desconcertó un poco sobre todo con las premisas que contiene como: saber-no-saber, ¿cómo quitarnos esa consigna de saber y no saber nada de los niños o as personas con las que se trabaja?,¿cómo eliminar ese prejuicio?, que se antepone ante un berrinche, una rabieta, o una negativa para hacer las actividades, es muy difícil, pero al realizarlo se vuelve muy liberador claro no en un principio.

Un partner docil y tachado

Mi función dentro de la clínica era acompañar a los niños en su proceso de acercamiento a la palabra, un dulce forzamiento , un punto de almohadillado, un acercamiento de manera indirecta, mostrándoles otra alternativa, y la mejora de utilizar la palabra, de insertarse en el lenguaje sin que mi participación fuera la cura o la salvación de ellos, simplemente acompañarlos y seguir su propuesta, por irreal o abstracta que pareciera, siempre con la regla a un lado que me protegiera a ellos y a mí de cualquier situación, Esto hace referencia a uno de los ejes, el partnership que es la persona que acompaña al sujeto en la construcción , en la forma de cómo se inserta en el lenguaje.

Además de estar ahí con el sujeto acompañándolo, también es necesario poder despegarse de los saberes o prejuicios que como adultos, profesionales solemos tener, ya que no solo se trata de seguir su propuesta sino de que en verdad el "operador" en el caso de la metodología practica entre varios, "operador" que funge para el niño, sujeto como el parnertship, tenga un genuino interés por el taller o a actividad que proponga, y pueda hacer las excepciones a la regla considerando a todos los participantes.

Un trabajo en equipo

No se trata de una cosa dual, un tu a tu, es un trabajo en equipo, un trabajo entre varios como lo menciona el nombre; por eso la importancia del saber-no-saber, de los prejuicios que nos hacemos como profesionistas de creer saber todo lo que le pasa al niño, de saber porque reacciona de tal o cual forma siempre mencionando es que es la edad, lo hace para hacerme enojar o desatinar, lo cual está muy alejado de la realidad: los niños o los sujetos no hacen las cosas por molestarnos; Un niño que está

haciendo berrinche o se muestra agresivo en el salón de clases, no quiere echarnos a perder la vida, está buscando un lugar, una forma de hacerse notar de buscar un lugar dentro de la clase dentro del grupo. ¿Que pasa si nosotros reaccionamos hablando a los gritos o a la violencia que genera no regañando al niño sino al enojo que no permite que los demás trabajemos, a las manos que se rehúsan a dejar de aventar las cosas, a las que probablemente estén sucias y eso arce que avienten las cosas?, descolocaríamos al niño de su posición de berrinche o agresión y en lugar de llamarle la atención permitiríamos que nos explique que le sucede a las manos o a la garganta que grita, y se calmaría, logrando así acompañarlo suavemente, sin presionarlo o invadirlo y sin que la palabra lo agrede o le cause algún conflicto.

Un vínculo no dual

Esta metodología nos brinda esa oportunidad de poder crear un vínculo no dual, no personal con el sujeto que le permita crear su propia construcción, por medio de las palabras, de un lenguaje indirecto, una de las herramientas de este método, un lenguaje que no le dice al el directamente sino que sugiere una acción, un momento que simplemente sucede del cual en ocasiones se convierte en ajeno y permite la creación de una cadena, de pasar a otro momento sin engancharse en un síntoma.

Dentro de las escuelas al implementar la Metodología Practica entre varios, te permite poder acceder a los docentes desde otra perspectiva que no es la normalista, la conductual, es un aprender a aprender un constructivismo en conjunto de manera holística, considerando lo que el sujeto aporta y dándole seguimiento a la propuesta en donde todos somos importantes, donde la regla es para todos, donde se puede aprender de los profesionales y de los alumnos.

La reunión de equipo

Esto da paso al segundo eje de la metodología: la reunión del equipo en donde es solo el único lugar donde se puede hablar del niño, del sujeto de lo que está pasando con él y con nosotros como profesionales. Antes de conocer este método nunca me había puesto a pensar que me provocaban cada niño en las aulas; muchas veces tomamos el papel de madre o padre, de salvador de cada niño y en las escuelas con tantos alumnos esto suele pasar muy seguido. La utilización de esta metodología nos permite hacer una separación entre los niños y nosotros, protegiéndonos, logrando una objetividad en relacion a lo que creemos saber de ellos; es el lugar en donde todos los miembros del equipo realizar una labor de vaciar todo lo referente al niño (a) y de hacer hipótesis entre varios sobre las construcciones de cada niño.

También esta reunión nos permite escucharnos como docentes, permitir este trabajo colegiado del cual se busca en todas las instituciones de educación pública, en los centros de atención, en donde todo los profesionales se permiten escuchar a los otros y sobretodo ser escuchados como personas, como sujetos inmersos en la palabra: logrando así construir hipótesis y estrategias que permitan no solo ayudar a los alumnos, pacientes, beneficiarios o usuarios de un servicio sino también la elaboración de un saber conformado por todos los miembros del equipo. Este método tiene como característica primordial el optimizar y rescatar el conocimiento y la creatividad de los profesionales.

Privilegiar las exigencias clínicas de las y los niños

La utilización de esta metodología que implica la utilización del psicoanálisis es de suma utilidad para el trabajo con los alumnos, y con beneficiarios pues nos permite un acercamiento dócil, suave que incluye escuchar a los otros y a nosotros, experimentar otras forma de trabajo, de resolución ante algún conflicto o situación delante de las personas con las que trabajamos día a día.

Porque no solo hablamos de hacer hipótesis de crear estrategias para los sujetos con los que trabajaos sino de encontrar este lado de contención de escucha de apoyo de trabajo en colaboración con los otros permitiendo que los logros de los alumnos o beneficiarios sean por ellos y no por una persona o profesional sino por un trabajo en equipo, una búsqueda constante de incluir a todos en la regla, en una ambiente normado para todos, donde todos aportamos algo, pero al final es la decisión de cada sujeto.

Dentro de las implicaciones sociales del trabajo diario la metodología que tiene un sustento psicoanalítico nos permite ponernos en el lugar del otro sin decir se lo que sientes, se lo que quieres, lo que buscas o necesitas, se trata de no hacer juicios ni colocar etiquetas, se trata de mirar esa carta de presentación y otorgar un lugar físico que permita que el sujeto se coloque o no ahí sepa que siempre habrá un lugar para él, donde estar a salvo.

No se trata de trabajar con el síntoma, con la dificultad de cada individuo, se busca el trabajo con la persona, con el sujeto, dejando de un lado el síntoma y solo exclusivamente trabajar con el sujeto permitiéndoles ser algo más que eso, además de tener un sustento teórico que nos soporte, que no significa que las cosas se hacen porque nosotros queremos o porque se nos ocurrió que de ese modo deberían ser, sino más bien porque hay toda una teoría que nos respalda y un responsable terapéutico que nos guía, que nos indica el camino por donde debemos seguir, siempre de la mano de una teoría, buscando de cualquier modo el bienestar y mejora de las personas con las que trabajamos sin dejar de la do la posición en la que nosotros como profesionales

nos encontramos.

Un tercero regulado

Se comienza con un no saber de lo que le sucede, es decir, sin una etiqueta que lo designe y al mismo tiempo lo limite; esto permite construir un lugar en donde el operador (profesional) pueda relacionarse con el otro, realizando el trabajo considerando al sujeto, alumno o beneficiario pero sin centrarse en él... utilizando un tercero que regule la situación. No hay una planeación conjunta, no hay una currícula conjunta estricta para seguir, hay un trabajo conjunto en el aula, el centro o el lugar de trabajo pedagógico donde se aplica el psicoanálisis y la metodología interactuando con el otro sin excluir el todo de cada uno, incluyendo la subjetividad de cada sujeto.

Sin importar el tema, adicción, contención emocional, necesidades especiales, nutrición, no importa el tema en particular solo es pretexto para interactuar y escuchar al otro desde una postura tachada, sin saberes previos ni soluciones encubiertas simplemente una escucha sin juicios ni ideas determinadas.



Rosalba López González:
Cascareando Ando

“Dispositivo de intervención a través del fútbol en Parque Abasolo”.

Desde la Práctica entre varios.

El dispositivo o de intervención a través del fútbol en Parque Abasolo (ubicado en Alcaldía Cuauhtémoc) surge en el 2010, cuando se pide a los equipos trabajar con jóvenes.

Como éstos se negaban a asistir a Reintegra, el equipo de cultura, arte y recreación, -bajo el lema “si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña” - realizó varios recorridos por Lagunilla y Guerrero con la intención de observar los lugares en los que se concentraban los y las jóvenes (con la intención de conocer la dinámica del lugar para poder realizar la actividad del fútbol). Así se prestó atención a distintos tipos de jóvenes ubicados en diferentes puntos (jóvenes de la calle, jóvenes en la calle vendiendo en los semáforos dulces, realizando malabares y limpiando parabrisas en los cruceros, jóvenes vendedores ambulantes situados en las esquinas de calles de mucho paso, jóvenes vendiendo en espacios de comercio formal, jóvenes reuniéndose en la calle fuera del predio, jóvenes en parques, plazas, callejones).

De este modo se consideró que el lugar indicado para trabajar era Parque Abasolo por las siguientes razones: Es un lugar donde los jóvenes se reúnen por el gusto de reunirse. Se reúnen para jugar fútbol. Para socializar, algunos para fumar marihuana, tomar alcohol, echar novio-a, para vender droga y ofrecer lo robado entre otras cosas. El fútbol es una actividad de su interés. Son jóvenes cuyas características coinciden con las características del sujeto social de intervención de Reintegra (bajos ingresos, zona marginal, jóvenes que viven procesos de exclusión familiar, social, se encuentran en situación de alto riesgo de cometer delitos, etc.). El equipo vio esta situación como una oportunidad para el trabajo de prevención, a través del fútbol, propuesta donde se amalgaman los intereses de los jóvenes (fútbol) con los intereses de Reintegra (objetivo de prevención).

De esta manera se realizó un arduo trabajo de “construcción de vínculos” con los jóvenes de la zona, esto es: presentarnos, conocerlos y viceversa; conocer la dinámica de la cancha, de la relación entre ellos.

El equipo se fue con mucho cuidado debido a que la zona es uno de los puntos más rojos de la Colonia Buenavista (aunque la gente considera que es la colonia Guerrero pues solo una calle divide a ambas colonias) ya que la venta y consumo de drogas está a la orden del día, asalto a mano armada, asesinatos, violencia familiar, violencia social, pobreza, etc.).

Una de las primeras dificultades a las que se enfrentó el equipo fue al alto nivel de incertidumbre de los jóvenes “por saber quiénes eran realmente los integrantes del equipo”, su desconfianza y preocupación estriba en que los integrantes del equipo fueran espías, policías disfrazados pues toda la zona esta vigilada por grupos organizados como el narco; quienes nos tenían bien vigilados. Poco a poco nos fuimos acercando a la cancha como observadores, en algunas ocasiones llevamos la guitarra y cantamos mientras los chavos jugaban (a la vez observábamos, aunque pareciera que no). Nos sabíamos observados y entramos a jugar con ellos hasta que ellos nos invitaron a hacer la reta. Así día tras día, luego se realizaron visitas a las familias alrededor de la cancha, con los comerciantes formales e informales para conocerlos y conocieran al equipo de trabajo, también como parte de ir construyendo un vínculo y éste nos sirviera como espacio de seguridad para el equipo frente a cualquier situación de riesgo que se presentara. Pues la misma gente de la comunidad es quien cuida al equipo de trabajo. Con el tiempo se hicieron estas visitas a las familias de los jóvenes con igual intención.

La Práctica entre Varios

Paulatinamente nos ganamos la confianza y aceptación de los jóvenes y los comerciantes formales e informales, así como de madres y padres de familia. A su vez, la institución estaba capacitando a su personal con la propuesta de APOL “la Práctica entre Varios”. Propuesta que mueve repentinamente el tapete de seguridad del ejercicio laboral en que estábamos parados. Particularmente me sacudió a mí, en lo personal y en lo laboral. Ya que intrínsecamente ambos aspectos de mi vida se relacionan, pues no es gratuito estudiar una licenciatura y dedicarse al trabajo comunitario. Una se vende muchas razones de por qué trabajar en esto y se compra esas razones. Que a veces distan mucho de la realidad que una cree sobreviniendo el autoengaño. Las sesiones de capacitación de “La Práctica entre Varios” me generaron enojo en un primer momento, pues pensaba que el doctor Bori no conocía la colonia Guerrero, ni a su gente y que el lenguaje indirecto era mera y vulgar “indirecta” y terminarían agarrándose a golpes las usuarias. A decir verdad, en ese momento yo, no tenía gran disposición para escuchar y mi postura era la de “tú no vas a venir a decirme a mí como voy a

hacer mi trabajo, tú no sabes, tú no estás aquí”. Yo me creía en ese entonces bordada por la mismísima mano de Dios. Aún así, me sorprendía, que ni Antonino, ni Miriam me regañaban. Y su actuar no era lo que yo esperaba. Pues esperaba el regaño, el sermón, el rollo para que “yo viera lo equivocada que estaba” --lo que ahora entiendo se vaciaban de saber-- para que tanto yo, como los demás miembros del equipo pudiéramos hablar, poner en palabras nuestro sentir y reflexionar sin las connotaciones de: está mal, estas loca, que débil eres, te falta la inducción institucional, etc., En otras palabras al no haber censura dejé de sentirme perseguida, señalada, amenazada y eso dio pie a que pudiera hablar y hacer objeto de reflexión mi sentir en el trabajo de intervención en la colonia Guerrero. Cabe mencionar lo importante que fue sentirme escuchada sin censura, me hizo sentir no perseguida, no amenazada y en eso ayudo mucho el dispositivo de intervención basado en el sociodrama psicoanalítico. Dispositivo que favoreció que el equipo y una servidora pudiéramos “concientizar los motivos detrás de nuestro actuar y sentir” ante la intervención en diferentes casos y situaciones con la población usuaria y con el mismo equipo de trabajo.

En una ocasión expuse un caso y al “actuarlo” y escuchar la reflexión de todos me di cuenta que “yo creía que los y las usuarias eran mis “mijitos”, así que “cuidadito con ellos y ellas porque se las verían conmigo”. En ese momento sentí vergüenza ante mí misma porque, además al tratar a las y los usuarios como mis “mijitos” yo había hecho una intervención bastante mal, es decir, lejos de favorecer que la gente sujeta de intervención se mire así misma y haga su trabajo de reflexión, los violenté con el regaño, fui amenazante y persecutoria. Dándole en la madre a los objetivos institucionales y a la gente por supuesto. También me di cuenta que otras compañeras de trabajo veían como “mijitos” a la gente y entonces éramos como señoras de vecindad peleando entre nosotras por los y las “mijitas”. ¿Y el trabajo de intervención comunitaria? ¡Pues bien, gracias a Dios!

Recuerdo que una semana entera se me caía la cara de vergüenza frente a mí misma. Nadie más lo sabía solo yo, y con eso era bastante. Me daba vergüenza haber echado a perder el trabajo por mi actitud soberbia, prejuiciosa, salvadora de la humanidad. Paulatinamente me fui haciendo más consciente de mi sentir y de mi actuar. Fui cambiando y haciendo un mejor trabajo.

Para empezar, desapareció la visión de ver a la gente usuaria de los servicios institucionales como mis “mijitos” y eso fue un gran avance. Lo cual permitió que, al delegármelo, el fútbol sobre todo con adolescentes y jóvenes pudiera construir un dispositivo de intervención - con algo que gusta mucho a los chavos - desde otro lugar, mi lugar de operadora social que tiene clara su función institucional y la asume. Me moví de la posición inconsciente de la “mamá y los mijitos”. Por eso me ha gustado mucho el

trabajo a través del psicodrama psicoanalítico y el dispositivo de intervención “la Práctica entre Varios”: porque no son amenazantes, ni persecutorios y eso permite a las personas un respiro, un espacio de confianza para hablar sobre el trabajo cotidiano y hablar de nosotros como personas que somos: blancas y negras, con luz y oscuridad. Nos permite darnos cuenta de nuestra implicación en el trabajo sin que sea tomado como algo malo, como si no supieras trabajar y te van a correr del trabajo. Ese oasis que es “la Práctica entre Varios”, en medio de un desierto desolador de inercia institucional donde todo es un hacer y hacer y se deja de lado “el pensar el trabajo y el pensarme como sujeta de intervención que interviene en contextos de sufrimiento social”, favorece que los equipos de trabajo se reconozcan en su quehacer institucional como seres en falta y eso es un respiro muy grato, es quitarse un peso de encima y permite que podamos trabajar con mucha claridad sobre nuestra función institucional y eso es un avance grande para el operador y para las y los usuarios.

Un Otro regulado

Volviendo a nuestro ejemplo del fútbol sobre la base de “la Práctica entre Varios”: Así se generó un proceso donde paulatinamente y según lo permitieran los jóvenes, entramos en su espacio (cancha de fútbol) como otro usuario más del área, hasta que nos fuimos ganando su confianza y pudimos proponer jugar siguiendo las reglas del “Fair play” o “juego limpio”: Ni nosotros, ni ellos pusieron las reglas, las puso la FIFA y si las puso la FIFA, pues se siguen porque ellos son autoridad – sentir de los chavos -. La FIFA, vino a ser ese “Otro”, que está por encima de todos y todas y que permitió en ese momento “normar un espacio donde “las reglas se hicieron para violarlas como a las mujeres” – expresión muy común de las personas en la zona -. Y que además al estar normado nos diera seguridad a todos y todas. Teníamos un gran reto encima ¿cómo hacer para modificar esa representación social de “las reglas se hicieron para violarlas como las mujeres”. Un peligro grave fue que la intervención transformara esa representación social de las reglas o que reforzara dicha representación. ¿Cómo hacer valer la regla sin perseguir ni amenazar a nadie?

Realmente considero que sin el sustento teórico-práctico del método “la Práctica entre Varios, no hubiera sido posible en un ambiente tan violento y peligroso. Así, normar el espacio con las reglas del Fair Play, con la aceptación de la población, favoreció que los jóvenes adolescentes (para quienes un imperativo es confrontar todo lo que parezca autoridad) al darse cuenta que al operador también está bajo esas reglas, vuelca su mirada hacia “el alto comisionado de la FIFA”, “la directora”, “el alto comisionado de los derechos de la juventud”, es decir ese “Otro”, que está por encima del equipo operativo y de los jóvenes y si los operadores no respetan las reglas, el comisionado les hará

un llamado de atención, por no hacer el trabajo para el cual fueron designados.

Esto ayuda a que esas confrontaciones con la figura de autoridad, sean depositadas en otro lado y no en los miembros del equipo operativo y al hacerse un vacío, el equipo puede hacer valer la regla de una manera no amenazante. Y el equipo puede trabajar mejor sin esa carga que se deposita en ellos. Es decir, las reglas no las puso el equipo, las puso la FIFA, el equipo está bajo las reglas del juego limpio también. Ya que la institución aceptó la propuesta del fútbol comunitario y el reglamento es el juego limpio. La FIFA es para los jóvenes “alguien importante”, debido a su enorme gusto por el fútbol; la FIFA les parece autoridad. En este sentido, “la introducción o el nombrar a un tercero que está por encima de todos”, es sencillamente ese “Otro” que hace alusión a que los miembros del equipo también están bajo la regla y no pueden hacer lo que quieran, aunque sean los operadores o la coordinación, porque la regla también es para ellos y que si ellos hacen valer la regla es porque están haciendo su trabajo, no es su mero capricho y si no lo hacen recibirán un regaño o los pueden correr por no hacer el trabajo.

En este tenor, se construye un espacio normado, cuya principal característica es el no ser un espacio amenazante, es decir, no se confronta en un tú a tú a los jóvenes, no se les impone nada, no se excluye a nadie. Recuerdo que, al inicio, en algunas ocasiones, me salí de la cancha para que entrara algún chaval a jugar, porque una regla del espacio era: si los más chavos están en la cancha, al llegar los más grandes, en automático los más chicos abandonan el espacio para evitar ser golpeados por los grandes. Así que me salí, y luego estando fuera, pedía a alguno de mis compañeros de equipo que saliera y dejara su lugar a quien solicitaba jugar. La gente también nos observaba y me fui volviendo un recurso para los más chicos, quienes al verme enseguida decían “señora, por favor díales que me dejen jugar”. Mi entrada también en la cancha, siendo mujer y de la edad como para ser la madre de la mayoría, transformó la regla del espacio “las mujeres no juegan”, así se van incorporando niños y niñas pequeñas (edades más o menos de kínder y primaria) con adolescentes de secundaria y prepa u hombres adultos, y abuelas o abuelos, porque en esa cancha todos los viernes de 16:00 a 18:00 hrs. todos y todas pueden jugar.

Elemento importante en la intervención, fue la narración del fútbol ya que, desde aquí, se favoreció hacer valer las reglas desde la metodología “la Práctica entre Varios”. Reitero, a nadie se le regañaba, ni perseguía. Buscamos mucho no ser amenazantes. En una de muchas ocasiones, un joven de secundaria de esos, que los maestros dicen de conducta muy negativa, sacó tremendo porro y lo prendió dentro de la cancha. Yo narraba el partido, y en medio del partido desde el micrófono le dije: –“Chino, chino, no seas así, por favor, no comas pan delante de los pobres, nomás das puro antojo. ¡Ay

chino y si no! ¡Pues saca pa' todos!" Todo mundo, por supuesto volteó a mirar al chino, quien, a su vez, me mira desde lo lejos; mira a todos y, al darse cuenta que es mirado, sonrío con pena, apaga su porro y lo guarda.

Me di cuenta que no éramos nadie en el lugar para prohibir nada, en el espacio se fuma marihuana y se consumen otras drogas y alcohol, a ciertas horas y siempre en el fútbol. ¿Cómo hacer valer la regla del juego limpio con personas que siempre hacen lo que quieren y en un espacio al que ni la policía entra; tampoco las instituciones? "La Práctica entre Varios" nos mostró el camino: vaciarse de saber, no confrontar en un tú a tú, para nada ser amenazantes (ser amenazante para alguien, en Plaza Abasolo, implicaba al menos una buena madrina; era colocarnos en un lugar muy vulnerable, nuestra vida estaba en riesgo).

En otra ocasión dos chicos de secundaria jugueteaban y uno cae al piso, todos alrededor ríen y el chico de pie le da la espalda al que cayó y sigue riendo con sus compañeras. El chico en el suelo se levanta, sus ojos se rasgan y un brillo aparece como si estuviera obseso. Me encontraba como a 5 metros y cuando vi, el cuadro me asustó mucho. Estaba lejos para detenerlo. El chico metió su mano a la bolsa izquierda del pantalón y sacó una pluma, le quitó el tapón y con la punta dirigida a su compañero, parecía que se la iba a enterrar a la altura de los riñones. En automático le grite "¡Rafael, Rafaeeeeel!". No me hizo caso, seguía ofuscado, y a Dios gracias, la chica que estaba a su lado, me miró, y le dice: "Rafael, te habla la maestra". Rafael seguía perdido en el alucín. Su compañera le dio un golpe fuerte que lo sacó de su extravío. Desconcertado, pregunta: "¿qué?" Su compañera le dice: "que te habla la maestra". El me mira todavía algo perdido, yo le digo:

- Dame mi pluma.

La mira, luego me responde:

- Esta pluma es mía.

- ¿Qué dijiste?

- Que es mía

- ¿Quéééééé?

- ¿Qué es mía

- Guárdala entonces.

La guardó y se retiró del espacio muy pensativo.

Otra vez "el vaciarse de saber" marcó la pauta. No se confrontó o amenazó al chaval. Se puso la atención en la pluma (devuélveme mi pluma). Y se reiteró la respuesta del chico para que él se escuchara. ¿Qué dijiste? ¿Qué dijiste?

Estar en la cancha de Parque Abasolo y observar a los participantes, escucharlos con disposición de escucharlos; vaciarse de ese saber profesional y del saber como persona que ha vivido cierto cúmulo de años; no es otra cosa que hacer que no sabes, no es mentir, ni engañar, es hacer como que no sabes, lo que te facilita emitir juicios a priori desde tu formación académica y desde tus creencias, tu moral, tus prejuicios y tus ideales. Es aceptar que no sabes nada de las personas que están ahí, y que son ellas las que nos van dejando saber de ellas. Que debemos tener la disposición y el ojo y oído aguzado para ver y oír lo que el otro quiere mostrarnos y decírnos.

Así, en este dispositivo a través del fútbol, fueron los participantes quienes nos fueron mostrando el camino de la intervención. La narración del partido fue un elemento muy importante porque nos permitió ver lo que los participantes querían mostrarnos y, además, hacer un reconocimiento de las cualidades de los jóvenes. Y nos consintió hacer valer la regla del Fair Play. Cuando alguno cometía una falta, desde el micrófono se le exhortaba a respetar las reglas, sin regaño, ni señalamiento. (Otra vez el vaciarse de saber) Por ejemplo: Héctor era alto y ponchado, al jugar le dio un llegue intencional a un compañero del equipo contrario. Como narradora del partido vi la falta y dije: "señoras y señores quiero contarles que Héctor es uno de los chicos que más respetan las reglas del Fair Play y, nos gusta ponerlo de ejemplo: es amable, respetuoso y cuando juega cuida mucho a sus compañeros; porque sabe que la diferencia de fuerza puede lastimar a sus compañeros, por eso hoy queremos resaltar que Héctor es un ejemplo a seguir". Héctor volteaba a mirarme y primero río, luego se quedó pensativo como si dijera ¿hablan de mí? ¿Por qué no evidenció la falta que cometí? ¿estará loca o no vio bien? Y ¡oh milagro del señor! Héctor y muchos de los chicos comenzaron a mostrar cada vez más actitudes de respeto a sus compañeros, se apegaron a las reglas del Fair Play y quienes lideraban a sus amigos, favorecían que los amigos respetaran las reglas.

Reflexionando vimos la importancia y el efecto de no ser amenazantes, persecutorios, autoritarios. Y que sus actitudes como la violencia nos estaban mostrando algo de ellos y buscamos no reforzamos esa actitud. Con el vaciarse de saber, logramos favorecer una especie de vacío en su pensar (vacío porque no me regañó, no me dijo que era un grosero, un patán, que si sigo así ya no podré jugar, no me puso de ejemplo de lo que no se debe hacer, de lo indeseado) al no recibir esto, se genera un vacío que debe ser llenado, pero con algo diferente, "el reconocimiento de sus cualidades". No solo me respetan, sino que me reconocen públicamente.

Todo el tiempo los chicos nos fueron diciendo el cómo y el por qué. Y no estábamos haciendo terapia o algo así. Yo misma, en los cursos muy enojada dije una vez: “Antonino, usted nos habla del niño autista. Nosotros no trabajamos con niños autistas y además no estamos locos ni la gente con la que trabajamos”. Tiempo después en lo personal y en lo laboral fui comprendiendo la importancia para las personas de todas las edades, de no sentirse amenazado ni perseguido, devorado por el deseo insaciable del “Otro”.

Comprendí, que no hay nadie en el mundo cuya salud mental esté al cien. Todos tenemos algún conflicto. La salud mental del mundo deja mucho que desear.

El espacio de fútbol “cascareando ando” en Plaza Abasolo, permitió un ambiente amable, pacificante a los usuarios, donde fueron estimulados para relacionarse desde otro lugar. El lugar de aceptación de la regla, donde no hay castigos, ni amenazas, ni manipulación, ni premios. Solo reconocimiento de la persona en sus cualidades y en lo que si hace bien. De esta manera la aceptación de límites les permite un orden interno que los lleva a relacionarse con sus compañeros de otra manera y desde otro lugar. Construir un vínculo social de manera respetuosa y amable.

De esta manera, los chicos también narran el partido y poco a poco desde su lugar, al dar validez a la forma del equipo de hacer valer la regla, comenzaron a hacer valer la regla desde un lugar no amenazante, es decir, desde “la Práctica entre Varios”. Los participantes se vuelven parte activa de la “Práctica entre Varios”, no son meros espectadores, sino actores sociales que también dan vida a esta manera de hacer valer la regla.

Otro momento fuerte de la puesta en marcha del dispositivo de intervención que llamamos “Cascareando ando”, fueron los momentos ríspidos entre partidos, aquí se utilizó la porra para destensar, provocando el asombro y risa de todos los presentes. Por ejemplo: Si era el “burro” el que ya estaba enojado, entre todos los de la cabina de narración echábamos la porra “palabra, grito y susurro, palabra grito y susurro arriba, arriba el burrooooo”.

La porra no es tradicional y pudiera parecer tonta, un vaciarse de saber (un hacer como que no sé cuáles son las porras y nuevamente, no se da lo que esperan, sino algo que hace parecer a equipo como, sujetos que no sabe echar porras, “que porra tan boba” y se ríen.

Este vaciarse de saber, deja ver a los participantes que los operadores no lo saben todo y eso les quita lo amenazante, los hace ver más humanos con falta y no perfectos

sabelotodo. Pero que, por su simpleza, hacía reír a todos incluso al mencionado y la amenaza del pleito que se veía venir, desaparecía.

Una lógica de no exclusión

Uno de los objetivos más importantes fue favorecer que los y las participantes jugaran por el puro gusto de jugar. Ya que en el espacio la competencia era la marca de todo. Jugar por el puro gusto de jugar implicaba que se dieran cuenta que, lo importante era el proceso, no el resultado. Aquí no hay ganadores ni perdedores, solo gente divirtiéndose, compartiendo. Los partidos iniciaban y terminaban con un saludo de mano entre los equipos participantes como muestra de respeto, reconocimiento y agradecimiento por compartir el tiempo y el espacio. Es importante señalar que las reglas del juego limpio fueron redactadas de diferente manera a fin de favorecer la inclusión y disminuir la competencia. Una impronta en el dispositivo de intervención es la “congruencia” de lo contrario el mensaje que se manda es que “las reglas son para unos sí y para otros no”, lo que nos haría caer en la simulación de un trabajo, es decir “cambiar para que todo siga igual”. En otras palabras, terminaríamos reforzando la representación social de la “ley del más fuerte”

Bajo una lógica de inclusión, donde a nadie se le excluye, no importa que sea la banda pesada (jóvenes que consumen o venden droga, que roban), niños-as de kínder, abuelos, adultos de 40 o más años, mujeres de cualquier edad; todos tienen cabida. Siguiendo esta lógica, el torneo de fútbol, deja de ser torneo, pues implica competencia, perdedores-ganadores, rivalidad, violencia, exclusión, etc.; para dar paso al “Encuentro amistoso de fútbol”. Encuentro para compartir, para divertirnos, encuentro para jugar por el puro gusto de jugar.

Donde ya no son necesarias las categorías en edad, porque los jóvenes se hacen responsables de su fuerza y presionan a sus compañeros-as para que mejoren, pero siempre cuidando su fuerza, cuidando a sus compañeros o compañeras, así juegan los más grandes con los más pequeños; ya no es necesario que se inscriban como en el torneo con un alto umbral de requisitos. Solo requiere el capitán inscribir en un formato a sus compañeros, ellos son responsables de lo que dicen, si mienten son ellos los que dejan de ser creíbles y esa es responsabilidad de ellos; el capitán tiene el compromiso de su equipo y el equipo tiene el compromiso del capitán, es decir, la responsabilidad de sus actos y la relación que establecen entre ellos y de lo que sucede en el equipo.

Si en el juego alguno decide responder con un acto de violencia, se apela a la respon-

sabilidad que tiene en la decisión que tomó; esto con la intención de que los jóvenes dejen de depositar fuera de sí la responsabilidad que tienen de su actuar. Así mismo, se le quitó valor al gol, para que un gol valiera un punto, se requerían 5 toques de balón, con esto buscamos fortalecer que los chavos tomaran en cuenta, a sus compañeros, que jugaran todos y no uno solo, llevando el balón y queriendo meter gol, solito (que era una conducta generalizada). Un chavo podía meter todos los goles que quisiera, pero si no compartía el balón con sus compañeros, simplemente el gol no era tomado en cuenta. Al trabajo en equipo se le otorgó un valor de 4 puntos. Entendiendo por ello: Apoyo mutuo, que tuvieran una mirada de cooperación “yo puedo tener éxito sólo si tú tienes éxito y viceversa; yo logro mis objetivos y tú también”. Aquí todos contamos.

Continuando en esta lógica, respetar las reglas del Fair Play, se le otorgó un valor de 5 puntos. Con ello se cambiaron los valores que rigen comúnmente al fútbol. El dispositivo de Intervención a través del fútbol “Cascareando ando”, apostó en primer lugar a que los participantes recuperaran ese gusto de jugar por el simple gusto de jugar. Lo que desde nuestro punto de vista deja de lado la competencia y todo lo que ella implica.

En este tenor, también se modificó la premiación, ahora es “Ceremonia de reconocimiento” y como su nombre lo dice, es un espacio donde reconocemos las cualidades del otro, así como sus puntos a mejorar, al mismo tiempo que reconozco mis propias cualidades y puntos a mejorar.

¿Cómo reconocemos las cualidades y puntos a mejorar? Primero se eliminaron los trofeos y todos recibieron un balón. Se hizo entrega de un reconocimiento por equipo. Ya que, a nuestra opinión, un reconocimiento público siempre nos indica que ya no somos la misma persona, que hemos mejorado. El reconocimiento al entregarlo se comentó públicamente todo lo que el equipo se esforzó para cumplir las reglas del juego limpio y en las cosas que fallaron, se les comentó públicamente los puntos a mejorar de manera amable. Se maneja siempre como puntos a mejorar no como fallas o errores. Se resaltó siempre a los equipos que más se esforzaron por jugar limpio y que se divirtieron. No había primeros lugares, ni segundos, ni terceros lugares. Solo había diferentes procesos de aprendizaje, diferentes formas de ser y estar. En este Encuentro amistoso todos ganaron por el simple hecho de participar. Se reconoció y festejó la existencia y participación de todos.

Es relevante, señalar que aquí no se llama a las “autoridades institucionales a repartir los obsequios. Son los mismos equipos quienes se entregan uno a otro sus obsequios, pero esta entrega no es ingenua, si algún equipo ya en el juego mostró rencillas con

el equipo que le tocó jugar, a ese equipo se le pide entregue el regalo al otro equipo, como muestra de reconocimiento de sus cualidades, en agradecimiento por haber compartido el espacio y el juego. Así mismo, con la intención de favorecer la integración entre ellos y para celebrar el esfuerzo de los participantes, se cierra con el festejo y compartición de lo que se ha llamado “taco chido”, esto es: se comparten los alimentos que quieren y pueden compartir; se trata de celebrar la disposición, el respeto, el juego limpio, la convivencia, la amistad, la cooperación, el disfrute de jugar por el simple gusto de jugar.

El método de “la Práctica entre Varios”, permitió al equipo de trabajo intervenir desde otro lugar, pudiendo construir un espacio de tranquilidad, espacio amable seguro, de confianza para hablar sobre el sentir, las angustias, las preocupaciones, los límites de manera amable y respetuosa en un espacio de seguridad para todos.



La experiencia del *Ce.Cli*

Antonio Di Ciaccia¹⁰:

Ocho variaciones sobre tema¹¹

Sí, el psicoanálisis se puede bajar del diván, pero con la condición de que alguien, antes, ha estado arriba. Mi disertación pretende puntualizar algunas variaciones sobre este tema.

Variación I

¿Qué quiere decir que el psicoanálisis se puede bajar del diván? En primer lugar, no quiere decir, para nada, que el psicoanálisis ha perdido su validez. El psicoanálisis es válido y eficaz, no obstante las muchas necrológicas que se pueden leer de vez en cuando en libros y periódicos. El psicoanálisis es validado cada que lanza destellos de luz sobre lo que nos habita y que no conocemos, y que Freud llama inconsciente, y es eficaz como experiencia clínica, siempre y cuando se utilice según la vertiente que el inconsciente exige, y no con sesgos. Hoy en día, en efecto, quizás más atentos que los primeros discípulos de Freud, hemos aprendido el inicio de la experiencia analítica no se da sic et simpliciter: no basta que una persona sufriente, atormentada por síntomas en el cuerpo y en la mente, se dirija a un psicoanalista que lo invita a recostarse en el diván para que haya análisis. Ni siquiera basta con que esa persona se haya ya dado sola una interpretación del síntoma que sufre. Y tampoco es suficiente que esa persona confíe en aquel que ha elegido como su psicoanalista, no basta que se sienta en buenas manos y escuchado. Todo esto es preliminar para que haya psicoanálisis. Pero para que exista psicoanálisis se necesita, para decirlo con un chiste, que el inconsciente dé un golpe. O sea, que no se conforme con manifestarse como un síntoma que hace sufrir, sino que, dirigiéndose hacia aquel otro que el paciente ha escogido como interlocutor, el que ha elegido como analista, el síntoma se revela con la capacidad de encajarse como una pieza entre otras, de aquel extraño rompecabezas que poco a poco se vislumbra ser la textura donde vive y crece, sufre y goza, un ser humano.

En este punto, el análisis puede comenzar, el inconsciente del sujeto hace su trabajo produciendo no sólo síntomas que hacen sufrir, sino sueños, lapsus y actos fallidos, y

logrados, y otras cosas aún que hacen soñar, que en conjunto abren una dimensión nueva: la que muestra la lente con la cual el sujeto percibe su vida y el mundo. Lente que lo condiciona porque si es verde, verá verde; y si es roja, verá rojo; y si es negra, verá negro. Lente que, desde Freud en adelante, hemos llamado fantasma.

El sujeto del inconsciente en análisis, entonces, debe trabajar, aclarar el fantasma, revelarse, salir al descubierto. Justo porque es este sujeto a trabajar, Lacan lo llamó psicoanalizante, como uno que estudia se llama estudiante y uno que enseña se llama enseñante.

¿Y el psicoanalista qué hace? Sobre todo, tiene que hacerse adoptar por el analizante. Es decir, volverse también él un elemento del rompecabezas. Y esto lo logrará especialmente porque ha aceptado formarse como analista. Sin embargo, en la relación con su analizante, el psicoanalista se encuentra en el otro polo de un partido de ajedrez en el cual tendrá que evitar las trampas que el inconsciente le tiende –y no solo el inconsciente de su analizante, en especial el propio, razón por la cual se había, en su tiempo, sometido a un análisis.

Si el analista supera el encuentro con lo que podemos llamar ‘el aparato inconsciente del paciente’, logrará arrancarle las razones, aquellas que son el secreto de las repeticiones, las manifestaciones sintomáticas, que radican en un núcleo de goce privado, singular, típico del sujeto, núcleo que, en desgracia, se revela como el estigma del sujeto analizante y a veces su misma fortuna. Un análisis termina cuando el analizante llega a reconocer que el teatro en el cual se desarrolla su vida no es un campo de batalla trágico, sino un pequeño teatro de ópera bufa que, al límite, logrará captar con un Witz, un chiste.

Variación II

El psicoanálisis se puede bajar del diván cuando el sujeto sufriente se ha subido demasiado pronto. Incluso, en este caso, debe bajarse del diván. Es el reverso de la Variación I: cuando el paciente va al diván sin las condiciones para que la experiencia analítica se dé, es preferible que regrese a poner los pies en la tierra, y eventualmente trabajar con su analista, para que se hagan realidad aquellas condiciones que el inconsciente necesita para decir sus razones. Es con este fin que Lacan insiste, el análisis no debe comenzar de inmediato –y entonces no se deje libre curso a la así llamada ‘asociación libre’, la regla que Freud había puesto como fundamental para la práctica analítica–, sino solo después de las sesiones preliminares, necesarias para que el aparato inconsciente se ponga en marcha correctamente, no por ejemplo con pasaje al acto, sino produciendo aquellas formaciones susceptibles de ser interpretadas. Es por

¹⁰ Psicoterapeuta, psicoanalista, A.M.E., Miembro de la SLP y de la AMP, presidente del Istituto freudiano.

¹¹ Traducido desde: *Quando la Psicoanalisi scende dal lettino*, Borla, Roma, 2010, pg. 5-12.

medio de la interpretación, y la presencia del analista, que el psicoanalizante llegará a enfocar o, si se quiere, a desnudar aquel núcleo de goce, secreto a él, singular de su propio síntoma.

Variación III

El psicoanálisis se puede bajar del diván cuando todas estas premisas no están contempladas. Cuando, en suma, quien sufre se dirige a un terapeuta para aliviar su pena, así como se va al médico para curar una enfermedad. En este caso, el síntoma no ha adquirido el valor de un síntoma psicoanalítico; en otros términos, el síntoma mantiene el mismo valor de un síntoma médico, es decir, se indica al médico la presencia de un disturbio o de una disfunción, no hace todavía signo al paciente que algo no va y su repetición, por lo tanto, no se conecta con ningún sentido. Nosotros decimos que el síntoma adquiere una valencia psicoanalítica sólo en este caso: cuando se engancha a un sentido que queda todavía oscuro y exige ser aclarado e interpretado.

Evidentemente, el psicólogo, el psicoterapeuta, el psicoanalista mismo, justamente, se prestan por aliviar el sufrimiento por medio de la palabra, también en el caso de una enfermedad puramente orgánica, pero, por la precisión, en estos casos se sale del campo estrictamente psicoanalítico.

El problema surge, en efecto, cuando el interlocutor de la persona sufre no logra reconocer, donde sea que exista, la valencia inconsciente. La asistencia se mantendrá entonces, es la longitud de onda que tienen los poderes de la palabra para aliviar el sufrimiento, sin que el nivel de la causa pueda ser captado y extraído, todavía. En tal caso, lo psi tiene el riesgo de simplemente prestarse a ser el agente colaboracionista de aquella misma instancia que es origen y causa del sufrimiento del paciente. El peligro mayor, en este caso, es desconocer la enorme potencia destructiva que el inconsciente lleva consigo, y que, en el mejor de los casos, conduce a fijar, generalmente para siempre, el sujeto al goce mortífero del síntoma.

Variación IV

El psicoanálisis se baja del diván, también, cuando se quiere dar lugar a aquella que hemos denominado 'demanda espuria'. Llamamos 'espuria' a la demanda que no sólo no se conecta con el inconsciente, sino que no encuentra ni siquiera las coordenadas que permitirían al sujeto dirigirse a su supuesto destino. Se trata, a veces, de una demanda que nace de un sufrimiento que toca aquel que sufre, haciéndole perder por completo el autocontrol. O bien de una demanda que proviene de un sufrimiento de

otros, de un familiar o de una persona amiga, por ejemplo, otras veces, causada por una precariedad social o profesional que deja en apuros a la persona que ya no sabe qué hacer. Son, sobre todo, estas demandas que se dirigen al *Ce.Cli*.

Ce.Cli es el nombre de los centros clínicos con orientación psicoanalítica creados, uno en Roma y otro en Milán, en la ola de lo que había sido hecho por algunos nuestros colegas en diferentes países del mundo, pero especialmente en Francia. El primero, el de París, se llama Centre Psychanalytique de Consultation et Traitement, cuyo acrónimo es CPCT. El *Ce.Cli* sigue el ejemplo francés, las consultas son gratuitas, pero se desarrollan en tiempo limitado: se trata, en general, de diez encuentros, en algunos casos ampliables hasta a quince.

¿Cuál es el objetivo de esta práctica?, ¿cuáles son los resultados positivos? ¿Y cuáles aspectos negativos ha revelado?

La primera respuesta a la primera pregunta: permitir que cualquiera, si lo desea, encuentre un psicoanalista. Y esto sin tener que poner problemas suplementarios, que normalmente conciernen la validez de la demanda, la dificultad de exponer problema, de lanzar una petición de clarificación o una indicación para poder enfrentar una situación personal o familiar. Y sin limitantes sobre el costo de la sesión. Una segunda respuesta: de tal manera se permite al sujeto reencontrar una nueva posición respecto a lo que lo inquieta. El objetivo no es poner en marcha una transferencia, se debe permitir a la persona que sufre que centre la cuestión que la ha llevado a tocar la puerta. Eventualmente dirigiéndolas después donde podrá tener una respuesta adecuada a su cuestión. Es evidente que, dado el caso, se le otorga la posibilidad de darse cuenta que la cuestión es verdaderamente suya, que le es peculiar, incluso si ha llegado para lamentarse de un padre, o de la pareja, o de la sociedad, o del mundo entero. Si ahí existirá una transferencia, se le indicará dónde podrá ser tomado en cuenta en las condiciones que una experiencia psicoanalítica exige.

Resultan evidentes los aspectos positivos de tal práctica, entre los cuales podemos indicar, además de los beneficios conectados a los poderes ordinarios de la palabra, un reordenamiento de la posición subjetiva, que ha permitido, a menudo, una nueva postura en la vida personal y social.

En cambio, tal práctica ha puesto a la luz potenciales aspectos negativos que, aunque la cosa parece paradójica, conciernen, sobre todo, a los operadores: sin un trabajo de equipo y sin trabajo de control esta práctica tiende a deslizarse –y ha sido de nuestro cuidado que las cosas no pasaran así– en una especie de terapia de apoyo pseudoanalítica, con el riesgo de tapar la falla del inconsciente, en lugar de permitir la formulación de una verdadera demanda subjetivada de la persona que sufre.

Variación V

Esta variación será corta, aunque puede ser aquella que podría tener el desarrollo más extenso e inesperado: se trata de la posible incidencia en la vida civil y en la res pública. Digo que el psicoanálisis nos ha enseñado sobre los mecanismos inconscientes que regulan la vida del ser humano, su modalidad de agregarse, o de desagregarse, como la de unirse o de pelear entre sí. No enfrentaré para nada este tema, por lo menos en esta sede.

Sólo recordaré que Lacan, varias veces, da indicaciones precisas sobre estos puntos, que conciernen, por ejemplo, de qué manera la ciencia moderna elimina el sujeto; o bien, de qué manera el capitalismo se ha ofrecido como apoyo a la intención de nuevos objetos del deseo que hoy en día nos parecen indispensables, aunque quedan sustancialmente inútiles, para no hablar de la afirmación en la cual se prevé una avanzada incontenible del fascismo. La vaporización del Nombre del Padre, para utilizar un lema amado por Lacan, y la subida al cenit de lo que llamamos el objeto (a) causa del deseo, como nos recuerda Jacques-Alain Miller, llevan a que emerja lo que han sido llamados, en el Campo freudiano, como 'los nuevos síntomas', que no son sólo las diferentes anorexias, bulimias, obesidad, los mejoramientos o las deformaciones de la ciencia práctica en el cuerpo del ser humano, en particular a causa de la cirugía o de las manipulaciones genéticas etc., porque si hay un nuevo síntoma podría ser sintetizado en la convivencia entre el humano y los objetos de goce, un humano 'solo' con un objeto más-de-gozar inútil: el niño pegado a su computadora es el emblema de eso.

Variación VI

Esta Variación concierne más que nada a la segunda parte de la frase inicial: ¿qué quiere decir que el psicoanálisis se pueda bajar del diván, condicionado a que alguien, antes, subió en él?

Aquí se abre un amplio escenario del cual ofrecemos sólo algunos puntos. Como ya he indicado, en el trabajo de equipo del *Ce.Cli*, es necesario un control constante, pero en especial, el control es necesario para que el psicoanalista sepa ocupar su posición para favorecer el trabajo del sujeto analizante –y no obstaculizarlo como puede pasar y, desgraciadamente, a veces pasa. El trabajo de control reenvía el psicoanalista a resolver en otro lugar –y no con su paciente, sino eventualmente retomando a su vez el bastón del analizante– los impases que podrá encontrar en el asumir la función que cada vez la práctica analítica requiere.

Todo esto nos conduce a la Variación siguiente, decisiva.

Variación VII

Desde el tiempo de Freud, la condición imprescindible para poder ser psicoanalista es que haya hecho él mismo la experiencia del inconsciente. Por esta razón, el psicoanalista debe someterse a un psicoanálisis. Diferentemente del cardiólogo al cual no se hace obligación a enfermarse de corazón, el psicoanalista tiene la obligación de darse cuenta que él, como todos los seres humanos de hecho, tiene un inconsciente el cual, de por sí, no lo hace estar nunca muy bien. Freud halló en la sexualidad sus extravagancias, como también en aquel malestar que es constitutivo de la sociedad humana. Es evidente que el empuje a someterse al psicoanálisis proviene únicamente de una exigencia interna, subjetiva, pero por los candidatos a la formación, se trata de una obligación que cada movimiento que se quiere psicoanalítico ha hecho propio.

Uno se vuelve analista, no se nace tal. Y uno se vuelve analista justo a partir de aquel famoso síntoma que hace la cruz –y la suerte– de cada ser humano. Pero como hemos visto, este síntoma tiene que ser tomado en la elaboración del aparato inconsciente con un psicoanalista.

Para volverse analista se necesita entonces una formación. Formación que tiene dos vertientes. Una primera, concierne al análisis personal que permitirá al futuro analista de experimentar sobre sí el funcionamiento del inconsciente, y de captar su lógica. Una segunda vertiente de su formación concierne lo que él tiene que saber, es decir aquella adquisición de saberes y de conocimientos que le serán necesarios para el ejercicio de su práctica. Freud consideraba que el psicoanalista tiene que ser el informado en muchas disciplinas, y no sólo relativas al campo de psicología, de la medicina o de la psiquiatría, sino también en otros sectores que van de la literatura a la etnología. Lacan mantiene esta posición radicalizándola, y justificará la necesidad que tiene el psicoanalista de recurrir a otros saberes porque el inconsciente si es un saber –y eso quiere decir que el inconsciente está estructurado como lenguaje–, sin embargo, saber que aunque estructuralmente se niega al conocimiento, puede ser acercado por medio de otros saberes, aparentemente lejanos del psiquismo, que le son en cambio muy cercanos o incluso ejemplares para delinear su funcionamiento lógico.

Variación VIII

Para una tal formación se necesita una Escuela. Por esta razón Lacan fundó en el 1964 la Ecole freudienne de Paris y porque, una vez disuelta esta primera Escuela, adoptó como suya la Ecole de la Cause freudienne, desde la cual nació, muchos años después, por el impulso de Jacques-Alain Miller, la Scuola lacaniana di psicoanalisi, que es la Escuela de Lacan en Italia y cuyo instituto de formación es el Istituto freudiano per la

clínica, la terapia e la scienza, que sostiene actualmente la experiencia del *Ce.Cli*.

No tengo la pretensión de hacer treinta tres Variaciones ni tampoco treinta, aunque sea, las Goldberg Variationen, sea las Variazioni su un tema di Diabelli, me han sido de enseñanza por saber cómo enfrentar un tema psicoanalítico.



Massimo Termini¹²:

La palabra y el inconsciente: el coloquio y su orientación clínica¹³

El comienzo de nuestra reflexión coincide con el de nuestra práctica, cuando alguien se dirige al *Ce.Cli* para pedir un encuentro¹⁴. Mínimo y esencial, este es el punto de partida, la palabra que se vuelve demanda. Y luego, una vez llegada a su destino, ¿cuál acogida?, ¿nos limitamos, quizás, a considerar recibir la demanda con la escucha? ¿Es una afirmación suficiente?

La respuesta, naturalmente, es no. Si el coloquio clínico quiere trazar los contornos de un lugar especial para la palabra, no puede reducirse a una sencilla función de escucha o de diálogo. Tampoco la íntima privacidad de la situación permite individuar la especificidad del coloquio, a buscar más bien del lado de una fuerza centrífuga que desvía la palabra de los rieles en los cuales, usualmente, fluye, y fluyendo, se consume. El ritmo siempre más acelerado de la comunicación globalizada usa y consume las palabras de vida, sin salvar ni siquiera los conceptos del saber analítico y, en sentido más amplio, psicológico. Basta con acercarse a nociones como escucha, demanda, transfert o interpretación, sólo para citar algunas, o sumergirse en diferentes declinaciones del inconsciente, para constatarlo. Conceptos bajo riesgo, esta es la sensación, seguramente, a riesgo de una expansión tal que disuelva sus confines y extravíe sus peculiaridades. En fin, a partir de la demanda, ¿qué es lo que introducimos de inédito en la comunicación humana?

Demanda y respuesta

Fijado el punto de partida, empezamos el camino precisando de inmediato la dirección: en la clínica no se trata de hacer proliferar la simple charla sino de constituir “un lugar de respuesta, un lugar en donde la charla toma el giro del interrogativo, y el interrogativo mismo toma el giro de la respuesta”¹⁵. ¿Como respuesta a la demanda de un interrogativo? La paradoja es solo aparente. Iremos más a fondo sobre los caracteres y las funciones de tal interrogativo, antes todavía, un punto a precisar. Para hacer espacio a un interrogativo, un interrogativo que toma el valor de cuestión subjetiva, se necesita una condición: que el interlocutor, quien escucha, aquel a quien la demanda

¹² Psicólogo, psicoterapeuta y psicoanalista, Miembro de la SLP y de la AMP, docente del Instituto freudiano y director del *Ce.Cli* de Roma del 2006 al 2010.

¹³ Traducido desde: *Quando la Psicoanalisi scende dal lettino*, Borla, Roma, 2010, pg. 13-42

¹⁴ Centro Clínico de psicoterapia y psicoanálisis aplicado.

¹⁵ J.-A. Miller, *Verso PIPOL 4*, en *La Psicoanalisi*, n. 42, Astrolabio, Roma, 2007, p. 220.

se dirige, logre sostener un cierto olvido de la respuesta. ¿Podrá soportar la tensión que una demanda a la espera que produce o prevalecerá el intento de responder, de satisfacerla, es decir de silenciarla? Ese es el dato a registrar: ¿satisfacer la demanda? Tentación de la naturaleza humana se podría decir, o más sutilmente, dialéctica simbólica, y aún más precisamente: dialéctica simbólica que agita el inconsciente. Si la demanda llama la respuesta es porque, aún antes del saber, cosquillea el fantasma del otro, el fantasma de aquel al cual uno se dirige, es decir cosquillea en él un lugar de la subjetividad bien preciso: aquel donde, sin que lo sepa, se ponen las cuestiones fundamentales, y donde, al mismo tiempo, siempre sin que lo sepa, se replantean sin cesar las tentativas de respuestas. ¿Es desde esta posición que en la clínica respondemos a la petición de ayuda de alguien? ¿Más allá del manto de saber endosado, la nuestra será una respuesta fantasmática?

En el *Ce.Cli* no es raro recibir las urgentes demandas de consejos que conciernen una situación al borde o decisiones que hay que tomar, decisiones cruciales, punzantes como espinas, cargadas de consecuencias por sí y por los otros. Se pide para que pueda desatarse de prisa un nudo de duda y sufrimiento, quizás apretado y duradero; se presiona y luego, justo mientras se insiste, con sorpresa llega una confesión: en realidad los consejos solicitados y recibidos, por profesionales y no, ya son muchos, son incluso de buen sentido, compatibles, pero la indecisión no disminuye. Al contrario, el estado de confusión aumenta, porque una vez recogidas las opiniones y diferentes variaciones sobre el tema, queda siempre la duda: ¿cuál es el adecuado? Grande es la oferta y fácil es el acceso a indicaciones, soluciones o prescripciones, en una abundancia de psicología de la vida cotidiana que termina por surtir el efecto, este sí paradójico, de la desorientación; a veces incluso de la soledad o del desánimo que implacables surgen frente al montón de las respuestas.

Un saber que nunca es como los otros

Dos notaciones para continuar.

La primera es la aclaración que sirve para despejar el campo de un malentendido obstinado: considerar el valor de respuesta del interrogativo no quiere decir en absoluto empujar el coloquio y la palabra hacia lo inefable¹⁶. Hay interrogativo e interrogativo, y un interrogativo, cuando está bien planteado –y solo a esta condición– no tiene para nada el carácter de lo inefable, sino asume una densidad propia. Toma aquí lugar la función del interlocutor que no puede solo limitarse a escuchar, entregando así la

¹⁶ Cfr. Jacques Lacan, *Una questione preliminare ad ogni trattamento possibile della psicosi*, e *Scritti*, Torino 1974, p. 546.

palabra a su destino de charla y lamentación. Para que el interrogativo tome consistencia es necesario que quien escucha sepa también introducir en el discurso una puntuación a la altura de coagularlo sobre puntos de demanda bien precisos. Son las palabras que han marcado la historia del sujeto, las de la propia familia, son los rasgos que arrancados al Otro y hechos propios han dejado una huella en su cuerpo; son los enunciados que le han excavado un lugar en el discurso del Otro o que le han asignado un papel en el cual él se ha acomodado. Pero son también los momentos de ruptura que lo han socavado de allí, sorprendiéndolo, traicionándolo, que lo han dejado plantado. Aferrándose a los significantes de su propia historia, aquellos que son posibles de encontrar en el tiempo de un ciclo¹⁷ y articulándose esos significantes el uno con el otro con el fin de hacer cadena, o mejor, esbozarla, la cuestión del sujeto puede asumir una composición original antes impensada, que la arranca a cualquier mística de lo inefable.

“Aislar lo que está escrito en lo que es dicho”¹⁸: es esta la operación evidenciada en las dos ‘radiografías’ presentadas por P. D’Amelio¹⁹ que apunta la lupa sobre los desplazamientos subjetivos, incluso mínimos, producidos por una práctica textual aplicada a los dichos del sujeto.

La segunda notación es del orden de la distinción y quiere subrayar cómo el camino que estamos trazando no va en la dirección de la indicada en el ámbito psicológico por el concepto de “análisis de la demanda”²⁰. Una praxis bien conocida que sitúa como condición basilar de la intervención la suspensión de la acción: momento imprescindible para que la atribución fantasmática de papel que mueve la demanda, es decir su motivo inconsciente, la emoción inconsciente que organiza la relación entre el individuo y el contexto, no sea agitada por el psicólogo, sino evidenciada y traducida. Por medio de la suspensión de la acción, esta praxis advierte al psicólogo del riesgo de coludir con las comunicaciones transmitidas de manera inconsciente por quien demanda. Así que, en respuesta a la colusión y al cerrarse de la relación en la puesta en común de las mismas dinámicas, el objetivo metodológico de la intervención se especifica como elaboración y explicitación; como la constitución de un espacio en donde suspender

¹⁷ La práctica clínica del *Ce.Cli*, con los encuentros gratuitos pero limitados a un número de 10 (extensibles en algunos casos hasta un máximo de 15) pone en primera plana la noción de ciclo. Sobre la función de tal concepto véase: J.-A. Miller (a cura de), *Effetti terapeutici rapidi in psicoanalisi*, Borla, Roma 2007.

¹⁸ A. Zenoni, *La lettera al di là dell'ermeneutica. Una introduzione ai corsi di Jacques-Alain Miller*, en *La Psicoanalisi*, n. 26, Astrolabio, Roma 1999, p. 191.

¹⁹ Cfr. La contribución en el presente volumen. Hay que precisar, además, como tal operación, declinándose en varios aspectos de la clínica, se encuentra en todas las contribuciones que seguirán.

²⁰ Se trata de un ámbito de elaboración teórica y de intervención de amplio desarrollo, que encuentra su referencia fundadora en el trabajo de varias décadas realizado por R. Carli. Cfr. Por ejemplo R. Carli, M.R. Paniccia, *Analisi della domanda. Teoria e tecnica dell'intervento in Psicologia Clinica*, il Mulino, Bologna 2003.

el actuar emocional y poner en su lugar la capacidad de pensar, es decir, la capacidad de explicitar las simbolizaciones afectivas y las dinámicas relacionales implícitas en la demanda, para sostener sus evoluciones, crea nuevas posibilidades de intercambio con el otro.

El punto de división con lo que estamos delineando está justo aquí. Hacer emerger la simbolización afectiva vehiculada por la demanda, traer a la luz y explicitar su sentido inconsciente: no es esta la dirección que toman los coloquios al *Ce.Cli*, porque nuestra práctica clínica no realiza, y por eso no actúa tampoco, esta operación de sentido. Más bien renueva la matriz socrática del diálogo llamando en causa la disyunción entre significante y significado²¹ y dibujando como horizonte de la demanda, no la explicación de su contenido, sino su puro querer decir, no su significado, sino su valor significante. En esta perspectiva²² entonces el hecho de demandar es tomado en su función más radical, como pedir algo sin que todavía ni el sujeto ni alguien más por él pueda entender o designar exactamente qué. Quiere decir, hacer emerger y sostener el empuje radical que anima el demandar, aquel que ningún pensamiento y ninguna reflexión puede apagar y que deja en stand by saber y respuestas. El lado inconsciente de la demanda más que en un sentido por descubrir hay que buscarlo en un empuje que ningún sentido velado, y después develado, pensado y repensado, logra apagar. Y dado que la razón del decir no se acaba en lo que se piensa de querer decir, tampoco la razón del pedir se acaba en lo que se piensa de pedir.

Pero repetirlo no es superfluo, para que se produzca una tal apertura en la tendencia 'natural' del discurso a cerrarse en cualquier sentido –introducido por el otro, alcanzado por el sujeto mismo o producido por su relación, no es importante– se necesita que quien recibe la demanda no sea atado por la idea de resolverla, que no esté encumbrado por la tendencia a ofrecer una solución fantasmática, sino que sepa, al contrario, incluir en la respuesta la función del silencio, del no dicho, del malentendido. Será entonces una respuesta que no descuida los tropiezos y las defaillances en el decir del sujeto²³, que deletrea y aísla sus momentos de caída, que recoge los puntos de detenimiento o de huida de la palabra, revelando en ellos el precioso detalle de una apertura del inconsciente que no hay que cerrar. A la ocasión, será también una respuesta que traerá en la cadena significante el elemento, en más, que descompone el sentido, o un agregado, un subrayado que pone de relieve y extrae del flujo del discurso un determinado significante, cargándolo de un valor nuevo e imprevisto.

21 Se trata de la disyunción introducida por Lacan en el psicoanálisis a partir de la lingüística de F. de Saussure.

22 Se trata de la perspectiva sobre el concepto de demanda abierta por Lacan a partir de los años 50. Como testimonio, por ejemplo, su texto sobre *La dirección de la cura* en *Escritos*, cit.

23 La referencia es, sobre todo, a la *Psicopatología de la vida cotidiana* de Freud, en *Obras completas*, Amorrotu.

Entonces, ¿está clara la hipótesis alrededor de la cual gira la argumentación? Para establecer una relación con el inconsciente no es suficiente con hablar, demandar y tampoco revelar un significado escondido. Es necesario, en cambio, atravesar un embotellamiento del discurso para enganchar la estructura de lenguaje del inconsciente: la que trae en primer plano la dimensión del significante, su irreductibilidad respecto a la idea de comprensión, su independencia de cualquier intención de significación, su misma materialidad²⁴. En síntesis, el hecho que el destino del significante no es de apagarse entre los brazos del significado, no es de hacerse instrumento del sentido, si no de reenviar a otros significantes²⁵.

De inmediato, entonces, el tratamiento de la demanda impone una elección de campo respecto al inconsciente, a la manera de conceptualizarlo, acercarse a él y hacerlo operativo en la práctica clínica. La clínica no pierde tiempo y desde los movimientos iniciales el primer coloquio, formación personal y orientación teórica²⁶ son llamados en causa. Así, por ejemplo, tomando de referencia las dos polaridades de la redacción objetual, la manera de acercarse a la demanda en el *Ce.Cli* es inescindible de la manera de concebir el sujeto en psicoanálisis. No transparente a sí mismo ni tampoco amo en casa propia, siempre ocupado por una falta que lo empuja sin cesar hacia el Otro, el sujeto del inconsciente, es pura cuestión, precisamente una cuestión articulada en cadenas significantes. Además, considerar la pérdida irremediable que marca su relación del objeto permite de tomar una vertiente más radical de la demanda: demandar no es pedir algo, no es un acto reducible a su forma explícita, a un contenido, sino un empuje radical que supera cada objetivo y sobrepasa cada objeto que se tiene en la mira. Sabemos que puede expresarse de manera discreta, pero también no expresarse, esconderse, estacionarse en silencio esperando a la iniciativa del otro. Pero en todo caso está ahí a la espera, en cada caso, mostrada con ímpetu o llevada con timidez, aísla una dimensión constitutiva en el sujeto. A gritos o en susurros, "demandar: el sujeto nunca ha hecho otra cosa que eso, nunca ha podido vivir que gracias a eso, y nosotros lo retomamos desde allí"²⁷.

Desde aquí, un paso más permite de circunscribir con mayor precisión la función de la respuesta que el interrogativo puede asumir. Se trata del pasaje en donde la charla, tomando el giro de la interrogación, en el forzamiento del espacio semántico, revela 'de contener el tesoro de un sentido otro que vale como respuesta, es decir que vale

24 Cfr. A. Zenoni, *La lettera al di là dell'ermeneutica. Una introduzione ai corsi di Jacques-Alain Miller*, cit.

25 Cfr. J.-A. Miller, *Ouverture*, en IRMA, *Il conciliabolo di Angers. Effetti di sorpresa nella psicosi*, Astrolabio, Roma 1997.

26 Entendemos en especial, la *Orientación lacaniana*, es decir la enseñanza que J.-A. Miller tiene desde hace, alrededor de, 30 años al interior del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad París VIII y que inspira el presente texto más allá de las referencias explícitas.

27 J. Lacan, *La direzione della cura*, cit. P. 613.

como un saber llamado inconsciente²⁸. En el desarrollo de la demanda, entonces, no es sólo despegue respecto del sentido común –aquel que se domina y que al mismo tiempo encierra el decir entre confines estrechos y transitados– sino también conexión a un sentido nuevo, más precisamente al nuevo saber. Un saber especial que no se agarra, pero que todavía toma lugar como hipótesis. Hay, pero escapa, y escapando llama a la interpretación. Dicho de otra manera, es la idea según la cual lo que me pasa no pasa por caso, incluso si no entiendo la razón, hay una razón. A mí, quizás, se me puede escapar, pero habrá un Otro que lo agarra, y es a él al que yo me dirijo. Este saber es entonces una idea, pero no es una idea cualquiera, más bien es la creencia sólida, tenaz en una razón a la altura de explicar lo que aún no se entiende. ‘Saber en construcción’, su estatuto es lo de la suposición²⁹.

Por lo tanto, antes por el lado del interrogativo ahora por el lado del saber, ahí están dos dimensiones analíticas que con modos y gradaciones diferentes pueden tomar lugar en los encuentros del *Ce.Cli*, sin que a nadie se le haga obligación de asumirlas. Una oferta y no un forzamiento, ninguna insistencia, porque si acaso es del lado de la demanda que encontramos insistencia y forzamiento, en su motivo.

El tiempo de la urgencia

Recientemente J.-A. Miller, retomando un pasaje extraído de las últimas frases de la enseñanza de Lacan, ha operado una preciosa relectura del concepto de demanda en términos “petición de una urgencia”³⁰, condescendiente de desplazar el punto de atención sobre un registro diferente de lo simbólico, sin excluirlo, sino integrándolo en una perspectiva más amplia. ‘Demandar: el sujeto nunca ha hecho otra cosa que esta’, hemos dicho con Lacan, para subrayar el nudo inextricable que desde siempre liga el sujeto a la falta y entonces a la demanda. Pero es verdad también que el sujeto formula ahora –en algunos casos reformula– su demanda sola, y no antes, en un determinado momento y no en otro. Ahora y no después, quiero decir que hay prisa, que ya no es tiempo de reenviar, y en la prisa no sólo se descubre la demanda en espera, sino se manifiestan las cifras reales de su motivo. Para decirlo de otra manera, la noción de demanda aborda la falta constitutiva en el corazón del sujeto, el tiempo de la urgencia, en cambio, evidencia el encuentro o el choque con algo de excesivo, traumático, la irrupción de algo que es demasiado para soportar.

28 J.-A. Miller, *Verso PIPOL 4*, cit. P. 220.

29 A este saber Lacan dará todo el relieve necesario en la teoría y la práctica analítica elaborando la noción de sujeto supuesto saber poniéndola a la base del transfert.

30 Cfr. El pasaje de Lacan en *Prefazione alla edizione inglese del Seminario XI*, en *La Psicoanalisi*, n. 36, Astrolabio, Roma 2004, p. 11. Véase además el comentario de J.-A. Miller en *L'inconscio reale*, el *La Psicoanalisi*, n 42, cit.

El malentendido, o aún más el descuido, que tal momento, el velo apurado que se puede poner sobre esta emergencia, el silencio por el cual se espera callar su irrumpir imprevisto o su surgimiento progresivo, no son sino consecuencias. No muestran, por ejemplo, algunas interrupciones de camino cuando, interrogando la tentativa de reanudación al *Ce.Cli*, descubrimos que una anterior terapia se ha parado más o menos improvisada, quizás después de un cierto tiempo de su inicio, justo en coincidencia con un momento de vida decididamente crítico: una grave enfermedad o la pérdida repentina del trabajo, un lazo amoroso que termina, un duelo en familia, en todo caso un evento angustiante que se tiene en el camino de la existencia y con ello el camino terapéutico que iba desarrollándose. Extraña coyuntura, ¡una interrupción justo en el momento de mayor urgencia! Es lo que ha pasado a un hombre que intentaba retomar un camino anterior durado alrededor de dos años, pero es interrumpido cuando una importante relación de pareja está por terminar. En aquel entonces, sin entender bien el porqué, ha percibido que lo que pasaba en su vida amorosa ‘no tenía relación’ con el proceso terapéutico. Como si este último, de frente a un dolor fuerte, de repente si quitara su manto de ligero semblante. Ha atravesado las vicisitudes de la separación solo, pagando el precio de una confusión y de un sufrimiento que al final lo han empujado a tocar a la puerta del *Ce.Cli*.

En fin, ¿logramos hacer pareja con la urgencia³¹ que un pasaje de vida trae a la luz? Se trata de una percepción que se agarra en el inmediato. Aún antes de cada supuesta capacidad de otorgar sentido o manejar un saber especializado, las personas perciben en el interlocutor la posición frente a la angustia o al dolor. Posición que, no olvidamos, en la formación analítica cada uno debe extraer de su propia experiencia de análisis. ¿Logramos tomar el lugar y estar al lado de lo que agrieta la existencia y hace temblar cada sentido, sin temor y temblor? Si bajo la envoltura de la vaina del sentido de la demanda es la urgencia a pulsar y si esta pulsación solicita el fantasma de quien recibe la demanda, entonces no sólo despertará en él el empuje a responder, sino, más a fondo, moverá su angustia. Es más, si consideramos la función de velo de la angustia realizada por el fantasma, podemos juntar los dos puntos y notar cómo el empuje a responder no sólo emerge para satisfacer la demanda del otro, sino también a callar o anticipar su propia angustia.

Resulta más claro, entonces, que la demanda se articula en la cadena significativa por medio de una doble modalidad. No sólo haciendo lugar a la falta, sino aislando la emergencia de lo que, demasiado por soportar, desorienta el camino en el mundo. Si la demanda empuja hacia la realidad que nos circunda para reclamar la satisfacción que falta, no es en la realidad que ahonda sus raíces, sino en lo real. En un real, que no hay que confundir con la realidad, porque esencialmente es lo que la descompo-

31 Cfr. J.-A. Miller, *L'inconscio reale*, cit.

ne, es lo que hace grietas en la existencia, es lo que estropea nuestra percepción del mundo³².

La demanda, entonces, cuando es verdadera demanda, surge de una experiencia ingobernable, de manifestarse de un síntoma o de una angustia que hace temblar el sentido de dominio sobre sí y el mundo; nace de una fisura del ser por agarrarse a la idea de un saber a la altura de responder. Ella misma, entonces, ya es respuesta, la respuesta a una experiencia enigmática que hueca cada sentido. Aún ¿logramos tomar en cuenta este real que hace hueco sin ser tomados por él?, ¿logramos hacer lugar no al objeto de la demanda, sino a su motivo que se anida entre la inhibición, el síntoma o la angustia? Esta es la apuesta que se renueva a cada encuentro en el *Ce.Cli*. Una apuesta que se juega entre el empuje, que colocamos en la urgencia y la motivación, que colocamos en las cogniciones. Esta última en efecto deja entender una posición de transparencia y de dominio respecto al propio deseo (y si no es el dominio del sujeto, será aquel de quien por él la evalúa y la mide) que no reencontramos en la primera. Al mismo tiempo, todavía, conocemos las rápidas e inesperadas oscilaciones que la motivación registra en una cura, sobre todo cuando las cosas van más allá de las batutas iniciales. Así, más que evaluar lo que cada uno puede decir o declarar al respecto de la intensidad u al convencimiento de su propio demandar, más que apoyarnos a la evaluación o la medida que puede ser extraída de estas declaraciones y a las previsiones que se desprenden, la orientación analítica toma la demanda en un plan reversado, en donde aquella de dirigirse a alguien, más que dominada, es una decisión tomada bajo jaque. En el fondo, no se trata de un querer pedir, emprender, empeñarse, sino de no poder hacer a menos de pedir, emprender, empeñarse. Esencialmente, un no poder hacer a menos dirigirse al Otro. Reducido al hueso, la llamada del sujeto al Otro no es otra cosa que una elección forzada, decisión que precipita una situación sintomática, ya insostenible, y precipitando cierra el nudo entre sufrimiento y sentido.

Pero es un nudo, la experiencia clínica nos lleva a subrayarlo, no va por sí. Bien cerrado algunos casos, por otros en cambio es como aflojado, al límite del deshilache. Por lo tanto, sus formas son mutables y la fuerza de su estrechez variable. Y en efecto, si por eso construir alguna casuística, si consideramos los dos hilos estrechos por el mundo (síntoma y sentido) y ponemos la atención en el primero, podemos leer mejor las demandas que se presentan al *Ce.Cli.*, no bajo la insignia de la necesidad, de la exigencia, sino de la posibilidad, de la oportunidad, en donde no está en primer plano una di-

32 Se trata de lo real entendido en el sentido propiamente lacaniano. Solo recuerdo a lo simbólico real imaginario, lo real compone de la terna de los registros introducidos por Lacan en psicoanálisis a partir de los primeros años 50 y constantemente elaborados a lo largo de su enseñanza.

mensión de malestar y sufrimiento³³.

¿Cómo no pensar en aquellas peticiones que se presenten animadas por la 'curiosidad', hacia el psicoanálisis de lo cual se ha hablado tanto, pero que siempre se ha mantenido a distancia?, ¿o de aquellas que se declinan como 'demanda de experiencia' y que no son de inmediato traducibles como demanda de tratamiento o sanación? A veces sacan el impulso de la percepción de un 'desperdiciar la vida': 'son las cosas que pasan y se deslizan sin tocar', es la sensación de una pérdida difusa que reclama una recuperación y lanza el sujeto en la búsqueda de operaciones prácticas experienciales de las cuales nuestro tiempo seguramente no es faltante. Al contrario, abundan y en la abundancia se consuman.

En otras ocasiones se puede llegar al *Ce.Cli* bajo el empuje de alguien más, quizás de un fisioterapeuta que aconseja encontrar un psicólogo porque hay demasiada tensión y 'hablar podría hacer bien'. O por el consejo de un médico preocupado por la decaída psicológica de una condición física, o porque considera que ciertas problemáticas de salud puedan estar conectadas a 'factores psicológicos'. En el fondo no es el sujeto el que demanda, sino alguien más, es el otro que demanda mientras él es solamente un mensajero. Ciertamente el *Ce.Cli* con la gratuidad de los encuentros, se pone en una lógica de continuidad respecto a tales situaciones. Su oferta fácilmente accesible, por lo menos en primera instancia, se pone en continuidad con una demanda que tiene dificultad en encontrar el motivo de la necesidad. Pero en segunda instancia, serán los encuentros a marcar un punto de discontinuidad, verificando si bajo el caparazón de la posibilidad, de la curiosidad, de las solicitudes producidas por otros o de la búsqueda de otra experiencia por vivir y experimentar, acecha una exigencia más íntima y radical, ligada a un efectivo malestar subjetivo.

Si desplazamos la atención, en cambio, sobre el segundo hilo estricto del nudo –es decir el del sentido– podemos considerar otro aspecto de su deshilache, o aflojamiento, y colocar mejor los casos en los cuales, aún en presencia de una situación sintomática evidente y de un malestar acentuado, la dimensión de la llamada al Otro aparece difícilmente localizable, como cortocircuitada, como se no encontrara raíces en para apoyarse. La opacidad es opacidad y nada más, no propicia ninguna suposición de saber, no asume el valor de un interrogativo, confrontando de este modo a la clínica un rasgo característico de nuestros tiempos contemporáneos, "en donde se busca habitar una vida sin sentido" y 'el sentido ya no es una interrogación, una interrogación necesaria'³⁴. Y si también, en este caso, gratuidad de los encuentros y entonces la facilidad de acceso se pone en continuidad con una posición de desempeño respecto a

33 Cfr. A. Di Ciacia, M. Termini, *Il ciclo della domanda. Alcune note sull'esperienza del Ce.Cli. di Roma*, en *Attualità lacaniana*, n. 7, Franco Angeli, Milano 2008.

34 M.F. Blanco, *Discorso, sembiante e destino del sintomo*, in *Papers*, n. 8, www.scuolaitaliana.it

la propia demanda, eso no quiere decir que las cosas no puedan cambiar en el curso de los encuentros. Así que aun antes de empezar el tratamiento de la demanda, es necesario verificar la posibilidad, al menos, de hacer un hueco en muro de caucho existencial, hecho de un “vivir sin sentido”³⁵. En otras palabras, se impone la necesidad de una clínica del preliminar que intenta verificar y aislar, no solamente lo que se hace síntoma para un sujeto, sino la posibilidad misma de darle forma y consistencias por medio de un punto de anudamiento con la función del interrogativo, y de allí con el saber supuesto.

Un nudo por construir, por producir, porque es en esta conexión que el tratamiento de la demanda se vuelve tratamiento del síntoma.

Implicación y goce

Hay amplios debates sobre el tema del síntoma y sobre las manifestaciones del disturbo psíquico y muchas reflexiones conciernen su colocación: ¿del lado de la objetividad o de la subjetividad? La cuestión se entrelaza con el tema de la praxis diagnóstica: ¿conocimiento nomotético o ideográfico? ¿Diagnóstico objetivante o diagnóstico subjetivo? ¿Mensurabilidad del síntoma y del disturbo o significado subjetivo, particular, no cuantificable? Mucho se ha escrito y aún más se escribirá sobre las relaciones entre estas dos dimensiones y en particular sobre su heterogeneidad³⁶. Las llamadas a la convergencia no faltan, pero aún antes de sumergirnos en tal disputa, en donde por cierto no entraremos, se puede percibir cómo es que tales dimensiones, incluso produciendo líneas de desarrollo diferentes, en realidad se despliegan y toman lugar al interior de un mismo discurso que, diversamente a lo que deja entender la literatura especializada ilustrándonos los repetidos intentos de síntesis del saber psicológico, no coincide con el discurso del clínico. No es su saber a constituir el lugar de articulación de estas dos dimensiones, sino más radicalmente y más simplemente es el discurso del sujeto. Es aquí que su carácter antinómico se apaga y deja emerger una articulación bien precisa, que no es reconducible a una operación de síntesis. Pero todo eso a condición que el discurso del sujeto se desarrolle, orientándose según una lógica que ahora intentaremos delinear.

Entre las palabras del sujeto, en efecto, el síntoma toma lugar como algo por eliminar, suprimir o sanar. Lugar y fuente de sufrimiento, el síntoma precipita en su discurso como elemento externo que perturba pensamientos, vivencias, percepciones. Punta

35 *Ibidem*

36 Cfr. N. Dazzi, V. Lingiardi, F. Gazzillo, (a cura di), *La diagnosi in psicologia clinica*, Raffaello Cortina, Milano 2009.

afilada de la experiencia, por redondear o aún mejor por desraizar, el síntoma hace obstáculo al fluir de la vida, en algunos casos hasta precipitar la vida misma en el impase. Huésped desagradable e indeseable, se compone en el discurso como cuerpo extraño y en este sentido cargado de objetividad. El sujeto puede escrutarlo, mirarlo, vigilarlo en la tentativa de repelerlo, de rechazarlo, como se hace con un intruso en casa propia. Al mismo tiempo, todavía, si nos referimos a lo que decimos antes, a propósito del interrogativo y de su composición en la articulación significativa, notamos que el discurso desarrollándose, es decir inscribiendo el síntoma en sus propias coordenadas simbólicas y familiares, en su propia historia, opera una inclusión. En la medida en que el síntoma se abra en abanico y en esta abertura se conecte a algunos significantes particulares, puede volverse el lugar en el cual el sujeto de manera imprevista se reencuentra, porque es en este ángulo del discurso que encuentra concentradas las cuestiones sobre el propio ser y el propio deseo. En pocas palabras, volviéndose el lugar de una verdad por descifrar, el síntoma descubre al mismo tiempo su vertiente subjetiva.

Naturalmente, este movimiento, que llamamos implicación subjetiva, no borra la vertiente de extraña exterioridad del síntoma. Subjetivo y objetivo mantienen sus caracteres de oposición, pero no menos se despliegan como lados en continuidad de una misma superficie, como en una banda de Möbius³⁷. No previsible, sino por producirse en los encuentros, tal movimiento, además, halla su punto de injerto en un dato clínico bien preciso, aislado por Freud: la repetición. ¿De dónde si no desde la mirada dirigida sobre la repetición surge la hipótesis, a veces desechada, del papel que cada uno juega en su propio malestar?

En efecto, no es sólo la genialidad freudiana que ha olfateado tal hipótesis, y es suficiente escuchar la mordaz historia cantada por Giorgio Gaber del hombre enfrentado con El olor por darse cuenta. Desagradable e inesperado, el olor sobreviene en el momento tópico del encuentro amoroso. Él y la mujer están distendidos en un prado, cuando de repente llega la sensación. De inmediato las hipótesis. Quizás sea ella, quizás ‘será la zona’. Luego se cambia de lugar, pero no de olor. Quizás sea la campiña y entonces se mueve rápido en la ciudad, hacia un bar. Pero siempre está el olor. Entonces en la casa, solo, pero continua. Y así en la escalación de la sensación olorosa y pensamiento razonante, se impone la hipótesis: ‘¿No será que soy yo?’, dicha y de inmediato negada, hasta cuando las tentativas de alejarlas se hunden frente a la implacable insistencia del fenómeno.

37 Es Lacan que ha introducido en psicoanálisis el uso de figuras topológicas y entre estas la de la banda de Möbius, cuya característica es de tener un solo lado y un solo borde, de manera tal que recorriendo un primer giro nos encontramos en la parte opuesta si haber atravesado o brincado ningún borde. Continuando y recorriendo un segundo giro se regresa luego en el lado inicial.

Al mismo tiempo, todavía, si regresamos rápidamente al ámbito clínico y al desarrollo de nuestra argumentación, observamos cómo esta hipótesis –es decir el afirmarse de una interpretación que carga en el sujeto lo que antes era pensado como extraño respecto a sí y por lo tanto cargado en el Otro– no es más que una aproximación, insuficiente para producir el verdadero tejido de la implicación subjetiva. Por otro lado, no se trata tampoco de pedir al genio de la ironía a competir contra el genio de la clínica, sino de un aviso para quien se coloca en la línea de esta última, para no reducir la portada subversiva de su descubierta al plano de una simple admisión.

En resumen, para que haya efectiva implicación en el síntoma, una efectiva rectificación de la posición subjetiva, hay que pasar de la coacción a repetir del síntoma a la articulación signifiante, se necesita que la primera sea retomada en la segunda, que la interrogación del síntoma lleve al descubierto los significantes fundamentales, mostrando su inexorable reproducción: el hecho que “regresan, retornan, se entrelazan siempre de la misma manera”³⁸.

La rectificación subjetiva de la cual habla el psicoanálisis no se reduce a la simple consideración que en el síntoma está en juego algo propio. La implicación no es una genérica admisión del tipo ‘depende de mí y no del otro’. En el fondo no concierne tampoco el grado de convencimiento con el cual viene afirmada. Ciertamente esta admisión ya es un paso, pero es aún pequeño, podríamos decir de un orden imaginario. Al contrario, se necesita que esta asunción se mueva en el hilo de lo simbólico, que se articule en la cadena signifiante, que la recurra y, en esta y ningún otro lugar, coloque la necesidad que sostiene la repetición sintomática.

Si hemos subrayado desde el principio la oportunidad de no encallar la articulación signifiante en las secas del significado, sin lanzarla, sin por eso lanzarla hacia una metonimia infinita y tampoco soltarla entre los pliegues de lo inefable, ahora descubrimos con más precisión su polo de atracción: la interrogación dirigida hacia la necesidad inconsciente que sostiene la repetición, en donde toma lugar la hipótesis de una extraña tendencia que, en contra de cada cognición, empuja hacia lo peor. Dicho de otra manera, el desarrollo de la demanda, que estamos dibujando, no puede prescindir del concepto de pulsión y de la lógica paradójica que la caracteriza. Piedra de escándalo, el concepto freudiano de pulsión y la relectura lacaniana, en términos de goce, introducen un vértice imprescindible en orientar la clínica hacia otra escena –es decir, el inconsciente– que no es sólo el lugar en donde se despliegan los significantes y las identificaciones fundamentales del sujeto, sino donde se consume también una satisfacción íntima y desconocida que no corresponde con el propio placer y tampoco escucha las razones de la realidad. La noción de goce, que conectamos al síntoma y a

la repetición, traduce una paradoja intrínseca a la experiencia humana que la clínica psicoanalítica no puede dejar escapar. La paradoja de una satisfacción, una satisfacción misteriosa que se consume en el displacer y en el sufrimiento, que salta toda idea del bien, así como toda frontera hedonística del placer.

Una vez introducido tal vuelco de la lógica común –a veces de manera marcada, otras de manera parcial y esbozada–, la experiencia clínica no queda inmutada, sino redibuja la parábola de una demanda que atraviesa la dimensión del sentido para alcanzar un enunciado denso de misterio: gozo en donde sufro, sufro gozando. Con modalidades, variaciones y gradaciones diferentes, es el enunciado que vislumbra cuando la trama subjetiva entrecruza –para retomar las palabras de C. Menghi– el punto de “encuentro de las palabras con el cuerpo”³⁹, donde en la sorpresa cada angustia, aunque por un instante, descubre la cara escabrosa de la satisfacción pulsional. Es decir su lado activo, el hecho que la pulsión –como Lacan no ha fallado en extraer y aislar en la conceptualización freudiana– de fondo es un “hacerse”,⁴⁰ suele hacerse, y que nuestro sufrir o padecer, cuando es rigurosamente interrogado, termina por revelar una cara de tensión activa. Y entonces detrás de cada ser visto, escuchado, reconocido, compadecido etc., se descubre un hacerse ver, hacerse escuchar, hacerse reconocer, compadecer; innumerables son sus declinaciones, hasta hacerse maltratar y reducirse a víctima. Una verdad que con manifestarse reversa la relación del sujeto con el sufrimiento, pudiéndose ahora captar a nivel del inconsciente, y solo a este nivel, como el agente que instrumentaliza al Otro. Es él el que usa al otro, en una puesta en escena necesaria para alcanzar una meta de la cual no se sabe nada, sino que lleva hacia lo peor. Una perspectiva de vuelco entonces, que no tiene que ser entendida, como demasiado a menudo y demasiado rápido se hace, en el sentido de una culpabilización, sino –lo subraya L. Storti⁴¹– en cuanto signo de una división subjetiva. Un signo que interroga la manera de gozar inconsciente, su paradoja, su incoherencia respecto a la búsqueda de su propio bien o de su propio placer.

Ciertamente, es sólo en un análisis que toma forma el circuito en el cual se mueve el ‘hacerse’ de la pulsión, pero eso no quita que un ciclo de encuentros pueda abrir algunos de sus pliegues, como muestran las contribuciones que seguirán. Por ejemplo, a menudo es el caso más llamativo, son los pliegues en los cuales se pierde una mujer maltratada, que sufre profundamente por las violencias sufridas por el hombre, pero que junto al esfuerzo de desprenderse de ellas experimenta, como impulso inconfesable, la atracción enigmática y oscura por la condición de dolor y sufrimiento por la cual se queja.

39 Véase el texto en este volumen.

40 Cfr. J. Lacan, *II Seminario XI. I quattro concetti fondamentali della psicoanalisi*, cit., en particular el cap. XV; y J.-A. Miller, *La teoría del partner*, en *La Psicoanalisi*, n. 34, Astrolabio, Roma 2003.

41 Véase el texto en este volumen.

38 J. Lacan, *II Seminario XI. I quattro concetti fondamentali della psicoanalisi*, Einaudi, Torino 2003, p. 45.

Se puede hablar por una mujer de un encuentro desafortunado, pero ¿la mala suerte no es suficiente para clavar alguien en un papel de víctima y fallar las ocasiones para despegarse de ahí? ¿Cómo leer los casos en donde el amor violento es también pasión indisoluble? ¿Cómo explicar y cómo tratar la extraña tenacidad que a veces transforma un encuentro equivocado en un destino implacable? ¿Por cuál camino acercar el dato áspero según el cual el hombre violento por una mujer puede ser no sólo un peligro del cual alejarse, sino también obsesión que atrae?

Son cuestiones a las cuales el coloquio debe hacer espacio, dejando que afloren entre pensamientos, tendencias, conductas incoherentes, extrañas tentaciones llenas de vergüenza. Con dificultad toman la palabra, pero cuando encuentran el camino, incluso en el breve instante, no los dejamos caer. Buscamos, en cambio, darle espacio para poder discernir una posición de goce que es preciso interrogar y poner en cuestión.

Esta perspectiva de intervención, además, aunque desplazada y desconcertante respecto a la lógica común, no excluye ni se contrapone a otras intervenciones activadas en parecidas situaciones, por ejemplo la propiamente socio-asistencial o la jurídica⁴². Se habla a menudo de integración de las estrategias y de las competencias, sobre todo por las situaciones más complejas y graves. Y es ciertamente un tema en donde el psicoanálisis aplicado puede intervenir aportando como contribución fundamental la diferencia que existe entre dos niveles de intervención. Las intervenciones que se ponen al nivel de la realidad, la realidad percibida, consensual, jurídica, social, la que establece lógica y razones que hay que seguir, por una parte; y de otra parte la intervención que toma en cuenta la íntima realidad del inconsciente, en donde los destinos de la pulsión son los amos. En otras palabras, esta diferencia, una vez individuada y operante, nos muestra como en ciertos casos no son suficientes las intervenciones a nivel legal o social por separar el sujeto de su Otro abusador. Seguramente necesarias e imprescindibles, a veces todavía corremos el riesgo de ser anulados por un empuje obscuro que camina en la dirección opuesta, sorda a cada llamada de la razón y que solo la interpretación puede tocar.

Clínica y terapéutica

Nuestro discurso se acerca así a un tema crucial –el tema de la terapéutica– hasta ahora solamente rozado. *Ce.Cli* es un acrónimo de ‘Centro Clínico de psicoterapia y psicoanálisis aplicado’, el término de psicoanálisis figura en el nombre y si el tema ha quedado en suspenso –para poner de relieve la aplicación del psicoanálisis en el desarrollo de la demanda– a esta altura ya no se puede reenviar. ¿De qué manera los

pasajes, hasta aquí aislados, se articulan con la terapéutica?

Pues bien, invertir sus órdenes de presentación, primero la aplicación del psicoanálisis y después seguir con la terapéutica, indica ya una perspectiva que no indica una preminencia del uno sobre la otra, ni intenta establecer una jerarquía por grados de importancia o atención, sino de pensar las dos como registros distintos, y justo porque distintos en relación. Es necesario que dos dimensiones sean diferenciadas antes para después, en la distancia, investigar sus lazos. Una relación entonces, una relación posible, pero justo porque es posible no obvia, ni tampoco garantizada a priori, jamás lineal y siempre por verificar. Hemos visto que la orientación analítica nos exhorta a pensar el ciclo de encuentros en el *Ce.Cli* como del orden de una abertura, como de una experiencia estructurada por precisas coordenadas simbólicas que eclosionan al sujeto en una nueva relación con la palabra, a veces solamente rozada o mencionada, otras veces en cambio tocada con más decisión. Hemos visto, además, cómo desplazar la posición desde la cual normalmente se habla no es una operación sin consecuencias, dado que puede llegar a conectar el sujeto –en maneras y grados diferentes– a otro sentido y otro saber. Entonces: ¿cuáles los efectos de tal conexión? ¿Efectos terapéuticos? Pero también, ¿cuáles son sus riesgos? ¿Hay contraindicaciones?

Son cuestiones que nos regresan a un punto ya tocado, a propósito del no-forzamiento, respecto a las dimensiones analíticas que el desarrollo de la demanda hace emerger y a precisar la lógica del tratamiento, hasta aquí delineada, dibuja el esquema de una orientación, pero no de un desarrollo estándar. Se trata, de hecho, de verificar, caso por caso, las condiciones de posibilidad de un tal camino, evaluando las eventuales contraindicaciones y las oportunas gradaciones. ¿Cómo dosificar y modular los poderes de la palabra? Las diferentes contribuciones recogidas no faltarán en tratar el argumento, que ahora me limito a introducir con tres reflexiones.

En primer lugar, la que considera la gravedad de un caso y el riesgo de peligrosos pasajes al acto como datos clínicos que no dejan ni espacio ni tiempo para comprometerse en la operación de torsión de la palabra, presentando la necesidad de otros tipos de intervención. La evaluación diagnóstica, su precisión y rapidez, son elementos imprescindibles en la práctica del *Ce.Cli*. Se trata de examinar la gravedad y el peligro que un caso puede presentar y verificar si la palabra encuentra un sólido anclaje en el Otro, o, al contrario, su débil enganche hace oportunas otras modalidades de intervención. El momento diagnóstico entonces sondea de cerca la relación del sujeto con lo simbólico, para así poder decidir sobre la posibilidad de hacer barrera a la pulsión a través de este, o en cambio, activar en alternativa, o en sinergia, intervenciones más estructuradas.

La gravedad puede regresarnos entonces sobre un tema ya tocado, presentándonos la cara cruda del sin sentido, como situación en donde no es la dimensión simbólica de

42 El tema será retomado en los textos de M. R. Conradi, C. Centioni y L. Storti en este volumen.

la demanda ni tampoco el texto que de allí toma desarrollo por venir en primer plan, sino un real que no encuentra descanso en ninguna llamada al Otro. Es la urgencia, por ejemplo, dictada por una angustia que ocupa el cuerpo y no llama ningún sentido. La petición del sujeto no traduce en el desplazamiento de lo real a lo simbólico, no manifiesta en transfert que va de lo real, en cuanto imposible de soportar, a la necesidad de un sentido por buscar. Y, más que la búsqueda de un motivo o de una razón, expresa una insistencia sobre el otro para que haga algo. Lo apura, lo presiona para que actúe en el plan de la realidad y contenga de la manera más eficaz, y lo más pronto posible, lo que no encuentra limite. Naturalmente hay casos en donde ambas dimensiones están presentes, y por ejemplo, al trabajo con la palabra, una palabra que engancha al sujeto, pero aún no de manera suficientemente sólida, es necesario complementar con la intervención farmacológica. Mientras que por otros casos, siempre en una óptica de pluralización de las intervenciones, se pone de manera decidida la necesidad de un envío a las estructuras territoriales de la salud mental.

Sin embargo, también en esta última circunstancia hay un trabajo por hacer, porque no se trata simplemente de proporcionar una indicación o de dar una simple información, sino de verificar que el sujeto sea sensible a esta indicación, que pueda aceptarla, hacerla propia, que pueda sostenerla y realizarla.

De cualquier modo, más allá de las respuestas posibles, la urgencia a flor de piel más de otras circunstancias remite a un punto anteriormente introducido: nuestra posición frente a la angustia del otro. Son, sobre todo, estas circunstancias que se ponen a prueba, a veces a dura prueba. Hay penetrantes notas de D. W. Winnicott sobre la sobrevivencia, la suportación, la confiabilidad del analista, su capacidad de no utilizar la interpretación como autodefensa y represalia⁴³. Son reflexiones que extrae de su experiencia, de la consideración de los ‘casos borderline’ –en donde al fondo reconoce un núcleo psicótico– y del uso, o menos, que el paciente puede hacer del analista en cuanto objeto. Y ciertamente no están fuera de lugar en los fragmentos de la clínica que estamos considerando. Como encontraremos en el texto de B. Bossi y E. de Francesco⁴⁴, la urgencia que toca a la puerta es la urgencia de una presencia que responde, sólida, firme para dar un anclaje al desconcierto, para hacer de depósito a la angustia y de limite al pasaje al acto.

La segunda notación concierne más de cerca el desplazamiento que la aplicación del psicoanálisis introduce en el campo de la terapéutica a partir de la advertencia freudiana sobre el furor sanandi. ‘Yo tengo miedo de aquellos que quieren curar’ decía alguien en el primer coloquio, hablando del largo tiempo transcurrido antes de telefo-

near y tomar una cita. ¿Y el psicoanálisis cómo contesta? ¿Cuál voz hace escuchar en el hervidero de las psicoterapias y en el coro hipnótico de la curación? Suyo es el toque que quita del querer curar el guante del ideal. Un toque inconfundible que todavía no quiere cortocircuitar la dimensión terapéutica, sino más bien otorgarle una función, podríamos decir, más pragmática, considerándola como un producto, un efecto del discurso, que se puede esperar y, cuando se produce, registrar. La terapéutica es en efecto el objeto más o menos latente de la demanda –¿lo que fundamentalmente se demanda al Otro no es acaso de sanar, de dejar de sufrir?– y como objeto de la demanda no puede que ser tomado en la misma lógica de la respuesta hasta aquí delineada. Más que socavado, o invalidado, queda suspendido, para hacer lugar a una experiencia cuyos efectos terapéuticos son por verificar y cuando se constatan son para verificar la relación que tienen con aquellos esperados o pedidos.

Pueden llegar, por ejemplo, en la medida en que el interrogativo, tomando consistencia, opera un primer velado, una primera puesta en forma del sufrimiento. Constituyéndose como lugar de una cuestión subjetiva y por eso de una verdad sobre su propio deseo por descifrar, el síntoma sale de la soledad y se vuelve de manera más o menos marcada, el punto de injerto de un saber por buscar, toma la forma de un objeto por investigar y no solo por alejar. Se vuelve un objeto puesto a distancia, pero una distancia desde la cual se puede escrutar. Y si en la distancia se ve mejor, la distancia puede también atemperar su virulencia.

Sin por eso olvidar los momentos en que las dificultades se acentúan, como cuando el síntoma, abriéndose, muestra un abanico más amplio de lo que se imaginaba o, por ejemplo, cuando la palabra acerca un sufrimiento que la inercia o un trasfondo de inhibición mantienen a distancia. Es el caso de una mujer que traía consigo, desde mucho tiempo, un dolor. Ya no particularmente acentuado, anteriormente todavía, al terminar una importante historia de amor, ha sido muy fuerte, agudo, pero al mismo tiempo mudo, sin palabras. Hablarlo sería soplar en las cenizas de una brasa aún no apagada, pero al final una consideración la ha inducido a romper el silencio. Se daba cuenta que un verdadero ‘congelamiento’ ya desde algunos años inmovilizaba su vida amorosa. Y así en los encuentros, entre dolor sordo e inhibición, rastreaba el hilo rojo que unía amor e historia familiar. El miedo profundo de ser dejada por el Otro.

Y si el ciclo de los encuentros ha confrontado el sujeto con pasajes del discurso cargados de sufrimiento, también es verdad que la abertura del síntoma al tejido del significante ha arañado su forma monolítica y relanzado la interrogación más allá del cierre del ciclo.

La relación entre psicoanálisis aplicado y psicoterapia entonces fuerza y tuerce la línea directa con la cual se querría conectar la intervención a sus efectos y al mismo tiempo amplía la extensión de este último campo. Lo amplía en la medida en que no descuida

43 D. W. Winnicott, *The use of an object*, en *International Journal of Psycho-Analysis*, 1969.

44 Véase el texto en este volumen.

signos y fenómenos, aunque mínimos, no de inmediato atribuibles al ámbito psicoterapéutico. Más sencillamente extiende el ámbito de los efectos, tomando en consideración, junto a los efectos terapéuticos (que conciernen el síntoma y más en general el malestar del cual se padece), los efectos propiamente subjetivos que testimonian en cambio conexiones y aberturas en la dimensión del inconsciente. Una diferencia que no excluye su puesta en relación.

La verificación de los encuentros realizados al *Ce.Cli*, por lo tanto, no puede más que apoyarse sobre el análisis de esos efectos, reflexionando sobre presencia, o ausencia, de ellos, sobre las diferentes gradaciones, sobre las diferentes modalidades con la cuales precipitan y considerando al mismo tiempo la relación que entretienen con el cierre de un ciclo, su interrupción, o eventualmente, su prosecución en otros lugares.

Cuando el sujeto se enfrenta con un vacío enigmático

Un respiro más amplio soplará sobre la tercera y última notación dado que profundiza un tema delicado como el de las contraindicaciones, de las advertencias, precauciones y gradaciones que se vuelven necesarias en relación al diagnóstico diferencial. La exigencia de “realizar una distribución ponderada de los efectos psicoanalíticos, dosificados en base a la capacidad del sujeto de soportarlos”⁴⁵, y entonces la importancia de evaluar riesgos y condiciones de posibilidad, llama en causa la clínica psicoanalítica diferencial, principalmente con la distinción entre neurosis y psicosis.

Hemos hablado de la necesidad de hacer lugar a la no transparencia, pero esto no lleva a olvidar la distinción crucial entre represión y forclusión elaborada por Lacan en relación a la función del Nombre del Padre y la relectura que conlleva para las categorías clínicas de neurosis y psicosis, entendidas como modalidades diferentes de relación con la estructura del lenguaje. Una relectura que ofrece los elementos necesarios para precisar el diferente papel que el interrogativo puede asumir en los dos polos del binomio.

En efecto, la puesta en campo del interrogativo en la neurosis hace surgir, como hemos visto, la cuestión del sujeto y si esa cuestión se queda circunscrita en razón de la operatividad del Nombre del Padre que, manteniendo sólida la relación con el Otro simbólico, cierra el interrogativo en la trama de los significantes, no se puede decir lo mismo por la psicosis. En este caso, la relación con el Nombre del Padre se especifica en términos de forclusión, es decir, de no operatividad, concretamente de rechazo de su función clave, que organiza la función signifiante anudándola al significado. Eso

45 J.-A. Miller, *Verso PIPOL 4*, cit., p.221.

quiere decir que es el entero orden simbólico a ser amenazado, su consistencia global, determinando como consecuencia una verdadera mutación en la función y en el valor del interrogativo.

Por efecto de la forclusión, la trama signifiante es expuesta al riesgo de deshilacharse, de dispersión, y cuando ese riesgo se manifiesta en la vida del sujeto –como muestra la coyuntura del desencadenamiento– se asiste a la emergencia de un hueco. Un puro y simple hueco que, diversamente de la cuestión subjetiva que toma consistencia en la trama del discurso –tiende al sin-límite, que puede agrandarse de manera desmesurada y su vórtice acelerar hasta succionar el sujeto y disolver, en los casos más graves, todo su ser en una ‘X’. Aquí, es él mismo el enigma. Enigma que circula por el mundo, es él que se vuelve esfinge y la opacidad radical que lo envuelve no es otra cosa que su mismo goce, indescifrable e invasivo. Lo que antes se consideraba como circuito pulsional, justo en razón de la falla del mantenimiento del Otro, entra en un impase y el goce, no más lanzado en el circuito de la pulsión se estanca del lado del sujeto, invadiendo su cuerpo.

Claro, hay que considerar también en la neurosis los momentos en donde colapsa cada idea de dominio de la pulsión, en particular cuando en la irrupción violenta de la angustia una sensación de extrañeza aprieta el cuerpo. Pero al mismo tiempo es la función de un límite que encontramos, el funcionamiento de un síntoma que encierra el goce en las vallas de la pulsión y hace dique. Al contrario, la opacidad que se presenta en el manifestarse de la psicosis responde a la emergencia de un goce inmoderado que doblega cualquier forma, llegando incluso a socavar la imagen misma del cuerpo, y por consecuencia la relación con la realidad. El momento crítico del desencadenamiento muestra bien el colapso de la dialéctica entre sujeto y el Otro, cuando se cumple la trágica transformación del primero en un objeto desconocido, sin forma, indecible, y de manera estrechamente relacionada el segundo se vuelve figura obscena y devorante que quiere gozar de él. Aún, el enigma del goce, cuando emerge, confronta al sujeto con un vacío radical, no simbolizable, y es en esta coyuntura que se registra su precipitar en la perplejidad y de allí el surgir de aquella certidumbre que constituye el tejido de la posición psicótica. No sabe lo que pasa en el Otro y al mismo tiempo a pesar de no saber de qué se trata en los fenómenos que padece, desde la alucinación hasta la interpretación delirante, está seguro de una cosa: que todo eso le concierne.⁴⁶ Si le dejamos la palabra, podríamos casi escucharlo: no sé lo que me está pasando, pero, incluso si no sé de qué se trata, de cierto sé que me concierne. Es la certidumbre que surge en el momento en que la iniciativa viene del Otro, el otro se

46 Cfr. J. Lacan, *II Seminario III. Le psicosis*, Einaudi, Torino 2010, en particular el capítulo VI.

dirige a él y frente a esta voluntad de goce, él sólo es objeto.⁴⁷

Sin profundizar en los complejos desarrollos de la clínica diferencial, creo se puede percibir la función de orientación en la práctica del *Ce.Cli*, en particular para calibrar el uso del interrogativo y de la suposición de saber que entran en juego cuando hay demanda. Un uso que, teniendo en mente lo dicho más arriba, en el caso de la psicosis debe ser necesariamente templado, modulado, en consideración del peligro de transformarnos también nosotros –que recibimos la demanda del sujeto– en figuras obscenas y devorantes. En particular cuando las intervenciones, yendo en una cierta vertiente de la interpretación, más o menos sin darse cuenta, apuntan al lado oscuro de un goce indecible y como una chispa encienden su enigma, lo agitan, solicitan su emergencia, terminando por dar un destino infeliz a la suposición de saber. Aquel en donde quien interpreta encarna la figura de Otro supuesto gozar del sujeto.

La indicación fundamental que recogemos de E. Laurent, “saber no decir nada en un punto”⁴⁸, nos advierte de ese riesgo. Una enseñanza que reenvía al análisis lacaniano de las coyunturas que presiden la eclosión de la psicosis, gradual o improvisa que sea: la palabra puede llegar como “una palabra de más”⁴⁹, puede abrir al enigma y precipitar el sujeto en un vórtice. Por ejemplo, en una situación precaria, pero aún no declarada puede sacudir el elemento que –en una lógica de compensación– llegando al lugar del Nombre del Padre forcluido, ordena su mundo. Allí donde es oportuno sostener sus identificaciones, los significantes que lo enganchan al Otro, la interpretación puede, al revés, alcanzar esos elementos y producir un efecto de vacilación que abre el camino hacia lo peor.

Así, teniendo bien presente, caso por caso, el punto que hay que evitar, podemos también considerar la orientación del trabajo que hay que hacer, refiriéndolo a un doble movimiento, indicado siempre por E. Laurent.⁵⁰ Da una parte sostener la ins-

47 La relación entre vacío y certidumbre es precisada por Lacan en su texto *Una questione preliminare ad ogni trattamento possibile della psicosi* (Scritti, cit., p. 535), en donde considera que la certidumbre asume un grado proporcional al vacío enigmático que se presenta en lugar de la significación. Una relación que J.-A. Miller ha ordenado según una temporalidad lógica que se origina de la disyunción entre significante y significado (relación que en cambio se mantiene bien consistente gracias a la función del Nombre del Padre y que, justo porque consistente, puede ser cuestionado). Una temporalidad que se desarrolla a través de una precisa secuencia que reportamos en su formulación final: ‘Así entonces el vacío enigmático de la significación conoce una serie de transformaciones: se transforma en certidumbre; se transforma en certidumbre de la demanda del Otro, se transforma en certidumbre de la falta en el Otro; y luego es a mí a quien transforma. Porque, si me toca a mí llenar la falta del Otro, ¿entonces yo quién soy?’ (J.-A. Miller, *Vuoto e certezza*, en IRMA, *Il conciliabolo di Angers. Effetti di sorpresa nella psicosi*, cit., p. 172.)

48 E. Laurent, en IRMA, *Il conciliabolo di Angers. Effetti di sorpresa nella psicosi*, cit., p. 163.

49 Cfr. El caso de P. De Georges, Paradigma di scatenamento. Una parola di troppo, en IRMA, *Il conciliabolo di Angers. Effetti di sorpresa nella psicosi*, cit.

50 E. Laurent, *Interpretare la psicoanalisi nella quotidianità*, en *La Psicoanalisi*, n. 46, 2010.

talación y la producción del lugar del Otro, en cuanto condición preliminar para que el sujeto pueda desarrollar, él mismo, el trabajo de interpretación y traducción de los fenómenos de goce. Por la otra, hacer de manera que esa operación de interpretación y traducción no sea sin parar, interminable, sino se centre alrededor de algunos significantes particulares que, aislados del flujo de la palabra, hacen función de detención y suspensión.

El primer movimiento tiende así a disponerse en el lado del sujeto, mientras que del lado de quien se hace su partner, se colocan las intervenciones de que subrayado o de corte para que la conversación no se reduzca a un simple dejar delirar. Utilizar de manera templada el interrogativo y la suposición puede volverse entonces la función necesaria para regular el juego de sentido y hacer de manera que el discurso no se fije en una significación monolítica y tampoco se deslice en una concatenación sin fin. Son las puntuaciones de quien escucha desviar la cadena significativa de su escurrir sin detención y a introducir, en cambio, puntos de convergencia, los puntos de almohadillado,⁵¹ otros aspectos al Nombre del Padre forcluido, necesarios para dar estabilidad y fuerza al conjunto de los significantes y hacer de barrera al goce en exceso.

Desplazando aún la angulación, el uso calibrado de la suposición puede introducir en la certidumbre del sujeto aquel granito de dudas suficiente para aligerarla, dejarla un poco; por lo menos lo suficiente para mitigar la idea de los fenómenos que padece –manifestaciones de un real que los invaden –digan su verdad; lo que sirve para mover la inercia del discurso, aunque sea poco, y en un movimiento renovado aislar, fabricar o en los casos más fecundos inventar un significante que repone orden en el propio mundo⁵², así como en el propio cuerpo.

Mis notaciones terminan aquí porque, aunque breves y esenciales, son suficientes para poner de relieve la importancia de la clínica diferencial para modular los poderes de la palabra y no precipitar el sujeto en un vacío mortífero. Más bien, sostener este hueco, de tejer un hilo que haga de borde.⁵³

Si de aquí regresamos por un momento al ‘hacerse’ de la pulsión, podemos también captar el desplazamiento que distingue estos casos respecto de la lógica del circuito pulsional antes delineada. Encontramos, por ejemplo, un hacerse maltratar que no traduce un preciso programa de goce, un hacerse golpear que no responde a la puesta en acto de coordenadas inconscientes, sino a la tentativa de frenar una pul-

51 Punto en el cual se anudan significante y significado, pero también – considerando los desarrollos de la enseñanza de Lacan más allá del *Seminario III* y la *Cuestión preliminar* – en donde se anudan significante y pulsión, Otro y Goce.

52 Cfr. J.-A. Miller, *Chose de finesse en psychanalyse* (sesión del 3 diciembre 2008), en www.causefreudienne.org.

53 Cfr. F. Leguil, *Tutti delirano*, en *La Psicoanalisi*, n. 45, Astrolabio, Roma 2009.

sión desenfrenada porque fuera de programa, al esfuerzo de localizarla en el dolor infligido por el golpe. El dato operativo en efecto no es el circuito inconsciente, sino el golpe, golpear el cuerpo. El gesto no se da en una puesta en escena sino –y de aquí nos conectamos al tema del pasaje al acto antes indicado– se produce en un fondo de exceso pulsional. Así que en lugar de solicitarle al sujeto la puesta en cuestión y eventualmente el desciframiento de las determinantes inconscientes que guían el ‘hacerse’ de la pulsión, es oportuno reconocer en el empleo del acto violento la tentativa de negativizar un goce desarreglado y al mismo tiempo sostener la posibilidad de un tratamiento que utiliza maneras y caminos diferentes. Si el golpe inferido, por el otro o por sí mismos, nos entrega el esfuerzo para alcanzar y golpear un goce en exceso –verdadero intruso en el cuerpo del cual se busca la separación– entonces podemos sostener un trabajo que compete con el pasaje al acto, para sustituir al golpe el uso de lo simbólico y del imaginario, en la tentativa de bordar, limitar, arrancar esa intrusión. Sostenerlo hasta donde sea posible, en la perspectiva de una relación más estable y vivible con la pulsión.

Si como muestra el caso presentado por M. R. Conrado⁵⁴, en un determinado momento una mujer ha podido decir que “estaba tan cerca de los golpes”, deteniéndose esta vez un paso antes, es por haber marcado una distancia entre ella y su otro violento, en el mismo tiempo en que un episodio crucial, punto de fijación de la historia al enigma, viene alcanzado por una nueva nominación. Claro, se trata aún de una distancia mínima, precaria, pero compete a quien la acompaña en el camino de bordadura de un goce en exceso y desarreglado tener oreja para entenderlo, que está por nacer, al mismo tiempo frágil y precioso.

A veces en la rapidez, otras veces menos, en algunos casos con solidez, pero otros en cambio en el signo de la precariedad, la clínica al *Ce.Cli* no falta de registrar modulaciones diferentes del trabajo con la psicosis, de evaluar sus logros, pero también sus límites o sus impases, así como la exigencia de sostener el camino del sujeto más allá del ciclo o de detenerse en su conclusión. Y todo eso con referencia a un dato fundamental: los efectos de pacificación y estabilización que llegan o menos a ponerse.

N.B.

Una premisa está en la base de las notas hasta aquí reportadas, pero también en los textos que seguirán. Aflora entre las páginas y las encuaderna, no se pierde y no nos hace perder. Ninguna dificultad entonces para retomarla y formularla claramente.

54 Véase el texto en este volumen.

Aunque la manera de concebir la demanda sea estrictamente ligada al modo de concebir el sujeto, de teorizar su estatuto al interior de la relación con el Otro, aunque tratar la demanda llame en causa la hipótesis del inconsciente y la de pulsión, aunque este primer movimiento de la palabra solicite respuestas que movilizan de inmediato los fundamentos teóricos del psicoanálisis y las advertencias de la clínica, al mismo tiempo, todavía, esta referencia encuentra un límite: el *Ce.Cli* no contempla, en su interior, el desarrollo de una experiencia analítica verdadera. La práctica del *Ce.Cli* no es para nada un desarrollo abreviado del psicoanálisis. No puede ser puesta ninguna ecuación. En términos de reducción o contracción temporal porque la experiencia analítica en la medida en que responde a lo que Lacan ha formalizado como el discurso del analista⁵⁵, presupone tiempos, maneras, coordinadas simbólicas que no encuentran aplicaciones en el *Ce.Cli*. Razón por la cual los encuentros quedan siempre a un paso antes del arranque de la experiencia analítica y de la puesta en obra de su dispositivo. A veces es justo la particular disposición del sujeto a no hacerlo oportuno, otras veces aún la experiencia de los coloquios se aproxima, se acerca, crea la posibilidad para, pero en todo caso no supera el umbral del análisis.

En extrema síntesis, movilizar la cadena significante en las direcciones que hemos delineado no quiere decir instalar el discurso analítico. Para que eso pase se necesita el pasaje crucial en el cual la ‘x’ que mueve la cadena significante, no vuelva a absorberse en los efectos de sentido o de verdad que esta produce, y poniéndose en línea con la repetición del síntoma, muestre su obstinada inflexibilidad al saber. Es decir, asuma la consistencia (lógica) de un resto irreducible, aquel resto de goce que Lacan ha llamado ‘objeto a’. Un objeto que no es como los otros y que corresponde al analista saber recoger en su aflorar. Corresponde a él hacerle lugar para que ocupe una posición de preminencia en el discurso y se vuelva no solo lo que escapa a la toma del saber, sino también lo que lo alimenta.

Entonces la referencia al psicoanálisis no puede ser confundida con el discurso propiamente analítico puesto que este discurso, para poder desarrollarse, requiere condiciones que en el *Ce.Cli* –como en otros contextos institucionales– no se dan. Y no se dan porque quien recibe no las da. Ciertamente, puede pasar que alguien al cierre del ciclo quiera renovar su compromiso con el saber supuesto y sintonizarse en las frecuencias simbólicas del análisis, indicadas por Freud en las libres asociaciones. Pero en este caso, el trabajo será en otro lugar. Seguramente puede pasar que la experiencia de la palabra eclosiona su puesta propiamente ética y produzca precisos momentos de abertura que conecten de manera decidida el sujeto al inconsciente, relanzando su demanda mucho más allá del cierre del ciclo. Pero al desarrollo de estas conexiones y aberturas está reservado otro tiempo, desvinculado de cualquier duración presta-

55 Cfr. J. Lacan, *II Seminario XVII. Il rovescio della psicoanalisi*, Einaudi, Torino 2001.

blecida.

La orientación que inspira la clínica del *Ce.Cli* no nos ha empujado a sobrevolar encima de la distancia que separa su funcionamiento de aquello del dispositivo analítico, sino más bien a interrogarla, en la tentativa de definir y precisar 'lo que de analítico' en la distancia queda vivo y operativo. Una interrogación que ha agitado las puntas de nuestras reflexiones, animando las discusiones de equipo a lo largo de cuatro años de trabajo. El lector, en lo posible, las verá aflorar entre los argumentos, las notaciones, los casos o los fragmentos clínicos recogidos en el volumen, ya advertido del límite propio a cada work in progress.



Paola D'Amelio⁵⁶: Radiografía de un ciclo⁵⁷

El ciclo, aunque breve, no representa la solución rápida a un problema y no tiene intenciones de sanación inmediata. El ciclo no tiene prisa de resolver el síntoma, hacerlo desaparecer, desvanecer, eliminarlo lo más pronto que se pueda.

El síntoma, con el cual a menudo el sujeto llega acompañado, posee, en efecto, una propia riqueza significativa capaz de decir mucho de su particular organización libidinal. Paradójicamente le permite mantener un cierto equilibrio, aunque en el sufrimiento. Es algo que lo organiza, pero al mismo tiempo lo constriñe. En primer lugar, el síntoma es el trámite por el cual se llega a pedir ayuda, es aquel signo que indica al sujeto que algo no cuadra, que algo le concierne y al mismo tiempo se le queda oscuro, ignoto. El síntoma se repite, reaparece en situaciones y tiempo diversos, no concede tregua al sujeto, le produce sufrimiento, displacer, sin todavía que él pueda vivir sin él, hasta que el sufrimiento se vuelve de tal manera que lo lleva a hacer una demanda a un analista. La solicitud de ayuda ya supone alguna forma de implicación del sujeto en el síntoma, es decir una demanda relativa a que tiene a que ver él con el propio malestar y de qué manera sea parte en causa de ello. Esta suposición es todavía contradicha por las palabras mismas del sujeto, el cual no encuentra la solución. La demanda de ayuda responde entonces a la imposibilidad del sujeto de lograr por sí solo salir del propio estado de sufrimiento, razón por la cual se dirige a alguien de quien supone la competencia sobre la propia cuestión problemática, alguien que lo ayude a desenredar la madeja.

Se trata entonces en el ciclo de no ensañarse con el síntoma para eliminarlo, sino, al contrario, de pensarlo como el fulcro de la cuestión, el texto por seleccionar, el punto desde dónde partir para trabajar su estructura paradoxal. Se trata de acoger al sujeto que habla de su propio síntoma, de permitir que la lamentación sobre ese se despliegue, se abra, para que surjan significaciones nuevas.

Este trabajo puede hacer ciertamente como efecto a breve término una mejora respecto al problema reportado. Un cierto aligeramiento del síntoma puede sobrevenir como respuesta al trabajo que el sujeto hace a partir de su hablar en la sesión, si bien no sea entendido como fin de la intervención.

⁵⁶ Psicóloga, psicoterapeuta y psicoanalista, miembro de la SLP y der la AMP (Asociación Mundial de Psicoanálisis), trabaja en el Consultorio de Psicoanálisis Aplicada *L'Ascolto*, miembro del equipo del *Ce.Cli*.

⁵⁷ Traducido desde: *Quando la Psicoanalisi scende dal lettino*, Borla, Roma, 2010, pg. 43-57

Así que aquí, frente a dos demandas de ayuda respecto al temor de abandonar el trabajo, se acoge de manera similar la verdad del riesgo presentado, la de una especie de deshilachamiento de la relación con la realidad social, de la pérdida de los lazos laborales, amorosos y relacionales más amplios. Se responde, todavía, de manera diferente por cada caso, ya que es diferente la urgencia subjetiva en juego, diferente la modalidad con la cual cada sujeto organiza su relación con el síntoma del cual habla. El efecto de todo esto es un uso diferente del ciclo para cada uno.

Trataré esa cuestión por medio de los casos de dos personas atendidas al *Ce.Cli*, una mujer y un hombre: la primera concluye el ciclo y pide, eventualmente, proseguir en el sistema público. El segundo decide de continuar, pero en el privado.

‘Como una tonta’

Teresa llega llorando. Ya no sabe cómo hacerle. Quisiera dejar su trabajo en una tienda de congelados porque, dice: ‘me tratan mal, sólo me asignan los peores trabajos, me mandan y me ofenden frente a los clientes, ni siquiera puedo ir al baño, para no perder ni un minuto de trabajo’. Está en un impase. Quería dejar el trabajo, pero sabe que sin él no podría vivir. Pide ayuda para salir de eso. Agrega que se siente muy deprimida por otra cosa. El esposo la ha dejado. No lo ha olvidado y quisiera regresar con él. Teresa tiene problemas con la palabra: a veces balbucea, a menudo trunca las palabras en un italiano incorrecto. Me tutea desde la primera vez que me ve. Me dice que se sentiría más a gusto si también yo la tuteara. Le contesto que estoy acostumbrada a referirme de usted, que así funciona en mi trabajo y eso vale para todos aquellos que veo, si lo cree necesario, todavía, puede elegir de tutearme, y eso la tranquiliza.

En el primer encuentro, su narración se concentra en dos puntos: la lamentación sobre el maltrato al trabajo y la lamentación sobre la separación del esposo. Se declara deprimida, abatida. El abandono sería causado, afirma, por la entrada en la escena de una tercera persona, otra mujer. Llorando se lamenta de aquella que se interpuso entre ella y su esposo. Explica la terminación de su historia con la entrada de la tercera, como si ellos dos no fueran animados por voluntad, y dice: ‘Estoy segura que aún me quiere. Antes o después regresa’. El tiempo pasa, pero el esposo no regresa, mientras que Teresa no se mueve del lugar de la espera desesperada.

Teresa no se presenta con un verdadero síntoma, más bien con una lamentación dirigida a los otros, que individúa como causa de su malestar: la propietaria del negocio, por un lado, la nueva mujer del esposo por el otro. Es decir, llega a hablar de cómo su infelicidad depende de otro, a lamentarse de algo que aparentemente no la concierne demasiado o mejor, de algo con lo cual ella no puede hacer gran cosa. Este es el punto

de partida, esta es la entrada en el ciclo.

Ya a partir del segundo encuentro, a su afirmación: ‘Ya no puedo más con ser explotada de esta manera. Es demasiado’, mi subrayar de la palabra ‘demasiado’, abre un movimiento. Hay un demasiado en la manera en que la tratan al trabajo que ella ya no tolera, pero no puede y no logra objetar. Reconoce que ha sido siempre así, que no sabe cómo siempre se haya ‘comandada’ en el trabajo, reducida a ‘obedecer sin replicar’. Sólo ahora, a su decir inexplicablemente, su propia posición de silencio ya no se sostiene, pero al mismo tiempo siente que no tiene alternativas. Hay una imposibilidad a reaccionar que ella misma indica con claridad con un ‘Me quedo callada y me lo trago’. Eso la deja perpleja. En tales condiciones de inmovilidad se impone una primera cuestión, aflora una primera demanda: ‘¿Qué otra cosa podría hacer?’.

Al tercer encuentro busco de desplazar el discurso sobre la relación con el esposo, para que Teresa lo hable un poco más: ‘Como todos en mi vida, me trataba como una tonta, una retrasada’. Los familiares la ‘callaban’ siempre, los suegros ‘nunca me han querido’, las hermanas ‘me buscan sólo cuando me necesitan, por lo demás, soy la tonta de la casa’. ‘Y no se equivocan’, agrega. Subrayo esta última frase en tono interrogativo. No sabe explicar, simplemente repite: ‘No sé, quizás sea de verdad medio tonta, entonces no se equivocan al tratarme de esa manera’. Surge un particular: la expresión ‘no se equivocan’ evidencia cómo ella misma, por primera, se mete en la nominación de la ‘tonta’, cuyo propósito al mismo tiempo no logra decir mucho, como si fuera identificada a ese significante e imposibilitada por el momento a desprenderse de ello. Cierro el encuentro sobre ese punto, con un subrayado con el fin de introducir un interrogativo.

En el cuarto y quinto encuentro retomo este significante al cual parece se clava: ‘la tonta de la casa’ y sobre el cual, dice, los otros no se equivocan. La narración que hará de su historia familiar está llena de violencias: obligada a estar en la casa, obstaculizada en las reuniones, diariamente golpeada por tardarse en regresar o por errores ‘estúpidos de niñas’. No dejaban pasar nada. Yo siempre me equivocaba, cualquier cosa decía ero una tonta y debía quedarme callada’. Recuerda un episodio en el cual fue golpeada por un familiar, al punto de escapar. Piensa en denunciarlo, pero al final no lo hace: ‘Se disculpaban siempre, después. ¡Cómo podía!’. La madre, frente a todo eso, se queda callada.

Lo mismo pasaba en la escuela. Reprobaba varias veces, al final logró conseguir el octavo grado de educación: ‘Estaba mal. Me tomaban el pelo porque era tonta y fea, estaba siempre callada y no entendía nada de lo que me explicaban’. También aquí surge y subrayo algo que concierne el sufrimiento, ‘estaba mal’, sobre el cual Teresa tiende a sobrevolar, al cual sólo alude desplazando la cuestión sobre los otros, sobre todos aquellos que la maltratan y sobre las razones ‘obvias’ del maltrato. Se detiene

entonces sobre su estar mal. Recuerda que no lograba concentrarse en el estudio, que todo le parecía muy difícil, imposible, y sus compañeros eran inalcanzables, se sentía 'diferente, inferior, inútil'. Le pido que me explique este último término. Me dice que es una sensación que desde siempre la ha acompañada en la vida, 'inútil' por cualquiera, e incapaz de 'hacer alguien feliz'. De repente, Teresa rompe en llanto. La introducción del deseo del otro, que siente de no poder satisfacer, abre al encuentro con el esposo, que ocurre cuando tenía veinte años: 'Él era bueno y gentil conmigo, me ha enseñado todo, a vivir, yo no sabía nada de la vida, sin nunca salir de la casa, ni frecuentar a nadie. Me compadecía, me decía que no era justo que mis familiares me trataran de ese modo'. Pero el tiempo parece cambiar las cosas: 'Poco a poco él se ha ido casi aliado con mi padre y con mis hermanas y ha empezado a regañarme en todo, a tratarme de tonta'. También él, como todas las personas que Teresa encuentra, entra en la lista de aquellos que la maltratan, de aquellos que 'no logra hacer felices'. Empieza a emerger la idea de algo que no va en ella, que no le permite 'hacer feliz' a quien está a su lado, pero no sabe de qué se trata. Cierro el encuentro sobre esa duda.

En el sexto y séptimo encuentro se vuelve evidente que los elementos llevados en los primeros tienen en común una única real cuestión interesante desde un punto de vista estrictamente clínico, que se resume en estas sus palabras: 'Quizás me lo merezco si me ha dejado, tenía razón él'. Subrayo la expresión 'Me lo merezco' y le pido que me diga más. A partir de este momento Teresa empieza a hablar de sí y a decir más de su relación con el esposo. En los últimos años lo trataba con dureza y se negaba a él sexualmente. 'Me quedé embarazada varias veces y siempre he abortado espontáneamente', y así, por fin, decide de no intentarlo más: 'Demasiado grande el dolor'. Desde entonces empieza a no concederse más y lo explica de este modo: 'Me buscaba sólo para el sexo y ya no era tierno conmigo'. Le digo de continuar. Agrega: 'A un cierto punto me ha echado en cara no ser capaz de tener hijos, de ser inútil y que de todos modos no me vería bien como madre, que me hubiera dejado pisotear también por los hijos'. Lloro y susurro: 'No me respetaba...no me respetaba'. Empieza a vacilar la certeza relativa al amor de este hombre para ella. Se apena al pensar que no le portaba respeto: 'Pero en el fondo no se equivocaba, no he sido capaz ni siquiera de hacerle un hijo. ¿Qué mujer soy?'. Sigue un largo llanto. Teresa descubre que el no sentirse a la altura de ser madre la pone en cuestión como mujer frente al marido, al cual no logra más concederse. Empieza entonces a preguntarse qué puede significar ser mujer, y se encuentra desubicada, sin palabras. En los siguientes encuentros retomará varias veces la cuestión, para agregar una pieza en más.

Octavo encuentro. Habla aún de sí: 'Después de los abortos, he empezado a atacar de continuo a mi marido, por todo. Lo hacía para defenderme, porque no me sentía aceptada'. Es decir, reconoce una propia responsabilidad respecto a lo que le pasaba con el marido, cosa que le permite desplazarse un poco del papel de víctima y la pone

en una posición más activa en la relación. 'No tener hijos quiere decir estar el resto de la vida solos nosotros dos. Quién sabe si hubiéramos logrado resistir'. Teresa se interroga sobre una vida sin hijos y sobre qué podría hacerla feliz ahora que sabe de no poder tenerlos y si un hombre podría amar a una mujer que no puede tenerlos. Se contesta sola: 'No lo creo, ni siquiera yo estaría contenta si fuera un hombre'. Nada de mujer, entonces, sin poder ser madre.

Mientras, le han propuesto un trabajo como portera de condominio. Lo acepta porque le permite de dejar el otro trabajo y está contenta.

Noveno encuentro. Se ha visto con el marido y ha firmado la separación. 'Ha sido gentil conmigo, me ha ofrecido el desayuno'. Lloro. Reencuentra el marido que había amado, gentil y dócil. Pero se da cuenta también que no la busca más desde hace semanas. Y también que ha aceptado firmar la separación. Dice dolida: 'Quizás no regresa. Ahora ya no lo llamo más'. Reflexiona sobre el hecho que se encuentra ahora como a sus veinte años, de nuevo sola, sin apoyo, sin alguien que 'me enseñe las cosas de la vida'. Espantada y perpleja, dice tener que aprender a contar más con ella misma y sobre las pocas amigas que tiene cerca.

Último encuentro. Me dice que se siente mejor, más tranquila, se pintó el cabello y se puso poco maquillaje en la cara. Cuenta un episodio que concierne a la hermana: 'Me ha ofendido frente a toda la familia, llamándome tonta y se rio. Esta no se la perdono. Nunca más le hablé. Y cuando me ha llamado por saber que había pasado conmigo, le he dicho que estaba disgustada y enojada, y que si quería, puede llamarme ella, yo dejaré de hacerlo. Y ahora estoy mucho más tranquila'. Teresa está contenta de haber podido mostrar su propia rabia a la hermana, sin todavía pelear, cosa que le da una cierta paz, la paz de no sentirse por completo aplastada por los familiares, como por el peso de su propia rabia. Dice por fin: 'Puedo lograr vivir da sola. ¿Pero si me regresa la depresión?'. Me pide si podrá ser recibida nuevamente, si sintiera esa necesidad. Digo que se puede, cierto, pero en otro lugar, y ya no de forma gratuita, aunque a precios especiales. Hablo también de los centros públicos y de psicólogos que atienden de forma gratuita. Teresa, entre otras cosas, toma un fármaco desde dos años, un ansiolítico, prescrito por su médico de cabecera. Sugiero entonces que lo hablara con un psiquiatra de la ASL, que pueda seguirla, sobre todo porque quisiera suspenderlo, pero no sabe bien cómo hacerlo. Le dejo la dirección y el teléfono del DSM. Está feliz. Sonríe. Agradece.

Perspectivas

Teresa llega con una urgencia concreta, la del trabajo que quiere dejar, pero de in-

mediato emerge otra: la de orientarse en la cuestión de ‘sentirse maltratada’. Algo se repite en su vida: los padres la maltratan, así como el marido y las hermanas, así como en la escuela y también en el trabajo. Teresa se lamenta de eso, pero en el fondo lo ha hecho el leitmotiv de su propia existencia, eso que le da una consistencia, al punto de llegar a admitir su validez. En el curso de las sesiones, lentamente, se le abre una nueva perspectiva: algo ya no es certero como antes, se injerta la duda y se pregunta: ¿me lo merezco o no?

Cuanto más la palabra se introduce en la cuestión, tanto menos Teresa se lamenta de su trabajo y de los familiares, único argumento de las primeras sesiones. Evidentemente el desplazamiento de posición de ‘me maltratan’ al ‘me siento maltratada’ cambia su perspectiva. Lo que le permite cerrar el ciclo no es solo la certeza de un nuevo trabajo, que ciertamente la tranquiliza, sino el ‘puedo lograr vivir yo sola, ahora’ que llega después del episodio con la hermana.

El nudo relativo al propio ser mujer y la demanda relativa a su femineidad sólo son tocados, rozados por Teresa y decide, por ahora, no profundizar. También el trauma de la devastación, representada por ella, de sus padres, de los cuales primero se siente degradada y nulificada, apenas se ve delineado, aludido. El trabajo con Teresa en el *Ce.Cli* queda en un borde que ella misma define como círculos alrededor de cuestiones importantes, círculos que la mantienen cerca sin sumergirse en ellos. No insisto, no presiono respecto al develamiento de lo que no se sabe y que la paciente podría descubrir. No hay, en efecto, nada por descubrir, sino más bien algo por producir en un trabajo de movilización del deseo, lentamente y sólo a partir del desgranarse y concatenarse de su decir en sesión. La palabra está en el campo del lenguaje y este último, por decirlo con Lacan, dice algo de cómo está estructurado el inconsciente. Esa organización, más que desvelada, viene construida en sesión a partir de una cierta manera de estar relacionado con la palabra misma. La palabra movilizada, es decir que se abre, se desenvuelve, se fragmenta, se desgrana, permite la emersión de significantes cuya articulación tiene una acción productiva. ¿Qué produce? ¿Y de qué manera? Podemos decir con Lacan que produce el sujeto, o sea lo produce en cuanto sujeto del deseo, un deseo capturado al interior del síntoma traído. Esta articulación, en otros términos, va a delinear los bordes de una ‘falta’ que podríamos definir de estructura, que a su vez moviliza de nuevo el deseo del sujeto en una tentativa de suplir a esa falta, a la pérdida imaginaria que no es otra cosa que la represión freudiana.

El trabajo durante los diez encuentros no lleva a Teresa muy lejos, aunque se puede decir que el encuentro con la propia palabra haya tenido en el sujeto un cierto efecto en la vertiente pulsional. Los puntos de articulación del trabajo han concernido la puesta en cuestión de la duda relativa al ‘merecerse’ el maltrato, cosa que ha permitido de trabajar sobre una identificación inconsciente, la del desecho del otro, y de

movilizar aquel significante especial: ‘la tonta’, al cual Teresa parece estar fijada y por el cual se hace representar, con el efecto de mover una cierta cuota de goce ligado a esa identificación.

Se delinea entonces una abertura que hace que en futuro se abra la posibilidad de que pueda pedir ayuda de nuevo. Un ciclo se ha cerrado, aunque no concluyendo el trabajo terapéutico. Quizás, reenviándolo.

Reparar un desgarro

Primer encuentro: una demanda sin palabras

Leo llega al *Ce.Cli* con un síntoma persecutorio bastante claro y del cual es bien consciente. Menciona tres episodios del pasado y tiene miedo de volverse de nuevo víctima de ellos. Al mismo tiempo no logra hablarlo: ‘Regresan cosas que me hacen sufrir demasiado, no quiero recordar, solo ponerlas a un lado’. Todo el encuentro se desarrolla al borde del llanto. Es probado, pero no puede decir nada. Sus afirmaciones son breves y lapidarias, no se ligan en un discurso, no formula ninguna demanda de ayuda. Más que una petición de ayuda, veo en efecto la urgencia de una presencia, le pido entonces si alguna vez fue atendido por alguien, sostenido por una terapia. Lo está en la actualidad: desde seis años se dirige a un psiquiatra privado y desde hace un año está con psicoterapeuta, pero por un problema personal no ha podido verlo por un tiempo, aunque últimamente le ha dado una nueva cita. Leo se ha, entonces, dirigido al *Ce.Cli* aunque tenga una cita en otro lugar. Digo sencillamente que podrá ver a la brevedad a su terapeuta y le pregunto qué piensa hacer. Ha decidido, en efecto, verse con él el miércoles de la semana siguiente. Concluyo, como por hacerle entender que podrá continuar el trabajo iniciado en otro lugar. Al mismo tiempo no cierro las puertas a la posibilidad de que regrese al *Ce.Cli* porque, de hecho, no es claro lo que lo ha empujado a buscar a otro, ya teniendo una cita. No empujo, entonces, para que escoja de inmediato entre uno u otra terapia. No busco explicaciones porque parece que Leo no las tiene al momento, simplemente lo dejo ir, sin que esto le impida después de regresar.

Del segundo al cuarto encuentro: un tiempo para entrar en el ciclo

Leo vuelve a llamar después de quince días y retoma una cita pidiendo por mí. Habla de su terapia en curso: ha ido dos veces y siente que ‘algo no va’. El terapeuta le pide de ‘narrar de nuevo su historia’ mientras que él siente que este camino lo ha llevado a odiar las personas más amadas. ‘Mis padres son mi único punto de referencia’, dice,

‘No quiero odiarlos’. Leo no quiere saber sobre su propio odio y esto parece ser un punto intocable, que en cambio en la otra terapia se encontraba obligado a profundizar. Lo veo de nuevo otra vez y otra aún, mientras que detalla el mapa de las precedentes experiencias de terapia. En la primera, no tenía manera de hablar, sino sólo de hacer ejercicios corpóreos de relajamiento y visualización de imágenes mentales; la abandona después de pocos encuentros, espantado por la ‘confusión’ que percibe a la salida. Perdía, en efecto, la orientación, tenía fuertes mareos y la sensación de ‘perder el contacto con su propia mente’. Cree que dependía del hecho que no había modo de hablar, sino sólo de sentir con el cuerpo del cual, saliendo, se sentía ‘como separado’, cosa que lo espantaba.

Después de esta primera experiencia Leo decide solicitar una terapia que le permita hablar. Empieza una nueva, pero igualmente la siente ‘invasiva’: trabaja sobre las fantasías, hace asociaciones de ideas a partir de frases dichas o sueños traídos y dice salir de estos encuentros casi siempre, también aquí, ‘confundido y extremadamente agitado’, incluso ‘debilitado, desnudado’, como si este trabajo lo dejara privado de defensas.

Durante este segundo paréntesis terapéutico sobreviene la segunda crisis. El trabajo sobre el inconsciente (sueños y asociaciones libres), que esta terapia propone, revela la fragilidad estructural del sujeto, un cierto defecto a nivel simbólico que, en lugar de proteger y atenuar, la terapia misma decanta y amplifica, al punto que Leo no logra contener la sobrevenida de la crisis. Al final del cuarto encuentro, me comunica haber decidido interrumpir los encuentros con el psicoterapeuta que ve desde un año y de querer continuar en el *Ce.Cli*: empieza, por fin, a hablar de sí mismo. Nombro a Leo este encuentro con su nombre, es decir como ‘el cuarto de diez, de un ciclo’. Así se designa la entrada en el ciclo. Leo empieza ahora a utilizarlo.

Quinto encuentro: el riesgo de abandono del trabajo

Leo se siente deprimido, pasa mucho tiempo en casa, en cama. Tiene miedo caer incluso hasta dejar su trabajo de fisioterapeuta. Desde siempre sufre trabajando. El problema son los otros, colegas y jefes que se encuentra, no sabe bien cómo ‘sufrir’. Sufre por sus prepotencias, las ‘injusticias’: ‘No hablo con nadie. No tengo confianza en nadie’. Se aísla siempre más, pero dice que todo eso ha pasado después de un episodio delirante ocurrido en el 2003 a partir del cual ha empezado a ver al psiquiatra, desde entonces no ha dejado de tomar fármacos neurolépticos. Cuenta los años antes de la crisis: un matrimonio fracasado bruscamente y con mucho dolor, en donde Leo ha sentido cómo ‘subió la situación sin reaccionar’, una relación que sigue poco después la primera, no deseada pero aceptada pasivamente. En este último momento sobreviene la primera crisis, breve, que se disuelve después de una semana. A con-

secuencia de la primera crisis, las cosas del trabajo, gradualmente, empeoran, Leo alude a graves injusticias recibidas, repetidas y continuadas, y a la falta de solidaridad de los colegas. Su malestar actual está ligado a las injusticias que siente haber subido: ‘Me han destruido, dejado una herida que sigue abierta y que me tormento’. Es como si la crisis hubiera abierto un desgarró que Leo no encuentra cómo cerrar, que deja viva y palpable una cierta verdad que lo concierne, no comprensible, pero con efectos devastadores. No se trata entonces de mostrar a Leo la verdad que lo concierne, por ahora, por él mismo inaccesible porque inasible, se trata, en cambio, de mantenerse al lado de este desgarró, de acercarse a ello con cautela, de circunscribirlo siempre más de cerca, en un lento trabajo de zurcido.

Del sexto al octavo encuentro: al trabajo por tapar el exceso

Al sexto encuentro Leo llega muy probado, menciona un curso que ha empezado a seguir y que le ha causado un estado de pánico y una ‘profunda depresión’, debidos, sobre todo, a la presencia de muchos, ‘demasiados’ colegas con los cuales tenía que ver y un cierto autoritarismo de la docente, mujer que le resulta bastante persecutoria. Va entonces con el psiquiatra a que le aumente el fármaco. Dice en sesión que quiere pedir el part-time, de hecho, querer dejar el trabajo, causa de todos sus males-tares. Freno esta escalación y bajo en los detalles del curso. Surge que el objetivo era aquello de enseñar a otros fisioterapeutas, cosa que Leo encuentra insostenible: ‘¡A duras penas logro aprender!’. Intervengo en este punto para subrayar que no existe esa obligación para hacerlo, que puede decidir interrumpirlo y le pregunto por qué se obliga a seguirlo: ‘Sigue más bien por aprender’, digo. Emerge en este episodio el rasgo persecutorio con el cual Leo arroja el otro con que se relaciona: el demasiado que representan por él los colegas, el autoritarismo de la docente. El hecho de haber reiterado su derecho a decir que no a una especie de requerimiento por hacer, que siente, que le proviene desde el exterior, parece pacificarlo. Leo admite, aliviado, que enseñar no es para él, que hay muchos otros cursos más adecuados a él. La sesión se cierra sobre su posición de búsqueda más que de muta aceptación.

Séptimo encuentro. Ha nuevamente disminuido el fármaco. Se siente más presente a sí mismo y por eso ‘menos atacado por los otros’. El punto central de la cuestión que delinea el sufrimiento de Leo es el ‘sufrir’ los otros, ‘sentir que ellos lo atacan’. Cuenta que ha retomado hace poco la relación con algunos viejos amigos y habla de la relación sentimental con R., que lo acepta ‘así como soy, con todos mis defectos... quizás no los ve o los percibe como una particularidad’. Retoma el encuentro anterior, es decir la idea de tener aún mucho que aprender, cosa que parece darle paz y al mismo tiempo empujarlo a buscar otra cosa. Sale pensando que podría tomar un curso de alemán: ‘debería salir a otros lugares para socializar. En el fondo, fuera del trabajo las

cosas van mejor’.

Octavo encuentro. Un episodio en el trabajo, un asunto burocrático que no lo convence: no entiende el motivo de algunas peticiones que se le hacen. Es desconfiado y dice: ‘O han visto el ingenuo, aquel del cual aprovecharse...’. ¿O bien, pregunto, cual otra posibilidad? ‘Bah, quizás ha cambiado la ley... y entonces he pedido consejo a un colega’. Leo ha pedido consejo, ha confiado en la opinión del otro. Subrayo el ‘quizás’ extraído de su decir, en donde el estatuto de la duda rinde menos absoluta su certeza de ser un ‘ingenuo’ a merced de los demás.

‘Generalmente’, continua, ‘si una cosa me parece injusta, me cierro en silencio y sufro, o bien reviento agrediendo. Últimamente me pasa que quiero detenerme para comprender más de que se trata’. Leo se despide aliviado por la idea de lograr controlar mejor su actuar.

Últimos encuentros: la vertiente de la ironía

Noveno encuentro. Es el último antes del verano. Leo se siente menos aislado, aunque a veces ‘desorientado, atontado’. Esto pasa, precisa, a partir de la segunda reciente crisis. La describe en detalle, pero sin conectarla con nada. Tiene dificultad para imaginar lo que la causó o mejor, la gravedad del estado que le impide de captar el sentido de los eventos vividos, que se le queda literalmente inaccesible. He aquí que en alternativa aparece un término que lo libera de cualquier implicación subjetiva: ‘¿Quizás el sentido de persecución del cual he sufrido me habrá llegado porque soy desafortunado? Pendejo, diría’. La introducción del significante ‘pendejo’ permite al sujeto de darse un nombre y esta operación restituye un sentido y permite de aligerar, desinflar el estatuto persecutorio del otro, permite de despegar el enigma del sentirse perseguido de la verdad del sujeto, impidiendo que se sobrepongan. El trabajo deberá tender a desalinear la verdad de su punto de absoluta certeza, es decir, de ser, de encarnar literalmente el desecho, casi reduciéndose a un objeto. Esa certeza tiene que ser limpiada, adelgazada, y esto permite una especie de veladura del hueco en. El orden simbólico que caracteriza la estructura psíquica de Leo, estructura que definiríamos psicótica. ‘¡Ah, bueno, entonces es una cuestión de mala suerte!’. Sostengo su dicho, Leo se ríe y nos despedimos por el verano.

El décimo. Un último encuentro en donde Leo dice querer trabajar para ser más fuerte, ‘menos frágil y atacable’, mientras que lamenta frecuentes momentos de depresión con llantos inconsolables y, dice, emerge un pasado que no puede olvidar. No lo olvida, aunque por ahora aún tiene dificultad a tratarlos. Lo destila, todavía, por gotas en sesión. En mi posición no le pido más de lo que puede tolerar, sin prisa.

Pide poder continuar conmigo.

Durante alrededor de dos años sigo viendo a Leo cada quince días. Viene constantemente, no falta a ninguna sesión y no ha dejado el trabajo. Lentamente reconstruye episodios de su propia historia, al principio son confusos e imprecisos, para establecer su cronología, la diacronía. La redefinición temporal de los eventos le da una colocación en su interior y le otorga una cierta orientación. Usa las sesiones como un apoyo para sostenerse, para intentar tener un agarre sobre su propia enfermedad, en lugar de sentirse dominado por ella. Esta dominación es lo que ha fuertemente temido en dos difíciles ocasiones: la muerte de la madre y la separación con la chica que frecuentaba desde algunos años. En ambos casos ha pedido de regresar a verme cada semana. Es así, dice, que ‘He esquivado una nueva crisis’.

Perspectivas

Leo ha llegado empujado por la urgencia: el temor de tener nuevamente una crisis y el riesgo de una especie de deshilachamiento del lazo social en la forma de aislamiento de los otros, hasta el abandono del trabajo. A diferencia de Teresa, todavía, Leo no parece poner en cuestión nada de su propia subjetividad. El ciclo le ofrece entonces un espacio diferente de aquello que por Teresa ha sido el lugar de una mínima elaboración de la posición de desecho a la cual parece estar identificada. Para Leo tal posición es indiscutible: si Teresa se representa en el desecho y entonces lo que por ella surge es la demanda relativa al serlo o no serlo, demanda que llama en causa el inconsciente, Leo, en cambio, se encarna en el desecho, hace de esto un punto de certeza absoluta. Los dos casos muestran dos diferentes efectos que puede producir el interrogativo al interior de dos diferentes estructuras, neurótica y psicótica: en la primera, la demanda que viene de la duda (Teresa con ‘quizás lo merezco’), en la segunda la perplejidad que proviene del enigma (Leo con ‘van por mí, pero no sé el porqué’).

En el trabajo con Leo se trata de construir la red de significantes capaz de disociar la verdad del sujeto del propio goce mortífero, lo que lo hace caer a nivel del desecho, mientras que sería peligroso por él, sujeto psicótico, un trabajo de articulación de los significantes en una cadena que se revela no adapta por representarlo. Siendo, en efecto, el orden simbólico falaz, a la demanda articulada en cadena no puede haber respuesta en aquel nivel (simbólico), sino el retorno, en otro orden que Lacan llama real, de lo que allí está rechazado: un demasiado, un exceso pulsional no sostenible por el sujeto y no elaborable. Se trata en estos dos casos de usar la palabra de manera diferente, tal de velar y cubrir este exceso más que articularlo. Con el fin de aligerarlo, hacerlo más soportable, montando una estructura, más que desarticularla, en un trabajo de ensamblaje de significantes nuevos capaces de recrear una diferente versión

de la verdad para el sujeto, sostenida por nuevas estacas sustitutas de una armadura simbólica, de la cual la estructura psicótica carece.

El trabajo con Leo no es empujado a la subjetivación, al contrario, a la definición de confines bien precisos entre él y el otro, otro que Leo vive como invasivo y aplastante. Es así que al trabajo puede aceptar de no enseñar, de soportar de encontrar solo una persona a la vez, de procurar de socializar también en otros lugares y descubrir que no todo en él se juega en el puesto de trabajo, con efectos de aligeramiento. El enganche al trabajo en terapia, por medio de un cierto transfert, le permite sentir una mayor compacidad.

En conclusión, podemos decir que el ciclo en el *Ce.Cli*, aunque breve y limitado, no responde a la prisa de curación, sino más bien a la urgencia subjetiva traída en el síntoma. Es decir, responde a la urgencia de aquel algo que en el síntoma se repite y que es diferente por cada sujeto, lo que Freud llamaba pulsión y que Lacan renombra como goce. Esto es lo que se trata de tener presente en el horizonte cada vez que alguien toca a la puerta del *Ce.Cli*, seguros que detrás la lamentación imaginaria del síntoma, dormita la pulsión, aquel 'demasiado', aquel exceso 'que el sujeto experimenta y que hable de su propia manera de estar al mundo, de arreglársela con el propio y el ajeno goce.

Es cuánto tiene que ser trabajado en manera diferente por cada sujeto, a partir de un atento y posiblemente rápido diagnóstico estructural, que orienta la particularidad de cada cura.



Beatrice Bosi⁵⁸ y Ezio De Francesco⁵⁹: Casos graves y pasaje al acto⁶⁰

Gravedad y urgencia

El *Ce.Cli*, por sus peculiares características, se confronta con un abanico de demandas muy amplio⁶¹. Se pasa de la demanda espuria⁶², es decir de una demanda que no está sostenida por el aguijón de la necesidad, a la demanda que nace a partir de un síntoma, es decir de un 'no puedo hacer a menos de...', hasta la demanda en la cual predomina la urgencia, o sea, la emergencia de un real entendido como algo de absolutamente insoportable. Nos parece que los casos graves conciernen justo esta última dimensión de la demanda, en la cual la urgencia subjetiva domina.

En primer lugar, precisamos lo que entendemos por casos graves. Digamos que la gravedad concierne, por un lado, la estructura de la personalidad del sujeto y, por el otro, la precariedad social en la cual están sumergidos estos individuos, una precariedad que puede ir de la dificultad a insertarse en el tejido social hasta el riesgo de un progresivo desprendimiento de ello.

A veces, por ejemplo, se trata de sujetos psicóticos que llegan en una fase de exacerbaciones, es decir en pleno desencadenamiento con fenómenos elementales, como alucinaciones y delirios, o bien son sujetos que presentan una psicosis ya crónica por años de tratamientos, pero que están atravesando un momento de particular dificultad sin tener a disposición una red social de soporte. Otras veces puede tratarse de sujetos por los cuales hacemos la hipótesis de una estructura psicótica compensada, pero al borde de una posible ruptura a causa de particulares coyunturas de su vida. Puede tratarse también de sujetos por los cuales es posible utilizar la "categoría clínica lacaniana" de psicosis ordinaria⁶³, o sea, de una psicosis que no presenta una sintomatología particularmente llamativa, sino signos más discretos relativos al disfuncionamiento a nivel del cuerpo o del lenguaje. Se trata de sujetos que aun presentando una aparente normalidad, corren el riesgo de deslizarse hacia una progresiva desconexión

58 Psicóloga y psicoterapeuta, participante en la SLP (Scuola Lacaniana di Psicoanalisi) trabaja en el Hospital Israelítico y el ABA de Roma, miembro del equipo del *Ce.Cli*.

59 Psicólogo, psicoterapeuta y psicoanalista, Miembro de la SLP y de la AMP, trabaja en el Hospital Israelítico, el ABA de Roma y el Consultorio de psicoanálisis aplicado *L'Ascolto*, miembro del equipo del *Ce.Cli*.

60 Traducido desde: *Quando la Psicoanalisi scende dal lettino*, Borla, Roma, 2010, pg. 58-70.

61 Véase el texto de M. Termini en este volumen.

62 Cfr. A. Di Ciacca, M. Termini, *Il ciclo della domanda. Alcune note sull'esperienza del Ce.Cli di Roma*, en *Attualità lacaniana*, n. 7, Franco Angeli, Milano 2008.

63 J.-A. Miller, *Effetto di ritorno sulla psicosis ordinaria*, en *La Psicoanalisi*, n. 46, Astrolabio, Roma 2009; véase también: J.-A. Miller, *La psicosis ordinaria. La conversazione di Antibes*, Astrolabio, Roma 2000.

de la familia, de los amigos, del trabajo, hasta llegar a lo que se ha definido suicidio social.

Nos parece que un rasgo común presente en estos sujetos sea una especie de desconcierto frente al sufrimiento experimentado, de allí la urgencia de ir a hablar con un especialista para encontrar una barrera a algo incomprensible que tiene el riesgo de ir hacia una solución autodestructiva como el pasaje al acto.

Entonces, por retomar lo que decíamos al principio, en los casos graves encontramos una urgencia que se presenta como un sufrimiento del cual estos sujetos están invadidos, que se asocia al peligro, siempre más apremiante, de cometer un agita que podría resultar fatal.

Lucio

Un primer ejemplo clínico es lo de Lucio, que llega al *Ce.Cli* en pleno desencadenamiento psicótico. Refiere que hace algunos días, en el lugar de trabajo tomó alcohol y droga, luego ha robado a los colegas. Desde entonces se ha encerrado en casa invadido por alucinaciones visuales. Teme que pueda suicidarse, como ya lo ha intentado hace años. Su historia está marcada por eventos particularmente cruentos: abusos sufridos de pequeño, varios incidentes automovilísticos graves, un intento suicidio. Durante varios años lo ha tratado un psicoanalista y, sucesivamente, por un psiquiatra, actualmente no está con ninguno. Vive con una joven drogadicta y él mismo se droga. Dice: 'Cuando estoy con las mujeres colapso', y agrega, 'si he robado lo he hecho para ella'. Quiere saber si sus condiciones son graves. Se le respondió que en efecto, su condición actual es muy grave y que debe dirigirse de inmediato al CSM (Centro de Salud Mental) porque es oportuno que en este momento le sean prescriptos fármacos. Será seguido por ocho encuentros dos veces por semana. Inicialmente ha tenido mucha dificultad en salir de casa, al punto que al venir al *Ce.Cli* tenía que estar acompañado, solo en un segundo momento logrará ir solo a ver un psiquiatra del CSM. Regresará también con su exanalista para obtener un certificado de enfermedad necesario para justificar su ausencia al trabajo. Después de tres semanas de encuentros quiere regresar al despacho, pero dice: 'aún me siento acelerado y no soy capaz de distinguir bien entre mí y los otros'. Al momento de la conclusión del ciclo, Lucio aún no sabe si reanudará su terapia con el exanalista o si continuará con el CSM.

Lucio tiene la vida marcada por continuas agitas de las cuales él mismo dice conocer el origen: el estar con las mujeres. Pero no parece muy preocupado por lo que le pasa, al contrario, es como si, paradójicamente, el actual, incluso el riesgo de la vida, sea la solución que él mismo ha encontrado para curar su malestar.

En este caso el *Ce.Cli* ha funcionado como un lugar en el cual depositar una fuerte angustia y, al mismo tiempo, recibir una orientación y un soporte para enfrentarse a un sufrimiento desenfrenado e inmanejable. Se puede decir, además, que el efecto producido en Lucio de los encuentros al *Ce.Cli* haya sido, por un lado, la decisión de reanudar una relación terapéutica y, del otro, de reinsertarse en el lazo social, es decir, regresar a su lugar de trabajo.

Mario

Otro ejemplo es lo de Mario que ha llegado al *Ce.Cli* acompañado de su esposa. Ella sostiene que su marido necesita hablar con un psicólogo. Cuando se le pide explicarse mejor, inicia a contar que el marido se ha jubilado hace seis meses y desde entonces ha empezado a sufrir de mal de cabeza. Ha sido internado en hospital en donde le han diagnosticado un síndrome depresivo con atrofia cerebral inicial. Sucesivamente Mario fue internado en un pabellón psiquiátrico y actualmente viene seguido, una vez al mes, a ver un psiquiatra del CSM. Los dirigieron al *Ce.Cli* porque desde dos semanas Mario ha dicho y reiterado que tiene la 'fijación de morir'. En este punto, pidiendo ulteriores explicaciones a Mario, emerge que, a diferencia de lo referido por su esposa, él piensa que no necesita hablar, sino solo quiere ser ayudado a no realizar una idea que se refuerza siempre más en su mente: abrir la ventana de la casa, puesta en el último piso del palacio y saltar. A la luz de esta situación, la intervención ha sido aquella de sostener la palabra de Mario, es decir, su petición de ayuda que ha logrado formular. Se trataba, sin duda, de una situación de urgencia, por lo cual la prioridad en aquel momento, y por aquel sujeto, no era hacer coloquios con un psicoterapeuta, sino era la de contactar nuevamente de inmediato el psiquiatra del CSM que lo estaba siguiendo.

Mario pedía ser ayudado a gestionar algo que, durante el coloquio, lo perseguía y lo hacía temblar con movimientos bruscos y continuos en su silla, mientras miraba horrorizado la ventana del cuarto en el cual estábamos. Siente que hablar en aquel momento no le hubiera servido de nada y pide expresamente una ayuda farmacológica y una protección, de lo contrario sabe que lo que más teme podría realizarse.

La respuesta recibida por el *Ce.Cli* ha producido, de inmediato, un efecto de pacificación y de alivio en Mario que se ha sentido sostenido y reconocido por encontrar una convalida a su versión de los hechos, cosa que en aquel único coloquio no se priva de hacer notar también a la esposa.

Referencias teóricas sobre el pasaje al acto y el *acting out*

Para aclarar mejor, desde un punto de vista teórico, el concepto de pasaje al acto partimos de un punto fundamental que la clínica nos enseña, es decir que más allá del ideal de la conducta racional en la cual el actuar sería siempre el resultado de un razonamiento, se trata de considerar que el sujeto no necesariamente quiere siempre su propio bien⁶⁴. El acto suicida es justo el ejemplo paradigmático de esta disyunción entre el sujeto que mira hacia su propia autodestrucción y el organismo que en cambio mira a su sobrevivencia y su bienestar. ¿Cómo se explica esa disimetría? Freud hablaba al propósito de pulsión de muerte, Lacan de goce, es decir de una satisfacción que hace mal, pero a la cual el sujeto no puede renunciar. En el acto suicida, el sujeto se abandona totalmente a este goce, como dice Jacques-Alain Miller: 'Su acto mira al corazón del ser que es goce'⁶⁵.

La otra manera de mirar al goce, es decir el abandonarse, en dejarse ir a la deriva de la muerte es dada por no querer saber más de la palabra y del lenguaje, es decir del orden simbólico. El pasaje al acto hay justo un rechazo radical del Otro. Y es esto lo que Lacan pone en evidencia en Seminario X cuando dice que "el momento del pasaje al acto es aquello del máximo embarazo del sujeto, en donde se agrega al nivel del comportamiento la emoción como desorden del movimiento. Es entonces que, desde donde se encuentra –o sea, en lugar de la escena en el cual sólo puede mantenerse en su estatuto de sujeto, como sujeto fundamentalmente historicizado– él se precipita y cae afuera de la escena"⁶⁶. El sujeto entonces se cancela, sale de la escena, a entenderse sea como escena imaginaria, es decir la vida cotidiana, sea con escena del Otro, es decir el orden simbólico, y se dirige hacia el mundo, hacia lo real, hacia aquel goce cuyos sin límites coinciden con la muerte.⁶⁷

Partir de acá, aquí podemos hacer también una rápida mención a la diferencia clínica entre pasaje al acto y *acting out*. El primero es, como lo hemos dicho, una maniobra dirigida a separarse de manera definitiva del Otro, a no querer saber más nada del Otro y el suicidio es el ejemplo paradigmático, pero también la famosa bofetada que Dora da a Señor K. en las orillas del lago, del cual nos habla Freud, puede ser interpre-

tado en esta manera.⁶⁸ El *acting out* es, en cambio, una llamada al Otro, es un mensaje dirigido al Otro, que el sujeto se preocupa de mantener en su lugar y del cual, cuando es bajo cura, espera una interpretación. También aquí el caso de Dora nos ayuda, en efecto toda la pantomima que ella actúa para hacer de manera que el padre pueda continuar a encontrar la Señora K. Es un ejemplo de *acting out* continuo, que muestra cómo la Señora K., lejos de ser un obstáculo, es un elemento fundamental para mantener vivo su deseo.

Proponemos, por fin, otra posible lectura del pasaje al acto, propuesta por Alfredo Zenoni, a partir de la noción de objeto⁶⁹. El pasaje al acto puede, en efecto, ser interpretado como una tentativa de tratar el objeto, a entender como algo del ser pulsional del sujeto, algo que lo angustia y en el cual corre el riesgo de anularse irremediablemente. A partir de acá, el pasaje al acto puede ser considerado como la tentativa que extraer este objeto malo de sí mismo, como una tentativa de realizar concretamente una separación de otro modo imposible. He aquí entonces desplegarse una serie de modalidades puestas en acto en la realidad para poner una distancia entre sí mismos y el demasiado del cual nos sentimos invadidos: se va del alejamiento físico, a la automutilación, hasta al suicidio. Lo que sugiere Zenoni es que, a partir de esta lectura teórica, no se trata de suprimir la causa del pasaje al acto, sino de abrir el camino a otro tratamiento propio. En lugar del tratamiento salvaje, real que apunta al propio cuerpo o al cuerpo de los otros, si necesita favorecer modalidades que permitan arreglársela con este exceso pulsional de manera más simbólica, más compatible con el lazo social, incluso más creativo. Se trata el resumen de ver si el sujeto pueda hacer algo que tiene la misma función del pasaje al acto, es decir la extracción o una separación, pero que no tenga las mismas consecuencias devastadoras para su cuerpo o por sus lazos sociales. Y, en efecto, nuestra intervención en estos casos graves vistos en el *Ce.Cli* ha sido la de dar una salida al empuje que el sujeto percibe, ya sea proponiendo caminos alternativos, sea dando el tiempo para elaborar una solución, encuadrada todavía por un marco simbólico.

Precariedad social y pasaje al acto

Como hemos ya dicho, la realidad que detectamos en los casos que se dirigen al *Ce.Cli* concierne, más allá de la estructura clínica, también la precariedad social. A continuación, algunos ejemplos.

64 Véase J.A. Miller, *J. Lacan. Osservazioni sul concetto di passaggio all'atto*, en *I paradigmi del godimento*, Astrolabio, Roma 2001, p. 226.

65 Ibidem, p. 229.

66 J. Lacan, *Il Seminario. Libro X. l'angoscia*, Einaudi, Torino 2007, p. 125.

67 véase J.-A. Miller, *L'angoscia. Introduzione al Seminario X di Jacques Lacan*, Quodlibet, Macerata 2006, p. 107.

68 S. Freud, 'Frammenti di un'analisi d'isteria (Caso di Dora)', en *Opere*, Vol. 4, Bollati Boringhieri, Torino 1980.

69 A. Zenoni, Intervención en las *Journée du Réseau International d'Institutions Infantiles*, Bruselas, 2009, inédito.

Sara

Un médico de cabecera envía Sara al *Ce.Cli*. Tiene 30 años y trabaja ocasionalmente como niñera. Al primero encuentro se muestra muy angustiada. Cuenta que vive en Roma desde hace cuatro años, ha desempeñado siempre trabajos precarios y por un poco de tiempo se ha también prostituido. La madre murió hace siete años, el padre vive en Apulia. Hace tres meses Sara se muda con su padre porque se ha enfermado gravemente. Allí empieza a advertir un fuerte malestar y va por primera vez con un psiquiatra. Después de poco tiempo decide de regresar a Roma en donde encuentra al actual compañero, un tóxico dependiente que le propone ir a vivir con él. Las cosas han empezado a ir mal cuando el compañero decidió hospedar un amigo. Sara se pelea con este hombre, lo considera un 'intruso' que, a su decir, poco a poco ha logrado cautivar las simpatías del compañero, que ahora está en su contra a tal punto que llegaron a golpearse violentamente. Sara teme que esta situación la lleva a hacerse mal. Explica que en el pasado ha intentado el suicidio y que ahora tiene el terror de regresar a casa en la noche, porque tienen temor que pueda intentarlo nuevamente. Después de cuatro coloquios, pide si podemos encontrarle un lugar en donde ir dormir. En la reunión de equipo decidimos recibir su petición dándole como referencia la Casa Internacional de las Mujeres.⁷⁰

La evidente precariedad social de Sara: ausencia de un trabajo estable, no poder apoyar su familia, su petición de un lugar en donde poder ir vivir, sumada al malestar personal estallado con la llegada del 'intruso', corría riesgo de desembocar en un pasaje al acto suicida. Después de cuatro encuentros, ha sido ella misma quien propuso una solución, es decir, alejarse físicamente de aquella situación particularmente crítica, solución que el equipo del *Ce.Cli* ha decidido de sostener.

Nanda

Es el caso de una mujer que fue dirigida al *Ce.Cli* por graves problemas de ansiedad. En el curso de su vida ha, progresivamente, perdido todo lo que tenía. Los padres han muerto, el matrimonio ha fracasado, ha perdido la casa y trabajo. Actualmente comparte un departamento con otras personas y recibe una pensión, porque le ha sido reconocida una discapacidad psíquica. Está a la continua búsqueda de un trabajo que le permita vivir por su cuenta, pero no logra sostener los coloquios de trabajo. Varias veces estuvo en el riesgo de pasajes al acto suicida. En varias ocasiones ha sido atendida en el CSM, pero sin poder jamás instaurar un lazo duradero desde un punto de vista terapéutico. Desde hace tiempo encuentra ocasionalmente un psiquiatra, en el

70 Véase el texto de Laura Storti en este volumen.

cual confía. En el último período ha sufrido de una fuerte ansiedad a partir del hecho que el apartamento ya no era un lugar tan seguro, que había riesgo de contraer una enfermedad contagiosa y justo en este caso no se sintió apoyada por completo por el psiquiatra.

El equipo de *Ce.Cli* se ha interrogado varias veces sobre este caso tan grave. Se decidió hacer un trabajo de red de apoyo con el psiquiatra y los servicios públicos. El *Ce.Cli* ha funcionado como un lugar a partir del cual restablecer un lazo terapéutico y el tiempo de los encuentros, como el tiempo necesario para que Nanda estuviera segura de no haber contraído la infección. Una vez resuelto estos: Nanda misma decidió que no tenía ya necesidad de los coloquios *Ce.Cli*. Entonces la lógica utilizada en este caso ha sido la de ofrecer al sujeto el espacio para contener la angustia suscitada por el peligro de la contaminación y el tiempo, lo necesario para restablecer una colección mínima con el Otro social, en este caso el psiquiatra. Para un sujeto como Nanda, ya tan en vilo por lo que concierne la relación social, había el riesgo tangible que la situación precipitara en el sentido de la puesta en acto de las ideas suicidas. Se trataba de una situación de urgencia que al mismo tiempo requería un trabajo fin tejeduría, fin, porque los hilos a disposición eran muy pocos. En ese sentido se podría decir que la función de los encuentros *Ce.Cli* ha sido la de ofrecer la posibilidad de retomar el hilo, retomar en la mano por lo menos uno. Así fue que Nanda ha escogido nuevamente el hilo del psiquiatra, que por muchos aspectos había sido un punto de referencia importante y entonces una buena base sobre la cual iniciar a reconstruirse.

Marco

Marco tiene 26 años. En el pasado hay hecho varios trabajos, actualmente está desocupado y vive con los padres. La madre ha encontrado un folleto del *Ce.Cli* y ha aconsejado al hijo ir. Marco dice detener 'problemas de timidez' qué consisten, por un lado, en la dificultad de tener relaciones con personas que no conoce y, por el otro, en la incapacidad de hablar con las mujeres. Cuando se encuentra junto a personas nuevas, se aísla, mientras que con las mujeres no tiene argumentos, se bloquea. No sabe por qué le pasa todo eso, ha hecho la hipótesis, incluso, que quizás es a causa de la educación recibida, o quizás al hecho de ser hijo único. La solución que ha encontrado, hasta ahora, es la de tomar cuando está en compañía, mientras que el problema con las mujeres lo ha resuelto yendo con prostitutas, aunque sí, esta solución le parece bastante sórdida. Hace algunos meses se fue a trabajar al extranjero, pero después de poco tiempo ha regresado por los problemas habituales de timidez. Hace algunos días se ha espantado porque despertando, después una borrachera, sentía hormigueo en el cuerpo que no lograba explicarse, perdía el equilibrio, se sintió muy mal. En el curso de los coloquios, en momento dice: 'me siento cargado, tengo ganas de romper,

quizás porque no hago nada todo el día'. Habla también de la dificultad a decir no a los amigos que lo empujan a tomar. Después de algunos encuentros habla de la propuesta que le hicieron de ir a trabajar en otra región, pero a las dependencias de un tío y con la posibilidad de ser hospedado por él. Agrega también una revisión médica. En el curso de los coloquios Marco, será sostenido en su búsqueda de encontrar un trabajo y también en el deseo de iniciar a cuidarse.

El caso de Marco puede ser considerado ejemplificativo de una precariedad que, como específica Jacques-Alain Miller, "tiene un nombre en el lenguaje administrativo contemporáneo: desconexión"⁷¹. En efecto, se trata de un sujeto que tiene dificultad a utilizar lo simbólico para hacer lazo social, que no es capaz de encontrar un lugar en la sociedad, que no sabe cómo gestionar la relación con los otros y con el propio cuerpo, y para enfrentarse a todo esto, toma, o piensa viajar por el mundo. El momento en el cual se angustia por sus condiciones físicas aparece importante porque le permite dejar de tomar. En cambio, la idea de partir nuevamente más que una fuga, esta vez parece un acto encuadrado con un marco simbólico, representado por el hecho de haberlo hablado por varios encuentros evaluando bien los pros y los contras.

Piera

Por último, presentamos el caso de Piera, una joven mujer que se dirige al *Ce.Cli* en un momento de crisis por a la pérdida del trabajo. Hace algunos meses ha sido despedida, se siente desorientada y en la imposibilidad de ponerse en la búsqueda de una nueva ocupación.

Surge de inmediato el riesgo que por este momento de la pérdida del trabajo, se transforme en una salida definitiva del tejido social. Buscar un trabajo quiere decir para ella enfrentarse a la pesadilla de ser reducida a un engranaje de un sistema productivo que no toma en cuenta las particularidades subjetivas, pesadilla en contra de la cual Piera ha luchado hasta ahora buscando siempre encontrar una solución alternativa. Esta vez es más difícil y se ve que al horizonte existe el riesgo de una deriva precisa. Piera habla de viajes particularmente atrevidos, en zonas peligrosas y sin ninguna protección. Viajes que ya ha enfrentado en particulares momentos de confusión logrando afortunadamente regresar. Se ve entonces que en el horizonte hay el riesgo de una total salida de la escena social.

Durante los encuentros en el *Ce.Cli* se abre la posibilidad de una solución particular alrededor de la cual Piera inicia a trabajar. Del viaje peligroso entendido como fuga

sin retorno, a la fuga al aire abierto, breves y frecuentes paseos fuera de la ciudad a partir de las cuales inicia a considerar 'reconstruirse una vida' y, por qué no, inventar su futuro trabajo, que esta vez no la obligará a estar en un lugar cerrado.

Los casos de Piera y Marco nos parecen particularmente ejemplificativos del peligro del pasaje al acto como fuga. Y al respecto, Lacan se expresaba así: "¿Qué es lo que llamamos fuga en un sujeto que la efectúa, siempre más o menos a partir de una posición infantil, sino una salida de la escena, una partencia vagabunda por el mundo puro en donde el sujeto va a la búsqueda, o al encuentro, de algo que viene repelido, rechazado en todas partes? Se hace mozo –como se suele decir– para después regresar, por supuesto, y tener así ocasión de jactarse. La partencia es precisamente el pasaje en la escena del mundo"⁷².

En estos casos, el *Ce.Cli* ha funcionado como un lugar en donde restablecer un vínculo como alternativa a la salida de la escena. Se ve que en algunos de estos sujetos la pérdida de trabajo puede representar un verdadero punto de quiebre con el lazo social, es decir, puede activar una especie de reacción en cadena hacia una total desconexión de la sociedad. Como hemos visto, el riesgo de pasaje al acto como fuga del mundo, la partencia por viajes vagabundos, puede equivaler a matarse, que aquí no toma directamente el camino del suicidio, sino el camino menos vistoso del viaje-fuga, que sin embargo puede equivaler al suicidio. Para estos sujetos, el *Ce.Cli* se ha propuesto como lugar en el cual detenerse para poder evaluar la situación respecto a lo que les estaba pasando, a partir de la recuperación de la relación con su propia palabra como instrumento precioso para orientarse nuevamente respecto al hacer lazo social con el Otro, en lugar de tomar el camino ya recorrido en pasado, una solución siempre disponible, pero muy peligrosa: partir por el mundo con el riesgo de perderse definitivamente.

Conclusiones

Para Lacan, la existencia misma del psicoanalista resulta relacionada al hecho de "responder a ciertas urgencias subjetivas"⁷³, entonces en los casos graves llegados al *Ce.Cli* la 'urgencia subjetiva' la podemos reencontrar bajo la forma de un goce que el sujeto ya no logra contener y que lo empuja hacia lo peor. Y, en efecto, si la clínica del pasaje al acto tiene que ver con una urgencia ligada a un "inevitable escaneo temporal"⁷⁴, lo del acto precisamente, entonces quien recibe estos sujetos está llamado a su vez, des-

71 J.-A. Miller, *Verso PIPOL 4*, en *La Psicoanalisi*, n. 42, Astrolabio, Roma 2007, p. 224.

72 J. Lacan, *Il Seminario, Libro X. L'angoscia*, cit., pp. 126-127.

73 J. Lacan, *Del soggetto finalmente in questione*, en *Scritti*, Einaudi, Torino 1974, p. 229.

74 J.-A. Miller, *J. Lacan. Osservazioni sul suo concetto di passaggio all'atto*, cit. P. 227.

de su posición, a hacer un acto, que en primer lugar es del orden de una presencia. Tenemos entonces una urgencia, sea del lado del paciente que nos llega y que se siente empujado a actuar, sea del lado de quien lo recibe que debe evaluar en breve tiempo cómo proceder, practicando entonces aquel 'arte del diagnóstico rápido' asociado a una "asunción calculada del riesgo"⁷⁵, porque subestimar o calcular mal los tiempos en estos casos podría ser fatal.

Sí, como subraya Jacques-Alain Miller, el momento actual está bajo el signo de una pragmática caracterizada por el "culto del funcional"⁷⁶, entonces nuestra pragmática es aquella que se mueve en el terreno de un 'arreglársela con', que va en el sentido de sostener cada sujeto a partir de su propio malestar. En esta lógica, nuestra posición respecto del paciente no busca un aplanamiento conformante, sino busca favorecer, una y otra vez, un tipo de lazo con el otro que permita contener la pulsión de muerte. Se trata, entonces, de mantener una posición extremadamente respetuosa de la palabra del sujeto, para acompañarlo, por un tramo, a retomar el camino que es posible recorrer por él. Se trata también de dar al sujeto el espacio y el tiempo necesario para encontrar una solución, que la mayoría de las veces ya tiene a disposición, pero se confunde en el desorden en el cual se está perdiendo.

En este sentido, el *Ce.Cli* se coloca en un intersticio, en un espacio vacío, que en lo específico de los casos graves asume la función de conexión, de puesta en red y de orientación. Como hemos visto en diferentes situaciones, el *Ce.Cli* ha asumido la tarea de arrancar una conexión nueva con el Otro social, ofreciendo así la posibilidad de una reinserción a partir de lo que el sujeto individúa como su peculiaridad, que puede meter en juego en el tejido social y que puede restituirle un lugar.

Por último, se podría decir que la elección de escribir este artículo es de algún modo una respuesta a las peticiones de estos sujetos tan graves, cuyo malestar en el *Ce.Cli* puede hacerse vocero, a partir del punto en el cual se inscribe en la escena social. Esta función del *Ce.Cli* vale más que nunca para estos sujetos que tienen dificultad para encontrar un lugar en la sociedad, justo porque su lazo social se mueve a lo largo de hilos que pueden ser diferentes de aquellos compartidos.



⁷⁵ J.-A. Miller, *Verso PIPOL 4*, cit. P. 221.

⁷⁶ *Ibidem*.

Laura Storti⁷⁷:

Mujeres en tránsito: historia de un centro de acogida⁷⁸

La experiencia nace hace cinco años, cuando la Casa Internazionale delle Donne de Roma decide de participar, por medio de cuatro de sus asociaciones, junto con una asociación del territorio⁷⁹, al concurso Solidea (Institución de género femenino y solidaridad de la Provincia de Roma), por la gestión del Centro de primera acogida para mujeres en dificultad con hijos, La Ginestra, de Valmontone.

El proyecto se coloca en el sector social y prevé encargarse de mujeres en dificultad y, en el caso, sea necesario, de hospedaje por un periodo de cinco meses, excepto casos excepcionales en los cuales sea necesaria una mayor permanencia. En todos los casos, se prevé definición de un proyecto personalizado que tiene como objetivo el alcance por parte de las mujeres, la autonomía y la reinserción social y laboral, se trata de acompañar en un proceso de salida de la dificultad.

Las mujeres pueden presentar sus peticiones de ayuda, ya sea de forma autónoma, sea por medio del uso de dos líneas telefónicas activadas por el proyecto, o sea por medio de los Servicios Sociales de pertenencia.

La apuesta

La asociación Il Cortile nace en el 1998, gracias a algunas psicoanalistas, con el objetivo de gestionar, al interior de la Casa Internacional de las Mujeres, un espacio de escucha y de juego reservados para las niñas, los niños y sus padres. En el 2001, se constituye como Consultorio de Psicoanálisis Aplicado, que adhiere a la Asociación Nacional de los Consultorios de Psicoanálisis Aplicado y recibe, en la sede de la Casa Internacional de las Mujeres de Roma, mujeres italianas y extranjeras (se recibe en italiano, francés,

⁷⁷ Psicoterapeuta, psicoanalista, Miembro de la SLP y de la AMP, docente encargada del Istituto freudiano, responsable del *Consultorio di Psicoanalisi Applicata il Cortile*, responsable terapéutico del *Centro per donne e minori in difficoltà La Ginestra* de Valmontone.

⁷⁸ Traducido desde: *Quando la Psicoanalisi scende dal lettino*, Borla, Roma, 2010, pg. 92-118.

⁷⁹ *Il Cortile-Consultorio di Psicoanalisi Applicata* opera en el sector del malestar psíquico y social con un enfoque psicoanalítico con orientación lacaniana; *Differenza Donna*, organización no gubernamental (ONG) se ocupa a nivel nacional e internacional del diseño y gestión de los Centros antiviolencia y de acogida para las mujeres en dificultad; *Codice Donna*, Asociación de abogadas que trabaja en el sector penal y civil por la tutela de las mujeres; *CORA*, asociación que a nivel nacional opera en el sector de la formación y orientación al trabajo dirigiéndose en particular a las mujeres; *SoStegno donna*, Asociación que desde años gestiona ventanillas de acogida y de escucha para las mujeres italianas y extranjeras.

español e inglés), adolescentes, niñas y niños, a disposición también hacia los que en familia y en las instituciones se ocupan de ellos. La hipótesis que ha animado el deseo de participar en el proyecto por parte de la Asociación⁸⁰ ha sido la de verificar la posibilidad de introducir la ética del psicoanálisis⁸¹ en una institución que por su naturaleza parece excluirla. La institución ha nacido por dar una solución a los fenómenos de pobreza y marginación, proteger y ayudar mujeres en dificultad (mujeres separadas y en media de supervivencia, mujeres solas en estado de embarazo, mujeres sin trabajo, mujeres sin hogar, mujeres socialmente marginadas), y en donde el bien y la salud de la mujer sea el fin último, así como su normalización. Y en donde se intenta también mantener fuera el síntoma al punto de excluir la acogida que la hospitalidad a mujeres con dependencia del alcohol, otras sustancias, y a otras mujeres definidas psiquiátricas.

Hablamos de la tentativa de dejar fuera el síntoma, puesto que aparece evidente que no es fácil, incluso después de algunos coloquios, definir con certidumbre qué tipo de ayuda la mujer pida para sí o para sus propios hijos, así como desentrañar el entramado entre aquellas que son las dificultades materiales y un malestar de otra naturaleza que a menudo las palabras vehiculan.

El Centro La Ginestra se trata entonces de operar en la urgencia⁸², dando respuestas a las peticiones de las mujeres, pero contemporáneamente a abrir un espacio para que pueda reintroducirse la dimensión subjetiva en su particularidad.

Si la definición ‘mujeres en dificultades’ supone una operación de clasificación bajo la etiqueta identificaría que acomuna las mujeres y, como tal, inevitablemente las segrega, la rectificación que nosotros proponemos tiene el objetivo de ofrecer un espacio para que puedan interrogarse sobre lo que verdaderamente las ha conducido al estado de necesidad o que ha, de todos modos, contribuido a su permanecer en tal situación. La propuesta, entonces, es, para las que piden ayuda, la posibilidad de utilizar un espacio de palabra por la duración del proyecto (cinco meses) en el Consultorio de

80 En el consultorio operan: Maria Rita Conrado, psicoterapeuta y participante de la Escuela lacaniana de psicoanálisis (SLP), Luisa Di Masso, psicoterapeuta y miembro SLP de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP), Matteo De Lorenzo, psicólogo y operador en los talleres de los niños en el centro *La Ginestra*, Maria Concetta Gaglio, psicóloga y operadora en los talleres de la Casa Internacional de las Mujeres, Laura Lagi, psicoterapeuta y miembro de la SLP y de la AMP, Antonella Loriga, psicoterapeuta y psicodramatista, operadoras los talleres de los niños en el Centro, Céline Menghi, psicoterapeuta, miembro de la SLP y de la AMP, docentes del Instituto freudiano, Laura Rizzo, chicos terapeuta, miembro de la SLP y de la AMP, Laura Storti, Psicoterapeuta, psicoanalista, Miembro de la SLP y de la AMP, docente encargado del Istituto freudiano, responsable del *Consultorio di Psicoanalisi Applicada il Cortile*, responsable terapéutico del *Centro per donne e minori in difficoltà La Ginestra* de Valmontone.

81 Se ven los textos de M. Termini y C. Menghi en este volumen.

82 Se ven los textos de B. Bosi y E. De Francesco en este volumen.

Psicoanálisis Aplicado que opera en la Casa Internacional de las Mujeres.

El objetivo es evitar tomas en cargo en las cuales se den por sentados como factores de malestar, exclusivamente eventos contingentes y sociales que relegan a la mujer en una posición de objeto necesitado de cuidados y servicios, sin que venga recibida su cuestión subjetiva.

Para comprender a fondo lo que entendemos por espacio de palabra utilizamos algunos conceptos de la teoría y de la clínica de Jacques Lacan, como, por ejemplo, la diferencia entre la palabra vacía y la palabra plena. La primera es la palabra de yo, la anclada al imaginario, la palabra que queda separada del deseo inconsciente, la palabra que “nunca se juntará con la asunción de su [del sujeto] deseo”.⁸³

La segunda es la palabra plena, la que supera el plan espectacular del yo para enunciar el deseo inconsciente del sujeto: en ese sentido, el yo se vacía, la palabra es portadora de la verdad de quien habla. Se trata, entonces, en la operación analítica, de ayudar al sujeto a ‘completar la historización actual de que han determinado ya en su existencia un cierto número de cambios históricos’.

Esta modalidad de acogida permite que la mujer pueda hacer un trabajo sobre sí, tiene la posibilidad de entender cuales aspectos de su propia manera de ser han contribuido a mantenerla tanto tiempo en una situación problemática, o la hayan hecho pasar de una dificultad a otra. El objetivo es lo de hacer de manera que cada una, una por una, pueda reunirse con su propia historia, releer los eventos por medio de lentes diferentes, accediendo a la historización simbólica, instrumento necesario para que haya inicio de un camino que la lleve a una auténtica autonomía. ‘La asunción por parte del sujeto de su historia’, que se hace por medio del trabajo analítico, es lo que permite al sujeto reconocer que eso inconsciente es su historia⁸⁴.

El psicoanálisis, sosteniendo la ética de la particularidad, se distingue del universal; se trata entonces por cada uno de rastrear la responsabilidad subjetiva como causa de su deseo, elemento indispensable para que un sujeto puede producirse.

En fin, en esta perspectiva no se trata ni de reeducar ni, aún menos, de rehabilitar las mujeres que se dirigen al Centro.

María: la joven que huye

83 J. Lacan, *Funzione e campo della parola e del linguaggio*, in Scritti, Einaudi, Torino, 2004, p. 247.

84 *Ibidem*, p. 255.

Después de algunas semanas de la inserción en el Centro, María pide un coloquio al Consultorio Psicoanálisis Aplicado. El recibo e la informo que todo lo que dirá durante los coloquios está bajo el secreto profesional, que entonces no entrará a hacer parte de su dossier personal en el Centro, cosa que le permite comprender la diferencia entre la modalidad del Centro y el Consultorio Psicoanálisis Aplicado. María tiene 34 años y proviene de un país balcánico, llegó a Italia con el esposo, hace alrededor de diez años. Ha huido de la casa donde vivía en un pueblito de la provincia de Roma, porque desde años sufría violencia por parte del marido. Cuenta que dejó un trabajo estable que le gustaba mucho, por el cual también era apreciada. Y agrega que no quiere quedarse largo tiempo del Centro porque tiene el temor de volverse como algunas mujeres huéspedes. Le pido explique qué quiere decir y me contesta: 'algunas mujeres del Centro son resignadas, no hacen nada para salir de allí y hacerse independientes, yo quiero encontrar de inmediato un trabajo, otro, porque lo que tenía lo tuve que dejar porque mi esposo me hubiera encontrado y obligado a regresar en la casa', y agrega: 'no es justo, me quitó todo, incluso la dignidad'.

María expresa el temor de caer en una posición de pasividad y de delegación que puede tener como consecuencia el deslizarse en un estado de asistencialismo, peligro que siempre puede existir en los casos de acogida en una institución. Le digo qué será de ella cuando decida salir del Centro y le recuerdo que el proyecto tiene una duración máxima de cinco meses.

Cuenta que se siente un asco por haber aceptado por tanto tiempo que su esposo la humillara de todas las maneras, incluso frente a amigos y parientes, para después golpearla cuando estaba borracho. No sabe si aquel asco se le quitará alguna vez de encima. Llegada la noche no logra dormir bien y durante el día, sobre todo hacia el ocaso, tiene necesidad de salir, no tiene importancia el destino, sino siente que tiene que huir, le resulta insoportable quedarse encerrada, le falta el aire.

Le pido si sabe porque justo al ocaso, me contesta, porque el marido regresaba a casa justo a aquella hora y ella tenía que esperarlo en casa y después ya no podía salir más; a menudo la encerraba con llave cuando en la tarde él salía al bar.

El matrimonio arreglado

En la siguiente sesión María habla de su familia de origen: cinco hijos, tres mujeres y dos hombres, de los cuales uno está muerto, más chico que ella cinco años, pisó una mina antipersonal, residuo bélico. Ella es la segunda, después la hermana más grande por quince meses; ahora en casa se ha quedado el más chico, diez años más joven que ella.

De la madre dice que es una mujer dulce paciente, que en la vida ha trabajado mucho para sacar adelante la casa y los hijos. Del padre, que es un hombre honesto, gran trabajador; de pequeña le gustaba acompañarlo a cazar y cuando le hacía portar el rifle se sentía orgullosa: 'después la primera mujer', comenta, 'quizás hubiera querido que naciera un hombre'.

Recuerda haber sido una niña tímida e introvertida, le gustaba quedarse sola, mientras las hermanas jugaban con las primas; después, creciendo, se volvió un adolescente rebelde.

La familia le arregló el matrimonio con un hombre más grande que ella, casi diez años. Los padres temían que su carácter rebelde le causara problemas, por esa razón buscaron el matrimonio. Recién casada se fue a vivir con la familia de él, allí se ha dado cuenta, de inmediato, que las cosas iban a ser diferentes: 'en aquella casa se respiraba un aire distinto de la mía, el padre era muy violento y la madre una pobre víctima, era horrible quedarse ahí'. Después de dos años, con la propuesta de esposo de irse a vivir en Italia, aceptó de inmediato.

Recién llegados, las cosas se pusieron muy mal. El marido no encuentra trabajo Y cuando por fin, hoy encuentra no logra mantenerlo; entonces ella busca uno por sí misma, pero mientras le van bien, más se vuelve agresivo.

El sueño

Después de cuatro sesiones, la angustia parece atenuarse, así como la necesidad urgente y alejarse del Centro. Queda su urgencia de encontrar un trabajo y marcharse lo más pronto.

En sesión, a menudo, María cuenta de su dificultad para relacionarse con las otras mujeres huéspedes, tiene un trabajo, incluso dos, pero las otras le reprochan de no respetar sus turnos de limpieza y en cocina. María dice sentirse estrecha, siente que sofoca, como cuando estaba con el marido: 'él quería mandar siempre y yo tenía que obedecer, si no eran golpes'. A menudo repiensa los momentos terribles transcurridos con el marido, que le repetía que no era buena para nada, que no valía nada y sin él habría terminado en la calle, cuando por fin, exasperada, le contestaba, la golpeaba. Siente culpa, dice. Le pregunto de qué: 'a veces pienso que si él me golpeaba de tal manera seguramente me lo merecía, sin embargo, me reprocho no haber tenido el coraje de irme antes: he sido cobarde'. Subrayo ¿se lo merecía?

El sentido de culpa es un sentimiento que se encuentra a menudo en los casos de maltrato o violencia, para el psicoanálisis no se trata de decir sí, ni decir no al sentido de

culpa, sino de saber que representa una señal de la división subjetiva de quien habla y la posibilidad de interrogar y poner a trabajar su propia angustia.

En la sexta sesión María cuenta un sueño: está en casa, donde vivía con su marido, sentada preventiva, el marido está a su lado y, en algún momento, le pide desnudarse, pero dado que no quiere, la golpea.

Me pide que le diga qué quieren decir los sueños y por qué sueña a menudo aquellas cosas horribles que pasaban en la realidad. Le digo entonces que Freud afirma que los sueños son formaciones del inconsciente que representan la realización de un deseo. María sonríe y dice: 'No para mí, es imposible pensar que ahora, que por fin me libera de él, quiero revivir aquellos momentos tan terribles, no puedo creerlo'.

En la siguiente sesión, María dice haberse quedado muy impresionada por el sueño, ha repensado lo que ha dicho y siente que quiere saber más, de querer comprender.

Queríamos subrayar de estos encuentros el hecho que los dichos de la mujer no son tomados por su significado, como para intentar reconstruir una verdad absoluta, sino de manera tal que si María puede rastrear algo de significativo para ella misma, algo que habla de ella, de su posición en el mundo.

Las últimas sesiones María, se ha dado cuenta de que siempre ha tenido ganas de provocar a los hombres, de competir: 'parece que hago todo lo posible para hacerlos enojar, no tengo miedo, pero no me echo atrás; con mi marido terminaba que para callarme, me golpeaba'.

En la duodécima y última sesión, cuenta que con un joven que frecuenta hace poco tiempo le pasa de vez en cuando eso de 'repetir el esquema'. De repente tiene ganas de provocarlo, incluso diciendo cosas que no son de verdad, ahora, todavía, se da cuenta y se detiene, a veces sale de casa para hacer un paseo, toma aire, cuando regresa parece que todo ha pasado. Una vez, dijo que con él no tiene que ser así, si no se marcha, sin todavía jamás poner las manos encima. Aquellas palabras han sorprendido mucho María que siente que algo ha cambiado dentro de ella y que ahora sabe un poco más sobre qué hacer.

Trabajo en equipo

En el Centro, el equipo se reúne semanalmente para discutir sobre los proyectos de las mujeres y de los niños y las niñas huéspedes, o atendidos desde el exterior, mientras que una vez por mes se convoca una reunión de coordinación de las Asociaciones que hace parte del proyecto, ya sea para monitorear y actualizar los proyectos perso-

nalizados, sea para redefinir las modalidades de intervención.

En el curso de los meses ha emergido, siempre más apremiante, una petición por parte de las operadoras de un espacio en dónde discutir de las dificultades encontradas en su trabajo con cada mujer y entre ellas, así como las dificultades en la gestión de las dinámicas internas con las mujeres huéspedes. Por eso se han establecidos encuentros semanales donde pueden enfrentarse a los impases en el trabajo al interior del Centro. ¿Qué puede aportar el psicoanálisis al trabajo de equipo y al funcionamiento del Centro? Ante todo, es necesario precisar que la cura analítica, como tal, no se aplica en el Centro. En efecto, las mujeres que la piden son dirigidas al Consultorio de Psicoanálisis Aplicado operante al interior de la Casa Internacional de las Mujeres y pueden disfrutar de un ciclo gratuito de encuentros. El psicoanálisis es el punto de referencia para el funcionamiento del Centro, en otras palabras, se experimenta cómo los principios de psicoanálisis son instrumentos útiles en la lectura de las peticiones de las mujeres y en la vida cotidiana del Centro. Cada mujer que pide ayuda, así como cada huésped, necesita, en cuanto ser hablante, de una estructura y el funcionamiento del Centro debe ser conforme a ella. Cada mujer, así como cada niño y niña huéspedes están presentes con sus síntomas⁸⁵, que lo hacen sufrir, pero del cual, al mismo tiempo, es difícil liberarse: ya sea que se manifieste por medio de un lazo con un hombre violento, sea por medio de permanecer una situación grave de trabajo o habitacional, de relación familiar o social, o de aprendizaje. El síntoma no es reducido a simple disfuncionamiento, como tiene percibido normalmente en el lazo social, si no se le otorga ciudadanía, aunque evidenciando la necesidad de limitarlo, sea en relación con los otros huéspedes, sea con las operadoras. Para una operadora, o un operador social con formaciones que no toman en cuenta algunos principios psicoanálisis, es difícil aceptar que querer no es poder, es decir que entre lo que se dice de querer y el deseo inconsciente hay una división y que esta división es inherente en el sujeto que habla y constituye un enigma.

Trabajar por el malestar, la pobreza, la marginación puede representar algo de mucho desgaste, sea porque está siempre al asecho la posibilidad de identificarse con quien pide ayuda, mujer o niño, sea porque el juicio de quien recibe la demanda de ayuda y piensa de poder dar su propia solución encuentra naturalmente espacio. Todo esto puede inducir en el operador o la operadora una sensación de omnipotencia debido al hecho que la mujer que pide confía, pero se crea también una situación de dependencia patológica, puede inducir también una situación de impotencias en los casos, en los cuales las dificultades permanecen y hacen por lo tanto el caso imposible de resolver. De todos modos, está siempre movilizada la angustia de quien opera y es a partir del saber, o no saber qué hacer, que hacer su propia angustia depender en gran

⁸⁵ Véase el texto de M. Termini en este volumen.

parte este barco al interior de la institución.

La tentación educativa está siempre al acecho porque aparece como la vida más fácil, a veces la más benévola, y con eso la coacción que eso implica.

No parece superfluo recordar que el psicoanálisis nos demuestra, como veremos luego, qué hay en cada sujeto imposible por educar en el cual nos topamos a menudo en nuestro trabajo⁸⁶.

Es entonces importante poner en primer lugar, en el trabajo de la operadora o del operador, la necesidad contener su propia angustia para dejar un espacio de escucha libre, lo más posible, en donde las mujeres, una por una, podrán descubrir su propia solución singular.

En las reuniones semanales, no son tomadas en cuenta las implicaciones personales de cada operadora respecto a los casos enfrentados, se trata, en cambio, de poner en relieve la problemática de cada huésped y de examinar el valor del síntoma sea respecto a la estructura (neurosis, psicosis o perversión), respecto del valor singular que tal síntoma tiene para cada huésped. Con la ayuda de la responsable terapéutica, se estimula el reenvío a todas las componentes del equipo para que surja un interrogativo, con el objetivo de descompletar un presunto saber sobre cuál será el bien de la mujer o del niño o niña y encuentre espacio, resolución elaborada para cada sujeto, todos tomados uno por uno.

Sólo alimentando un clima de confianza, de puesta al trabajo común, con el objetivo de construir un saber nuevo a partir de la experiencia, se puede combatir el burn-out en el trabajo de los operadores sociales.

La imposibilidad de ser 'normales'

Encuentro con Elen por primera vez al final de marzo 2007 en el Consultorio de Psicoanálisis Aplicado de Il Cortile, que tiene su sede al interior de la Casa Internacional de las Mujeres. Es muy delgada, veste de negro, cabellos rubios y largos que le esconden ligeramente la cara cubierta de llagas, costras y cicatrices, excepto los ojos y los labios. Dice que ha sido aconsejada con una psiquiatra de dirigirse al Consultorio porque conectado con el Centro de primera acogida por mujeres y dificultad La Ginestra de Valmontone.

De origen irlandés, Elen tiene 38 años, llegó a Roma hace trece años para seguir el

⁸⁶ Véase el texto de C. Menghi en este volumen.

hombre con el cual vive, un artista callejero. Cuenta que ella es misma una artista, una escultura, y agrega, desde cuando está en Italia ya no ha trabajado.

Cuenta que sufre violencias físicas y psicológicas por parte de su compañero desde su llegada en Italia, y agrega que desde la muerte de la madre de su compañero, las violencias han aumentado y que la somete a una práctica que consiste en apagarle los cigarros en la cara: se aparta el pelo y muestra las yagas en la cara y en las manos, luego descubre sus brazos sobre los cuales aparecen evidentes cicatrices. De inmediato agrega: 'soy dependiente de él'. Cuenta que otras veces ha intentado de alejarse, sin lograrlo jamás y que una terapeuta, que encontró hace algunos años, después de algunos coloquios, le había dicho: 'O dejas a este hombre o de lo contrario ya no te presentes más aquí'. Ella nunca regresó. Le digo que si quiere, se puede beneficiar de los cinco meses puestos a disposición por el Proyecto de Valmontone por sus coloquios. Acepta, pero insiste que quiere alejarse de la casa en la cual vive con el compañero porque se siente en peligro; te propongo entonces un coloquio con la operadora que el proyecto que se ocupa de este aspecto, le dije, subrayándole la distinción entre el trabajo que hará en el Consultorio y la eventual de petición de alejamiento de su casa con relativo hospedaje.

El abuso y el disturbo alimentario

En los primeros coloquios aparece muy confundida, tiene dificultad para reconstruir y colocar los hechos de su propia vida, pero poco después empieza su narración. Última de una familia numerosa (siete hijos, cinco mujeres y dos hombres), siempre ha sido una niña tímida e introvertida, muy ligada a la madre, por eso distante de los otros hermanos y hermanas, muchos más grandes que ella.

Cuenta haber sido abusada por el padre a la edad de cinco años, dice no haber comentado a nadie lo que pasaba porque tenía vergüenza, se sentía sucia y culpable y temía que no le creyeran. El padre la amenazaba, que si hablaba nadie le creería porque era 'extraña', y la hubieran expulsada de la casa. A la edad de 12 años, edad de sus primeras menstruaciones, el padre pretende relaciones sexuales: 'en aquel período', cuenta Elen, 'Dejé de comer'. A los 16 años fue internada con peligro de vida en una estructura especializada en la anorexia. 'me lavaba las manos continuamente hasta producirme heridas, me sentía sucia'.

Sale de la estructura con un diagnóstico de borderline. 'esto –dice Elen– sirvió a mi padre para continuar amenazándome'. 'Nadie te va creer, eres una pobre loca', le repetía.

Elen, en sesión, se interroga: 'nunca he entendido si mi madre fingía no darse cuenta o no'. En los últimos años, Elen cuenta que se quedó sola en la casa con los padres: 'el

venía en mi cuarto de noche, cuando mi madre dormía ¿cómo es posible que ella no se diera cuenta?’.

A los 18 años está el segundo internamiento, siempre por anorexia. En la estructura habla con la psicóloga y le cuenta todo. Inicia así un periodo al final del cual se aleja de la casa paterna y es acogida en un Centro para muchachas víctimas de violencia y abusos, en donde toma una terapia psicológica. Elen dice que lo que más la hace sufrir es que su madre no le haya creído y haya preferido no hablar y quedarse con ‘aquel monstruo que la maltrataba, que le decía que era una estúpida, buena para nada’.

Hasta los 19 años, cuando llega a Londres para asistir a la Academia de Arte, transcurren períodos adentro y afuera de la casa, pero las violencias del padre cesan: ‘desde entonces para él estoy como muerta, nunca me ha dirigido más la palabra’. La madre, en cambio, siempre se ha quedado en contacto, aunque sólo por teléfono.

En la Academia, por fin lejos de casa, parece renacer. ‘el arte es mi vida, he escogido escultura e instalaciones’. Muy pronto se enamora de un joven profesor con el cual empieza una relación y quedó embarazada: ‘quería aquel hijo, pero no podía porque hubiera sido expulsado del college, entonces le he dicho que me marcharía yo, en cambio poco después he abortado espontáneamente’.

Cuenta que el hospital donde fue, la enfermera, dirigiéndose a ella, pronunció una palabra, dice no recordar bien cuál fue, está agitada. Le propongo traer, en la sesión siguiente, un diccionario, porque no conozco el idioma y juntas podríamos buscar la palabra. Elen reconstruirá la palabra es abortion, que indica un aborto espontáneo, pero quizás entendió que la mujer aludía al hecho que ella misma fuera un aborto o que produjera abortos. El trabajo con el diccionario, que durará unos encuentros, parece pacificarla.

‘Desde entonces algo se ha roto’, dirá. Cuenta que en aquel periodo se procuraba cortes en los brazos con pequeños sacapuntas: ‘buscaba el mal físico para silenciar el interior, un dolor intolerable’. Y agrega que, por primera vez en sesión, le viene a la mente que el hombre con el cual vive le hace lo que antes se hacía sola.

Subrayó con énfasis que nadie tiene el derecho de hacerle cosas que ella no quiere. Con tal intervención busco regular el Otro de la psicosis que se presenta siempre desregulado y persecutorio, mientras que hago lugar al sujeto de la enunciación.

Sucesivamente me traerá las fotos de algunas instalaciones hechas en período sucesivo del aborto, instalaciones donde está sentada de espaldas al centro de un cuarto con paredes negras sobre las cuales aparecen algunas escritas con gis blanco. Le pido que me diga qué es lo que está escrito, puesto que no entiendo el idioma: ‘son frases en irlandés, en mi lengua materna, dirigidas a mi padre, le pido me explique por qué

me ha hecho aquello, ¿Por qué?’. Le pregunto si ha dado una explicación, contesta que no, y dice que cuando le ha tocado verlo de nuevo en casa, en las raras visitas con la madre, ha sentido un gran asco, pero también pena para él: ‘es un pobre viejo’.

Elen dirá que quiere recomenzar a pintar, que quizás esto la ayudaría a reencontrarse, y a alejarse del hombre que continuamente le dice que es una buena para nada y destruye todo lo que ella intenta crear. Me muestro interesada y le digo que si ella desea, puede llevarme a ver sus trabajos.

Tratamiento del cuerpo y comida

Elen vive con el compañero en un caserío en la campiña romana, una vieja casa sin electricidad y calefacción. Cada día vienen a Roma en tren para después regresar en la tarde a la casa. Durante el día ella vaga por la ciudad, mientras que su compañero expone y vende sus obras en la calle. Elen tiene problemas con la comida, le pido explicarme: ‘no logro comer si alguien me mira, tengo que esconderme, como solo yogurt, algunos quesos y sopas, de preferencia de marca irlandesa’. Agrega: ‘A veces él no me da dinero para comprar comida o echa la basura lo que he comprado, entonces voy en los basureros y cómo desechos, como un animal’. Se avergüenza mucho de esto y a menudo espera a la noche por hacerlo.

Es el hombre que, al final del día, decide cuándo regresar a casa, así que a menudo le pasa de estar hasta noche vagando por la ciudad. Cuenta que hace algunos meses, antes de llegar al Consultorio, mientras estaba en Villa Borghese esperando encontrarlo, ha sido amenazada con un cuchillo y violentada por un joven extranjero.

Elen arriesga constantemente su vida y no acepta las varias propuestas de inserción en los Centros especializados que las operadoras del Centro La Ginestra le hacen. A veces me hablará en la sesión diciendo que siente en culpa, siente vergüenza con las operadoras porque hacen mucho mientras que ella no lo logra. Subrayo que está en ella decidir.

Después de algunos meses, en equipo, decidimos no proponerle más la colocación en un centro y esperar que haga una demanda más clara, cosa que no pasará, aunque sí continuará yendo a nuestras citas regularmente.

No obstante Elen haya empezado un camino, después de ocho meses decide interrumpir. Por algunos meses ha llamado con periodicidad al Consultorio diciendo que quiere regresar, le he contestado que en el momento que se decida, hubiera podido fijar una cita.

Después de, alrededor, un año, llama para pedir retomar los coloquios. Le contesto que tengo que hablarlo en equipo, dado que el periodo a disposición del proyecto ha transcurrido. Le fijo, luego, una nueva cita.

La cara de Elen ya no presenta heridas o costras, sino solo cicatrices. Le propongo utilizar otro ciclo y los coloquios recomienzan.

En la primera sesión, dice que la idea de poder regresar al consultorio había sido, en los meses anteriores, una especie de áncora para salvarse en los momentos de desesperación, en aquellos donde el empuje de 'acabar con todo' era fuerte. Habla de la madre que está muy mal y que ha sido internada en un hospital por problemas pulmonares, tiene un estado grave de deterioro orgánico. En el tiempo siguiente, habría un fuerte agravio de las condiciones de salud de la madre, pero mientras Elen estaba preparando los documentos para partir, la madre muere.

Hay una breve interrupción de los encuentros, durante el período de su estancia en Irlanda por los funerales, interrupción que Elen rellena con una telefonada en la cual dice estar desesperada por no haber logrado ver a la madre aún viva y no haberla podido saludar.

A su regreso, trae algunas fotos de la madre, cuenta que era una mujer muy dulce, sumisa, que había transcurrido toda la vida ocupándose de la casa y de los hijos, al lado de un esposo déspota que la maltrataba. 'A veces pienso que tenemos un destino común'.

Le contesto: 'Usted no es su madre'.

Desde su regreso, Elen ha retomado el hablar de los abusos del padre. Durante su estancia en Irlanda ha visto de nuevo al hombre junto a los hermanos y las hermanas. Le afectó mucho un episodio: están todos en la cocina de la casa paterna y el hermano mayor le pide 'hacer la paz con el padre'. Elen cuenta que todo el tiempo estaba cabizbaja, luego el hermano le tomó la mano y la ha acercado a la del padre. Dice haber sentido un asco terrible, un malestar profundo y no soporta que toda la familia haga la vista gorda y que nadie le crea. Me pide, si por lo menos, yo creo en lo que dice.

Le contesto que lo que dice en las sesiones es muy importante y que puede utilizar este espacio para reconstruir su verdad.

Desde algunas semanas ha pedido los encuentros con las operadoras del Centro para verificar la posibilidad de ser hospedada.

En la última sesión, Elen me anuncia que ha pensado volver a pintar y pide si puede dejar sus trabajos en la sede del Consultorio, quiere volver a trabajar, pero teme que

su compañero pueda destruir sus obras, como ha pasado otras veces. Le digo que lo hablaré con el equipo del Consultorio. Al despedirse, me dice que a veces, cuando no tiene sesiones, viene en la Casa Internacional de las Mujeres, aunque solo por sentarse en el jardín y escribir el diario.

Algunas anotaciones

Podríamos definir el caso de Elen como uno de esos casos no resueltos. En otros Centros, en donde el psicoanálisis no solo no está previsto, sino a veces está obstaculizado, la mujer hubiera sido alejada porque 'no ha demostrado una real voluntad de separarse del hombre violento'.

A las mujeres en dificultad, que a menudo denuncian maltratos y violencia de varias naturalezas a cargo de los maridos, convivientes, padres, hermanos, jefes de trabajo u otros (en cinco años, más de mil doscientas han sido las mujeres que han pedido ayuda en nuestro Centro, y de estas, el 80% denuncia violencia), lo que las instituciones proponen es un proceso que prevé una asistencia, y en algunos casos también una colocación en lugares protegidos, estancias de tres a los cinco meses, durante las cuales las mujeres deben emprender un camino de salida de dificultades, y eventualmente de las violencias, con relativa reinserción laboral, habitacional, y entonces social. Esto es lo que las instituciones, solicitadas por las peticiones de las mujeres, que desde años luchan en contra de la violencia y la discriminación de género⁸⁷, proponen a las que piden su ayuda: un proceso de reinserción, allá en donde se ha verificado una desinserción.

La mujer entonces viene tomada en cargo, y se asume que lo que le ha pasado ha sido causado en parte por 'eventos contingentes', aunque la razón principal de sus dificultades está en el modelo social patriarcal y sexista, cosa, sin embargo, no privada de verdad. Todo eso abre todavía el riesgo de producir un efecto de desresponsabilización causado, en realidad, por una intervención bastante autoritaria. No obstante, los mejores propósitos de 'restituir a las mujeres su dignidad y poner en valor sus potencialidades', se corre el riesgo de proponerles la adecuación de un modelo de mujer emancipada pret-a-porter, funcional al discurso social. Lo que es difícil tomar en cuenta es sus singularidades y unicidad; lo imposible de tomar en cargo es que una mujer, como Elen lo demuestra, que no obstante diga querer separarse del hombre que la somete a ese extremo y no obstante pida ayuda, al final no pueda separarse del hombre mismo.

⁸⁷ Véase el texto de C. Centioni y M.R. Conrado en este volumen.

Lo que a todos los efectos es presentado como caso social evidencia una portada clínica ineludible.

Se podría decir que el caso de Elen es un caso extremo, pero en estos cinco años muchos han sido los casos que hemos enfrentado. Y la intervención clínica, que es necesario precisarlo, no ha excluido otras intervenciones como la acogida en el Centro, la orientación y la inserción laboral, más que la asistencia legal, ha representado un aporte indispensable.

Este caso demuestra de manera emblemática cómo nuestra clínica en instituciones, en la práctica de dar un lugar a cada uno, caso por caso, sí, por un lado, permite al sujeto confrontarse con lo real de su propio goce⁸⁸, por el otro, confronta a menudo las instituciones, las operadoras y los operadores que allí trabajan a un ‘imposible insertar’ que suscita un estado de fuerte angustia el cual tiene que encontrar un espacio de elaboración.

Nos pone también en guardia, como muchos otros casos, del empuje a la inserción que no toma en cuenta de la posición subjetiva y que podría agravar el malestar del sujeto, así como del empuje al habla, ahí donde los ‘poderes de la palabra’ en algunos casos pueden revelarse devastadores. Hemos constatado, en estos años, la dificultad y la resistencia por parte de algunas mujeres a reconstruir su historia y cómo el hecho de no tomarlo en cuenta conduce al riesgo de un empeoramiento.

Espacio abierto a las niñas y a los niños

El proyecto ha dado particular importancia a un trabajo con niñas y niños individuando en ellos el anillo más débil en las situaciones de dificultad de mujeres-madres.

Desde el principio han sido previstos momentos lúdicos-recreativos y de palabra, así como un trabajo de apoyo en la relación madre-hija/o, dado que una mujer en dificultad es a menudo una madre en dificultad. En la absoluta imposibilidad de generalizaciones, se trata a menudo de mujeres solas, que en su historia familiar no han tenido relaciones sólidas o han vivido contextos promiscuos, o incluso, son mujeres que han sufrido abusos y violencias en edad infantil. Mujeres que poseen escasa conciencia de sí mismas y de su papel parental, incapaces, aunque solo momentáneamente, de reconocer sus propias potencialidades.

La exposición a la violencia produce, a veces, a ‘acostumbramiento’ y tiende a recrear una espiral de violencia difícil de interrumpir, en donde el más débil tiende a ser obje-

to de violencia, es justo en este caso que los niños y las niñas pueden volverse fáciles blancos. Además, los hijos, y en particular los varones, canalizan a veces los resentimientos maternos respecto del partner y frases como ‘eres todo tu padre’, ‘no te soporto porque me recuerdas a tu padre’, ‘te volverás malo como tu padre’, pueden producir fuertes estados de angustia en los hijos.

En el Centro La Ginestra han sido introducidos operadores en el trabajo con los niños y las niñas porque, aunque si obviamente a nivel del imaginario del cuerpo, se ha considerado ofrecer ambos modelos masculinos de referencia regulados, allí donde para muchos de ellos los modelos paternos han sido desregulados.

Desde el comienzo ha aparecido evidente que el papel del Centro, a través las operadoras y los operadores, es activar una triangulación entre la madre y la hija o el hijo, sin sustituirse a las figuras parentales, ni tampoco interpretar el papel de padres ideales.

Para los niños y las niñas se ha creado un espacio de juegos y de palabra por medio de los talleres semanales. Con el transcurrir de los meses, en efecto, ha emergido siempre más la exigencia de un espacio organizado idóneo dirigido a recibirlos en su rasgo de sujetos separados de las madres y portadores de vivencias propias.

A menudo, las mujeres que llegan al Centro se han visto obligadas a huir de sus casas porque están sometidas a amenazas por parte del cónyuge o del conviviente, a violencias físicas, o a una verdadera segregación. En estos casos, las niñas y los niños, que no pueden ser avisados antes, se encuentran de repente arrebatados de su casa, de la escuela y del ambiente de referencia.

En los primeros días del Centro, cuando la mujer está ocupada en los coloquios de reconstrucción de los hechos y de definición del proyecto personalizado, las niñas y los niños viven sus momentos de soledad. Pronto emergen interrogativos respecto al padre y su futuro.

A veces se sospecha que las niñas y los niños acogidos por nosotros han sido objetos de violencias y de abuso sexual, en muchos de estos casos la justicia sigue su curso, en algunos se logra comprobar los hechos, en otros no.

Sufrir violencia o ser espectadores de actos de violencia puede ser clasificado como un evento traumático, evento que a menudo la represión vela incluso por mucho tiempo, cuyas marcas, sin embargo, son indelebles en el cuerpo y en la psique. El trauma representa a menudo un parteaguas simbólico, un evento que marca un antes y un después. El surgir de la angustia es un dado común a todos y en el Centro se ofrece la posibilidad a cada uno de ponerla al trabajo.

En ningún caso nuestra tarea es la de transformarnos en jueces o en aquellos que

88 Véanse los textos de M. Termini y C. Menghi en este volumen.

recolectan evidencias, el trabajo se concentra siempre en las niñas y los niños, con la consciencia que 'los hechos' no tienen el mismo impacto, el mismo significado para cada sujeto en su diversidad: no hay un 'para todos'.

Manejar el trauma quiere decir, por una parte dar, a las niñas y los niños un lugar de enunciación en cuanto son sujetos separados de sus propias madres, por la otra, permitirles reconstruir una nueva relación con el adulto, una relación de confianza, allí donde esta fue dañada. En el trauma, como afirma Eric Laurent: "[...] es necesario re-inventar el Otro [...] no se puede llegar a definir el Otro, sin advenir como sujeto⁸⁹".

La práctica psicoanalítica pone en evidencia la necesidad, en el momento en que los eventos traumáticos retornan a la consciencia, de elaborarlos ofreciendo la posibilidad de interrumpir el proceso de repetición que fija el sujeto con la necesidad de ocupar en su propia existencia, de manera reiterada, la posición de víctima o de verdugo, fijándolo a su propia modalidad de goce.

En muchos casos, las operadoras y los operadores se encuentran a ser partners dóciles en la elaboración de actos violentos o abusos que las niñas y los niños han sufrido, o de los cuales han sido espectadores, elaboración que se hace por medio de la verbalización, incluso allí donde a menudo las niñas y los niños utilizan dibujos que de todos modos decodifican por medio de su misma palabra, vehículo de simbolización de la realidad traumática. No se trata de interpretar, sino es necesario ser una 'presencia fuerte' en la cual el material traumático pueda depositarse.

Todo eso implica obviamente un trabajo en red con las Instituciones que en Italia se ocupan de menores: Servicios sociales, Tribunal de menores, Instituciones encargadas de la 'evaluación del daño' sufrido o de la 'evaluación de la capacidad parental' de los adultos a seguir.

Miguel (cuatro años)

Se abre la puerta del estudio del Centro y aparece un niñito de poco más de cuatro años con dos ojones verdes y vivaces que iluminan una cara color chocolate: '¿Por qué solo mamá puede hacer los coloquios? ¡También yo quiero un coloquio!', exclama con voz aguda, y serio, agrega: 'Y, además, quiero firmar también'. Así dicho, Miguel alude al hecho que las mujeres a la entrada en el Centro hacen algunos coloquios con las operadoras con el fin de definir el proyecto personalizado y firman por revisión y aceptación del reglamento vigente en el Centro. La operadora, sin palabra, le ofrece una hoja sobrante, la cual el niño hace una serie de signos incomprensibles y, triunfante,

se marcha.

Obviamente Miguel ha dado respuesta a una serie de interrogativos que el equipo se ponía desde hace tiempo sobre el trabajo con las niñas y los niños, ofreciendo su solución que hemos de inmediato recoger.

A la luz de la intervención del pequeño Miguel, hemos activado con el tiempo algunos momentos de elaboración:

- Coloquios individuales de primera acogida: momentos iniciales de encuentro para dar la palabra a las niñas y los niños huéspedes sobre las condiciones de cambio que, cada uno de manera diferente, ha sufrido para poder depositar sus propias experiencias. En estos coloquios iniciales, las niñas y los niños también conocen el reglamento que rige al interior del Centro, es decir de un conjunto de reglas de convivencia.
- Talleres: momentos formalizados en los cuales las niñas y los niños son involucrados en actividades escogidas con base en lo que les interesa: no es importante la actividad en sí, sino que el objeto de la actividad sea importante para cada uno. El trabajo en los talleres consiste en utilizar las oportunidades que la vida cotidiana ofrece para dirigir a las niñas y los niños interrogativos y acoger los de ellos, subrayando que sus respuestas nos interesan y que solo ellos las poseen. Con las demandas se busca evidenciar que, entre los niños y los operadores, el que 'no sabe' es el operador, o mejor, como nos enseñaba Virginio Baio a partir de su plurianual práctica en institución, el operador y la operadora son los que 'saben de no saber'. El saber que poco a poco el niño y la niña producen es un saber que da consistencia a su subjetividad.
- Ventanilla de escucha S.O.S mamás: porque recibir a los niños y las niñas no puede prescindir del ofrecer a las madres un espacio en donde puedan traer su saber sobre sus hijos y ser escuchadas en cuanto sujetos y no en cuanto Otro del niño o de la niña. Obviamente, adonde sea posible, se abre un espacio también para los padres.

En el trabajo interno del Centro con las niñas y los niños buscamos de instituir una atmosfera terapéutica, una modalidad de hacer de los operadores y las operadoras que dé espacio a la posición subjetiva, no solo en los 'momentos de urgencia' o de 'manifiesto malestar', sino en cada momento de la vida del Centro.

Este modo de proceder, que se origina de una metodología inventada hace más de treinta años en Bélgica por Antonio Di Ciaccia, psicoanalista discípulo de Jacques Lacan,

89 E. Laurent, *Fils du trauma*, en *Preliminaire*, n. 8, Publication du Champ freudien en Belgique, 1996.

en una institución para menores afectados por autismo y psicosis, la Antena 110, y luego experimentada en muchas ciudades italianas y europeas en Centros socio-educativos dirigidos a niñas, niños y adolescentes⁹⁰, se ha mostrado particularmente eficaz en el trabajo del Centro.

Diego (ocho años)

Diego llega al Centro La Ginestra con la madre y la hermana mayor. Es el único de los tres que no sabe por qué escaparon de la casa. La madre, particularmente deprimida en aquel periodo, no ha podido explicarle nada y pide a los operadores del Centro ocuparse de él porque no logra detener sus insistentes preguntas y sus violentos brotes de ira.

La madre y la hermana denuncian las violencias sufridas en casa, Diego sostiene, en cambio, tener buenas relaciones con el padre y no entiende por qué se han ido de la casa, sólo sucesivamente confirmará que el padre era malo con la madre y la hermana. Quiere regresar a casa, en su escuela, con sus amigos, le falta su cuarto y la playstation.

Diego crea de inmediato muchos problemas a todos: a los otros niños y niñas huéspedes, con los cuales no quiere estar y de los cuales se siente siempre atacado, a las operadoras de las cuales pone en cuestión el papel y cuestiona abiertamente.

Participa en las actividades de los niños y niñas con entusiasmo, pero no acepta los tiempos y las modalidades que estructuran el trabajo. Las peleas con los otros niños son frecuentes, generalmente deja de participar en la actividad gritando con rabia sus razones y su descontento. Lloro y se marcha desesperado.

Las cosas mejoran un poco después de la inserción en una nueva escuela. Las enseñantes dicen que es un estudiante educado y tranquilo y están muy satisfechas. Paralelamente comienza a participar en los talleres aceptando la interacción con los otros niños, logrando siempre más a menudo divertirse.

Descubre que existe un reglamento que las mujeres huéspedes aceptan al momento de su entrada en el Centro, propone entonces que haya un reglamento también para los niños y las niñas.

La propuesta es aceptada y Diego se empeña en la redacción de las reglas que escribe junto con sus otros compañeros del Centro. El reglamento será colgado en la 'Casa de

las niñas y de los niños' (un espacio separado de la casa y dedicado exclusivamente a los pequeños). Después, cada trasgresión será escrita en un cartel junto al nombre del trasgresor: regla trasgredida y fecha.

Mientras tanto, están previstos momentos de palabras dirigidos a niñas y niños y Diego quiere de ser escuchado. A pesar que existan reglas, su petición es siempre repentina y urgente: 'ahora, de inmediato'. A sus peticiones los operadores buscan introducir una reglamentación. Después del coloquio, Diego muestra una cierta satisfacción, su comportamiento es mucho más calmo y cariñoso.

El Tribunal de menores y la evaluación

La llegada al Centro permite a la madre de Diego iniciar la causa de separación del marido. En la fase preliminar de la causa, el juez pide hablar, además, con el Asistente social de referencia, también con los operadores del Centro que se ocupan del niño. La causa de separación no es simple, el juez establece una custodia temporal de los hijos y de la casa a la madre, pero pide una evaluación de qué tan idóneos son los padres. Tal evaluación es confiada a una institución que se ocupa también de 'encuentros protegidos', y de eventuales terapias de rehabilitación (utilizando las Técnicas Cognitivo Conductuales). Los datos que siguen están tomados de la relación formada por la institución encargada.

Después de los primeros coloquios, Diego no tiene ganas de ir a los otros encuentros previstos y expresa antipatía por la psicóloga que se ocupa de él. Durante un coloquio encargado de evaluar la capacidad parental de la madre, la psicóloga les propone jugar y se sale del cuarto por algunos minutos (el cuarto tiene tele cámaras, micrófonos y espejo unidireccional). Diego parece nervioso y quiere marcharse. La madre intenta hacerlo jugar y él se enfurece, grita hacia al espejo: '¡Ya sé que estás allí atrás, sal de inmediato!'. El regreso de la psicóloga no lo calma y el encuentro termina precipitadamente.

Se hicieron también algunos 'encuentros protegidos' entre el padre y los hijos (sea singularmente que juntos), tales encuentros no fueron evaluados como demasiado disfuncionales y por consecuencia el juez ha establecido que el padre podrá encontrar los menores dos tardes por semana.

La salida del Centro

Después de seis meses de permanencia en el Centro y las decisiones del Tribunal,

90 AA.VV., *Autismo e psicosi infantile*, en *Quaderni veneziani*, Borla, Roma, 2006.

Diego, la madre y la hermana regresan a casa, mientras que el padre ejerce su derecho-deber de visita, aunque no de manera regular.

Los operadores del Centro proponen a Diego y a la hermana (así como a todos las niñas y los niños huéspedes) de continuar participando en los talleres de los miércoles como 'externos', Diego acepta con entusiasmo y durante los encuentros se muestra alegre y participativo, ya no se pelea con los niños y a menudo pregunta por sus viejos compañeros.

Mientras que los encuentros con Diego prosiguen en el Centro, el núcleo familiar inicia algunos encuentros con la Consulenza Tecnica di Ufficio (CTU) nominada por el Tribunal para evaluar la capacidad parental de ambos padres a consecuencia de la petición del padre de Diego. Al terminar la evaluación, se 'aconseja' confiar temporalmente los hijos en los Servicios Sociales porque el conflicto entre los dos es demasiado grande y esta medida 'los ayudaría a trabajar más en la resolución de estos conflictos'.

La temática relativa a los derechos de los menores, en relación a situaciones de conflicto entre los padres, o de peligro en los casos de violencia y/o abuso, abre siempre más a menudo, también en nuestro país, la práctica de la evaluación por parte de operadores socio-sanitarios, de los cuales los jueces esperan respuestas certeras para soluciones idóneas. Nos parece importante, a tal propósito, subrayar, a partir de la experiencia madurada en estos años, la dificultad del manejo de estos instrumentos evaluativos que hasta la fecha no responden a una reglamentación unívoca y que, sin embargo, ven a menudo los operadores dejados a sí mismos y privados de una adecuada formación que tome en cuenta la singularidad del sujeto. En particular, a rendir la tarea evaluativa siempre más difícil son las continuas modificaciones del concepto de familia, causadas también por la cada vez mayor presencia de núcleos familiares extranjeros, portadores de culturas diferentes. A tal propósito nos parece útil proponer a la atención de los lectores y de las lectoras la novela *Vento scomposto* de Simonetta Agnello Hornby, un texto que pone a la luz tal problemática, aunque en tono novelesco, pero justo por eso de manera incisiva⁹¹, reenviando a una ulterior profundización en el párrafo sobre la evaluación.

La evaluación⁹²

91 S. Agnello Hornby, *Vento scomposto*, Feltrinelli, Milano, 2009.

92 El tema ameritaría un espacio mucho más profundizado, pero en este contexto nos parece oportuno mencionar tal problemática que siempre más invade el terreno de las relaciones familiares en la perspectiva de la salvaguardia de los menores. Agradecemos a Bianca Maria Lenzi por la ayuda que nos ha otorgado a partir de su experiencia plurianual en el sector de las CTU.

En la época de las familias hipermodernas, en donde las formas de familia se multiplican en monoparentales, recompuestas, alargadas, de acogida, y las Técnicas de reproducción asistida crean nuevos y más complejos lazos familiares, frente a la pérdida de pérdida de certidumbre por parte de las Instituciones sobre la función materna y paterna, se afirma la necesidad de construir y abrir 'nuevos puntos firmes'.

Hoy, en los servicios dirigidos a las personas, se ha consolidado con el tiempo la práctica de la evaluación, cuya filosofía y conceptos de base brotan, principalmente, del mundo de las empresas.

Esta práctica se ha difundido al mismo tiempo que la escasez de los recursos económicos y el aumento de la demanda de las prestaciones, en este caso sociosanitarias, en donde conceptos como la eficiencia y el logro de los objetivos asumen una importancia fundamental.

La evaluación de la idoneidad parental concierne a los padres y los hijos, y su relación⁹³. Se realiza con los fines de las aplicaciones operativas que permiten se den las intervenciones psico-sociales más adecuadas en el ámbito de la prevención y de la rehabilitación, ya sea las decisiones que los tribunales (civil y de menores) deben adoptar para salvaguardar el respeto de los derechos de los menores involucrados en los procedimientos judiciales.

Lo que se evalúa es el estado psico-físico, educativo y familiar del menor, en estrecha relación con la calidad de la capacidad parental y los recursos disponibles. La evaluación, aunque entendida como una actividad diagnóstica efectuada con criterios científicos, parece orientada, sin embargo, por la medida de la consecución de los objetivos considerados indispensables para determinar qué significa ser un padre idóneo. Establecer objetivos implica la selección de metas definidas desde el exterior, por quien efectúa la evaluación, que se supone, entre otras cosas, se lo que conviene al sujeto niño o niña, sujetos universalmente definidos y, por lo tanto, estandarizados.

La evaluación de la idoneidad parental considera los 'factores de riesgo' que pueden tener repercusiones en los resultados evolutivos, como el maltrato en todas sus modalidades, la violencia a la cual el menor ha visto, vivido, la presencia de psicopatología en las figuras parentales, desviación, formas de dependencia. Viene evaluada la capacidad de los padres de interactuar con hijos e hijas de manera protectora, respetando sus exigencias, sea con base en los recursos personales, sea con las relaciones dis-

93 AA.VV., *Criteri psicologico-giuridici di valutazione delle capacità genitoriali: proposta di uno strumento clinico*, en *Psichiatria dell'infanzia e dell'adolescenza*, vol. 75, n. 1, Borla, Roma 2001, pp. 61-77.

ponibles⁹⁴. Tal capacidad puede asumir diferentes grados de eficiencia, se distinguen entonces situaciones en las cuales, gracias a una intervención, es posible la recuperación de la capacidad parental, de otros casos, en donde, en cambio, se evidencia la imposibilidad de tal recuperación.

Esta evaluación, fundada en el método científico, parece más adecuada para ser aplicada en situaciones que de hecho pueden ser definidas como 'incontrovertibles' y a las cuales mal se adaptan las humanas.

Se determinan a priori los comportamientos adecuados, correctos, deseables considerando todo lo que ésula de esta categoría como inaceptable y dañino. Parece no haber el espacio para tomar en cuenta la existencia de elementos que escapen de la medición y, sobre todo, a una clasificación. Se aplica en método científico utilizando instrumentos como cuestionarios, coloquios, observaciones en ámbitos artificiales, que denotan una visión del lenguaje considerado como un espejo que reproduce de manera precisa la realidad, con un significado unívoco y definible en cada contexto o circunstancia.

Se busca desesperadamente, y quizás en vano, la objetividad, como si todo lo que es subjetivo fuese considerado un elemento de disturbio por desechar. Se elabora un saber científico construido sobre datos 'objetivos', irreversibles y comparados con lo que es deseable y tiene que ser alcanzado por el individuo, sin tomar en cuenta la experiencia personal vivida.

La lógica abierta del discurso, con todos sus matices, parece estar excluida en cuanto no objetiva, lo que parece escapar de la evaluación es la singularidad del sujeto que habla, con sus potencialidades. Además, nos parece que lo que no es tomado suficientemente en cuenta es la dificultad, por parte de las figuras profesionales que realizan la actividad de evaluación (psicólogos, psicoterapeutas, asistentes sociales) de alcanzar resultados certeros e incontrovertibles, a partir de los cuales se derivan decisiones importantes para la vida de los hijos, hijas y de los padres evaluados.

En último análisis, lo que se intenta negar, o tener bajo control por medio de instrumentos científicos y presuntos universales, es la angustia que tal actividad produce, sea en quien evalúa, sea en quien está sometido a la evaluación.

El trabajo que en el Centro La Ginestra somos llamados a hacer es el de acoger los dichos de las madres, de darles un lugar, de sostenerlas en su papel y, por qué no, también en aquellos casos en los cuales los Servicios han producido un dictamen ne-

gativo sobre su capacidad parental.

Algunas consideraciones no conclusivas

El trabajo que en estos años hemos sido llamados a realizar en la gestión del Centro La Ginestra nos ha empeñado en varios frentes de elaboración, sea teórica que clínica.

Por una parte, la experimentación del enfoque psicoanalítico nos parece ha demostrado la posibilidad de abrir nuevas perspectivas en el trabajo social, ya sea en el análisis de los fenómenos de dificultad y de marginación, sea en la toma en cargo que tome en cuenta la singularidad de cada uno y que abre a una más eficaz movilización de los recursos de cada uno.

Por decirlo en otros términos, se trata de ir en contracorriente respecto a un enfoque que intenta clasificar y encerrar a las mujeres en dificultad en una única categoría con la ilusión de una intervención más eficiente y eficaz; en realidad lo que tal enfoque produce es la cancelación de la unicidad del sujeto produciendo una uniformidad en la soluciones que mal se adaptan a las singularidades. Lo podemos observar, por ejemplo, cuando se empuja una mujer a emprender un camino que no deriva del examen de sus capacidades y no toma en cuenta sus deseos, sino es dictado por un análisis que en apariencia se ve más 'realístico'.

En todos estos casos, la cosa más probable es ver naufragar el proyecto personalizado con el relativo aumento del sentimiento de desconfianza que las mujeres con frecuencia traen como su vivencia.

Además, lo que pasa con frecuencia en el trabajo de equipo es un replegarse en prácticas repetitivas, en procedimientos perezosos y convencionales que en apariencia ponen al amparo de la angustia. La introducción de elementos de la teoría analítica y discusiones semanales sobre los proyectos individuales de las mujeres y de las niñas y niños, discusiones que inician por los impases que se encuentran en el cotidiano, si por un lado dejan a cada operadora su propia responsabilidad subjetiva en el trabajo que realiza, permiten por el otro una elaboración colectiva con el efecto de atenuar el dominio que es prerrogativa de cualquier institución.

Todo esto ha representado y representa una gran inversión (científica, profesional, emocional, etc.) para aquellas que han escogido de trabajar en el Centro La Ginestra, inversión que está en la base del entusiasmo que caracteriza tal empeño.

94 AA.VV, *Aspetti multidimensionali nella valutazione delle funzioni genitoriali*, en *Rivista di studi familiari* n. 2, Año XIII, pp. 18-31, Franco Angeli, Milano 2008.

Céline Menghi⁹⁵:

¿La palabra es aún digna de sorprender a quien habla?⁹⁶

La experiencia del *Ce.Cli*, como se puede ver en los casos expuestos en este libro, ha puesto en evidencia la importancia y el valor que una práctica que hace referencia a la teoría y a la clínica psicoanalítica que confiere a la palabra del ser humano –de cualquier raza, país, sexo biológico que sea, cualquier elección sexual y confesional, su estructura y su relación al goce, cualquier el síntoma del cual se queja. Los casos vistos en el *Ce.Cli* son también la prueba de algo esencial, que concierne la junción más íntima del ser hablante y que es vivido por el sujeto como problemático e inalcanzable, se desliza en el movimiento de la cadena significante. Es, en efecto, a partir de la referencia con la estructura del lenguaje y a la operación médium de la palabra, ya que vehicula el significante en la cadena inconsciente, que el sujeto se capta en la particularidad de la relación que entretiene con lo del cual se queja, por medio de la sorpresa que sus mismas palabras le suscitan.

Reconociendo en Freud un lingüista ante litteram, Jacques Lacan se dio cuenta que el inconsciente goza de las mismas propiedades del lenguaje: “el inconsciente es la condición de la lingüística” y “el lenguaje es la condición del inconsciente”⁹⁷ decía. Hablamos, y de repente llegan los lapsus, los olvidos, los chistes, sin que nos demos cuentas. Es el inconsciente que habla por medio de desplazamientos y sustituciones –metáfora y metonimia– por medio de los sueños y los huecos del discurso, los puntos oscuros y las zonas de silencio, allí donde, como Freud mismo decía, se presenta un punto ciego, el famoso ombligo del sueño.

Freud se ha dejado sorprender por las palabras de sus pacientes, que enganchando otras, descubre cosas nunca antes pensadas, estableciendo conexiones inéditas y reportando a la memoria hechos, nombres y lugares reprimidos, revelaban su relación con el cuerpo y con los síntomas. Escuchadas, libres de emerger según nuevas conexiones y tomadas en el transfert al analista –Freud para la ocasión–, abrían grietas y producían mutaciones en la vida de quien emprendía el camino, en aquel entonces breve, de un psicoanálisis, práctica que, dada la novedad, aún no era sujeta a inflación como lo fue más tarde.

Quien se acercaba a la experiencia de un tratamiento psicoanalítico no poseía los con-

95 Psicoterapeuta, psicoanalista, AE (*analiste de l'Ecole*), Miembro de la SLP y der la AMP, docente del Instituto freudiano, trabaja en el Consultorio de Psicoanálisis Aplicada *Il Cortile*, Miembro del equipo del *Ce.Cli*.

96 Traducido desde: *Quando la Psicoanalisi scende dal lettino*, Borla, Roma, 2010, pg. 119-144.

97 J. Lacan, *Radiofonía. Televisione*, Einaudi, Torino 1982, p. 7.

ceptos y los términos que hoy se han vuelto lugares comunes o distorsionados con el riesgo de enormes equivocaciones. “El estudioso omnisciente ha leído el psicoanálisis en los libros, pero como un paralítico que lee un manual de ski”⁹⁸, escribía Ottiero Ottieri en los años setenta, ironizando sobre el vocabulario psi que se infiltraba cada vez más en el discurso común. Alrededor de la mitad de los años cincuenta, en su obra maestra *Donnarumma all'assalto*, Ottieri ironizaba sobre la psicotécnica, la moderna ciencia de los test que ya constituía el instrumento privilegiado utilizado por el psicotécnico para la selección del personal meridional de la fábrica de Pozzuoli, utopía racional e iluminista inaugurada por Adriano Olivetti, y que utilizaba algunos conceptos preparados desde la ciencia de Freud.

El psicoanálisis, inaugurada en la modernidad en el cruce marcado por el advenimiento de la ciencia, entrada luego en el discurso común que explotaba el corazón de su descubierta, se ha vuelto un instrumento en las manos de los mass media, un menoscabo del aura misteriosa y sofisticada de la cual ha gozado por largo tiempo. Hoy nos damos cuenta que los mismos psicoanalistas, nosotros psicoanalistas, somos en parte responsables de una cierta deriva: por un lado, por no haber defendido el rigor ético del cual estaba basado el descubrimiento freudiano, por el otro, por haberse mantenido en una especie de extraterritorialidad respecto a lo social y a sus mutaciones.

El mérito de Lacan, al precio de una lógica estrecha y rigurosa, ha sido el de reconducir el psicoanálisis a su dignidad y al rigor de los orígenes y de producir avances clínicos y teóricos en el campo de los disturbios, así dichos graves, como las psicosis, y en aquello del complejo y enigmático universo femenino, cruzando y yendo más allá del feminismo. Se nota también su particular atención para la cultura, al arte, a la ciencia y, naturalmente, la salud mental en su vertiente pública. Hoy, numerosas instituciones con orientación lacaniana operan en lo social en Italia y en el extranjero, y, al mismo tiempo, no pocos intelectuales de diferentes disciplinas, así como artistas, encuentran en la enseñanza de Lacan una preciosa llave de lectura. En una época en la cual el frenesí de mutaciones rápidas y la producción de soluciones pret-à-porter al malestar de la civilización obstaculizan la posibilidad del sujeto de buscar y encontrar soluciones singulares según su propio deseo, siempre en el respeto de la Ley, el regreso al rigor originario, con el lugar privilegiado conferido al inconsciente, hace posible hacer frente a las nuevas formas de malestar y los nuevos síntomas que le responden desde una perspectiva que pone el sujeto del inconsciente en primera plana en el respeto de la singularidad de cada uno.

El psicoanálisis, para decirlo nuevamente con Ottieri, tiene sentido si, en lugar de ser “el viejo rifle guardado en la azotea por alguna última legítima defensa de las defen-

98 O. Ottieri, *L'irrealtà quotidiana*, Guanda, Milano 2004, p. 129.

sas⁹⁹, responde a la llamada del inconsciente de cualquiera que lo desee, de época en época, de cultura en cultura. El inconsciente no está muerto, pero ha cambiado, el inconsciente va al paso con los tiempos. No solo toca la puerta y, a veces, sin ser escuchado porque no puede pagar la moneda sonante de tarifas desmesuradas, pero el mismo psicoanalista, que desde generaciones está “cerrado en su Iglesia”¹⁰⁰ –nosotros analistas, desde ya cuatro generaciones, nos sentamos en nuestro cómodo y consumido sillón, circundados por libros, anclados a la cadencia inmutable de los canónicos cincuenta minutos, o elásticamente colgados al criticado tiempo lógico de la sesión breve, el mismo psicoanalista tiende a fosilizarse en una especie de “emigración interior”.¹⁰¹ De esta manera cultiva muy poco la agilidad y la movilidad que le consentirían de abrirse a la sociedad en la cual vive y de acoger demandas que no son las mismas de los tiempos de Freud, tendiendo las orejas al murmullo del inconsciente, también cuando ello baja del diván, como recita el título del libro.

Es imposible desconocer, entonces, la relación del inconsciente con el orden simbólico, allí donde descansa el fundamento de la descubierta freudiana, es decir en la relación de los seres humanos con la palabra. Parece obvio, desde el momento que es común asociar el psicoanálisis al hecho que se va a hablar con alguien, pero no lo es. Lo hemos captado en la sorpresa de quien en el *Ce.Cli* se ha sentido escuchado según un estilo inédito y donde su misma palabra, más allá de las emociones y los afectos de los cuales estaba todavía tomado, ha resonado como nueva a sus orejas, revelando no solo los engaños en los cuales se cae cada vez que se habla, sino también la diferencia radical entre la estructura del sujeto en cuanto sujeto del inconsciente y el yo en cuanto instancia integradora y organizadora.

Las palabras no sirven solo para demostrar sino, conmoviendo y trastocando, marcan el cuerpo, como subraya Jacques-Alain Miller.¹⁰² El inconsciente no es pensable sin el cuerpo y es justo por este camino que se pueden reintegrar los afectos en el dispositivo de una cura con la palabra. Con las palabras se hace el discurso que vehicula los deseos, las esperanzas, las turbaciones, las angustias, el saber, las demandas, las reivindicaciones, las verdades y los silencios, toda la variedad de las identificaciones con las cuales el sujeto se relaciona con el otro. Los síntomas sostienen tal armadura, de época en época, en una determinada situación histórica, social y cultural, y de tal

99 *Ibidem*, p. 129.

100 *Ibidem*, p. 129 y 36.

101 Me refiero al concepto de la Arendt, apropiado para dar cuenta de una cierta retracción de los psicoanalistas que hoy elucubran en soledad sobre el destino del psicoanálisis desde una posición de exclusión, de exilio (Cfr. H. Arendt, *L'umanità in tempi bui. Riflessioni su Lessing*, en *Antologia*, Feltrinelli, Milano 2006).

102 J.-A. Miller, *Choses de finesse en psychanalyse* (lección del 3 diciembre 2008), en www.causefreudienne.org

armadura revelan las fallas y el mal funcionamiento que la relación del sujeto con el otro implica por estructura. El inconsciente del psicoanálisis no es colectivo y tampoco es la mina desde la cual sacar quién sabe cuáles maravillas, ni tampoco el pozo negro de los horrores, sino es, como enseña Lacan, el discurso del Otro. El inconsciente, en lo “que constituye el campo analítico [que] es idéntico a lo que constituye el fenómeno analítico, es decir el síntoma”¹⁰³, se articula en la relación de cada ser humano con los significantes que están en toma directa con la sustancia del goce, como muestran las singularidades de los casos clínicos expuestos en este libro, sustancia de goce que ninguna reciprocidad pacífica o reabsorbe.

Los análisis se han alargados. Los análisis son costosos.

Durante un paseo de cuatro horas en el pueblito holandés de Lyden, Freud ha psicoanalizado a Gustav Mahler –eran tiempos en que se cultivaba el placer de la correspondencia y el rito hoy casi obsoleto del paseo. Pasaban cosas interesantes e íntimas entre dos personas, las palabras no venían succionadas en el molino del barullo, sino resaltaban en su pregnancia al ritmo de los pasos. Freud, en solo pocas horas, ha podido dilucidar en Mahler la atormentada relación que tenía con su esposa Alma, en sustancia le hizo una interpretación. La práctica del psicoanálisis era en los albores y la interpretación edípica, aún nueva, funcionaba de manera fulgurante. En un segundo tiempo empieza a tener menos impacto, los análisis se estancan y se alargan frente a los escollos insuperables que muestran las pulsiones, la famosa roca de la castración. Freud intentó conceptualizar esa dificultad por medio de la repetición y de este modo inventó la segunda tópica. La toma de la segunda tópica por partes de la Ego psychology distorsiona, pero, la intención de Freud, por el cual no se trataba de fortalecer el yo, puesto en medio entre el Es y el superyó, entre las pulsiones y los ideales, sino de trabajar la repetición, es decir el goce estancado y repetitivo. El yo no es otra cosa, en efecto, que un bric-à-brac de identificaciones imaginarias que recubren el núcleo de la repetición misma. Es desde este impase crucial del psicoanálisis que se basa Lacan, inventando, a partir del sujeto cartesiano, el sujeto dividido, el sujeto del inconsciente, en oposición al yo de la Ego psychology.

Hoy se necesita más tiempo para rasgar el barniz de saber psicoanalítico de bolsillo y perfeccionado al estilo manual de sky, en el cual el sujeto se aferra a caza de sentido. Hay personas que interpretan su malestar imputándolo en la relación con la madre y con el padre, que, como se decía, hablan del Edipo y de lo reprimido, pero que fatigan sin embargo a ponerse en juego evitando de hacer aflorar un punto específico, un rasgo que, por medio de una falla en su decir atascándose en la cadena significativa,

103 J. Lacan, *Il Seminario. Libro III. Le psicosi*, Einaudi, Torino 2010, p. 193.

podría revelar su implicación subjetiva en el síntoma del cual se quejan. Podríamos decir que nos encontramos, allí en donde no está por completo negado, de frente a una cierta banalización del inconsciente y por consecuencia de la práctica analítica, banalización que impide captar la centralidad del sujeto, cubriendo su inconsistencia estructural por medio de la interpretación de sentido.

Pasa que la interpretación estereotipada, la arbitraria introducción de sentido, o el saber constituido proveniente del terapeuta mismo, obstaculizan la puesta y movimiento de la cadena significativa o la dejan escurrirse a la deriva de la infinitización anulando así la posibilidad de traducir el puro sufrimiento en interrogativo. El sujeto se encuentra entonces atascado en la ciénaga imaginaria del sentido, sin poder captar lo que no sabe de saber y no es del orden de un saber universal, como se evidencia, por ejemplo, en un pasaje en el caso de Teresa.¹⁰⁴ Paola D'Amelio, en el sexto encuentro, se limita a subrayar las palabras de Teresa: 'Quizás me lo merezco, si me ha dejado, tenía razón él', dejando abierto, extrayendo, el significativo, en lugar de cerrarlo con un significado que, sin promover un saber subjetivo nuevo, daría sentido y quizás también una pacificación ilusoria pero no permitiría al inconsciente de ponerse en movimiento.

Se necesita tiempo para que el rasgo, el detalle surja inesperado de sorpresa. Se necesita tiempo, hoy que el inconsciente, como se ha dicho, es llevado a cerrarse porque toca y no es escuchado, pero también porque su lectura se ha vuelto más complicada bajo la presión hecha al sujeto por el proliferar de los objetos de consumo y de satisfacción inmediata que le llenan la boca. Un ejemplo mayor, a la vista de todos, es la carrera por la reconstrucción y perfeccionamiento de los cuerpos, como muestra el caso de una mujer, Patrizia, que confiere a su propia existencia una pátina de esplendor y perfección, no solo a través el multiplicarse de eventos y fiestas con las cuales llena como una serie de instalaciones su vida, pero también por medio del progresivo *res-tyling* de su propio cuerpo. Surgirá en el curso de los encuentros cómo de este performance sea objeto también el hijo. El niño se vuelve él mismo una pequeña instalación de la madre pero, tenazmente, intenta defender su propia singularidad y encontrar un camino para sostenerse a partir de sus dificultades que lo hacen un niño, así llamado, afectado por TDAH. Podríamos decir: la madre instala, el niño echa abajo. El pequeño mostrará defender su propia singularidad encontrando en un su compañero de clase de otro continente, de otra lengua a él totalmente desconocida y de otra extracción social, el amigo del corazón, aquel que no lo agobia con palabras que le dicen qué hacer y cómo comportarse.

Una reconstrucción del seno hoy puede ser incluso un regalo de los padres para festejar la mayoría edad de la hija, o la manera para una mujer de negar el pasaje de una

104 Véase el texto de P. D'Amelio en este volumen.

década importante como es la entrada en el climaterio en una sociedad que celebra el mito de la eterna juventud, de la identidad fuerte y de la personalidad bien definida.

Si en los albores el inconsciente encontraba su cifra en la interpretación clásica, que dice la verdad del sujeto, hoy, en cambio, allí en donde revela más que nunca su inscripción en el cuerpo, la interpretación clásica aparece inadecuada. La experiencia clínica ha demostrado que ya no es suficiente cifrar al sujeto, porque un *quid* que concierne al cuerpo se queda ajeno al cifrado, queda fuera de la interpretación como un residuo, un resto. Podríamos decir que tenemos el sujeto de un lado y el resto del otro: un binomio. Tal binomio evoca, entre otro, un segundo binomio, lo del deseo y de la voluntad: el sujeto no quiere lo que desea, siempre de un resto, de un residuo se trata.

Es impensable poder soltar en pocos minutos el inconsciente al analista y esperar una interpretación, mientras atravesamos Plaza Venecia en Roma entre una sirena de una ambulancia, el autobús 170 que da vuelta hacia el Capitolio, los taxis que se enfilan en la vía rápida de Vía del Corso y un enjambre de motocicletas al asalto del tráfico. Sin embargo, entre tantos problemas, surge también el de la duración del análisis, incluso con una cierta presión junto a lo del costo de las sesiones, tanto más oneroso cuanto más la frecuencia de los encuentros con el analista se hace apremiante y los análisis, si profundizadas y llevadas a término, necesitan el tiempo que se necesita, caso por caso, según el metro del uno por uno.

Entonces, si se necesita más tiempo, parece paradójico que al *Ce.Cli* se proponga un ciclo de tiempo determinado. Pueda ser que lo sea, pero aún más es una apuesta. Puede ser quizás también un ejercicio, pero aún más es un desafío para provocar quien piensa que el inconsciente haya caído en una especie de coma irreversible o, cuando va bien, que no sea a la portada de todos.

Pasa a menudo, en la práctica del *Ce.Cli* y no solo allá, de encontrar personas que el tiempo no lo han tenido porque, como bien subraya Massimo Termini¹⁰⁵, han interrumpido la terapia en el momento de mayor urgencia, cuando se daban cuenta que el camino que estaban siguiendo no tenía ninguna relación con lo que les estaba pasando, pero también a causa de la imposibilidad de proseguir por el honorario del analista que correspondía a la mitad del pastel de su salario que hacía imposible el aumento del número de las sesiones.

Es un tropiezo paradójico, como decir: se necesitan más sesiones, pero ya que el paciente no puede pagar, el analista ya no lo recibe. Otra razón de interrupción, es la conclusión de la terapia establecida por el terapeuta al primer surgir de una mejora

105 Véase el texto de M. Termini en este volumen.

acompañada a veces con una remisión del síntoma, mejora que pronto revela su naturaleza precaria, allí en donde el síntoma no ha sido interrogado en cuanto metáfora del sujeto, sino ha sido sencillamente tomado en la vertiente fenomenológica.

Vale la pena, a este propósito, detenernos sobre las diferentes modalidades de intervención que encuentra Elen, como se puede ver en el caso presentado por Laura Storti¹⁰⁶, modalidades que revelan también un tipo de fin o de interrupción de la terapia. En su primera terapia, la terapeuta que Elen ha encontrado, fiel a la lógica del discurso común, la pone de frente a un aut-aut: o yo o el hombre, o deja el hombre o ya no viene conmigo. Esta modalidad se funda sobre un asunto ideológico que tiene como trasfondo el saber común y constituido sobre cosa y cómo tiene que actuar una mujer violentada: alejarse del hombre que la violenta y denunciarlo. La clínica demuestra que las cosas no siempre van de esta manera. Elen no regresará con su terapeuta. En la segunda terapia vemos, en cambio, de qué forma Storti se hizo cargo de apoyar y soportar la angustia, así como el goce imposible de la paciente que le impide hacer lo que de un clásico programa de rehabilitación para mujeres violentadas se espera, cosa que le ha permitido continuar sus sesiones y de proseguir un difícil trabajo, aunque intermitente, que producirá mutaciones en la economía del goce, según sus tiempos y hasta donde Elen misma podrá.

El deseo del analista

Ocupar un lugar imposible, el lugar de la antinomia

Es a partir de la antieconomicidad que adquiere un sentido la gratuidad con la cual operamos en un contexto con el *Ce.Cli*, o la tarifa de la sesión establecida caso por caso en lo privado. Podría surgir una demanda, que por otro lado ha sido realizada al *Ce.Cli*, cuando las personas se enteran que por un número de diez encuentros serán recibidas gratuitamente: ¿Por qué se hace? En efecto, ¿Por qué lo hacemos? ¿Cuál es el beneficio del analista? Se trata de un beneficio puramente ético, no moral, ni muchos menos humanitario. No somos voluntarios. Por un lado, se trabaja porque la operación, la de hacer entrever la movilidad del inconsciente –o, cuando es el caso, de frenarla– tenga éxito y el sujeto pueda reconectarse con la especificidad de la relación en la cual está implicada con el gozo del síntoma. Por el otro, se trabaja para aprender de los pacientes algo nuevo sobre el funcionamiento del inconsciente mismo.

También en lo privado, la apuesta no está en el dinero correlativo al tiempo que el

analista gasta como cualquier trabajador, sino el dinero correlativo a una pérdida simbólica para el sujeto, una pérdida que indica el camino por el cual puede llegar a tocar su cuestión central: la relación que entretiene con el objeto de la pulsión, el objeto perdido para siempre. Se ve, entonces, cómo, en ambos contextos, nos mueve no el ámbito de un asistencialismo o de una gratuidad de quien querría el bien del otro, sino al interior de una lógica que ve el operador del *Ce.Cli*, el analista mismo, no plenamente o perfectamente integrado en el orden social, sino más bien con un pie adentro y otro afuera¹⁰⁷, cosa que permite una cierta elasticidad privada de angustia, cuyo motor, incluso en un lugar en donde no se hacen análisis, pero donde operan todavía analistas, es el deseo del analista.

¿Qué es el deseo del analista? Es un deseo que no mira al bien del paciente o a la curación calibrada sobre un modelo de bienestar preestablecido basado en un diámetro fijo, sino que se basa en un punto de fuerza particular, absolutamente singular, que se funda sobre lo que no funciona. Por punto de fuerza, en efecto, no se entiende el reforzamiento o la integración del yo, sino una paradoja, un imposible, que tiene que ver con que el síntoma no es interpretable y que hace de la posición de quien dirige una cura, de quien dirige los encuentros, una “posición de desecho [que es] el principio mismo de un nuevo discurso”¹⁰⁸. Un psicoanalista debe haber hecho una experiencia de análisis personal en donde haya tratado su cuestión con la angustia y la pulsión de muerte hasta un punto extremo, para que estas no sean de estorbo cuando las encuentra en el paciente. “¡Ay! Si un psicoanalista no ha superado su estadio de angustia”¹⁰⁹, afirma Lacan en una entrevista concedida a la revista *Panorama* en el 1974.

Sostenemos, también cuando se opera en lugares y en condiciones diferentes y nuevas respecto de las clásicas sesiones en el estudio privado, la absoluta e imprescindible necesidad de una formación analítica que haga referencia a lo que llamamos psicoanálisis puro. Esta es la brújula que nos orienta y que nos permite ocupar la posición de quien sabe que no siempre se debe y se puede operar como analistas, pero siempre, en cambio, hay que dar un lugar al sujeto del inconsciente.

Si quisiéramos hablar de curación, esta se producirá en la modalidad de un saber hacer con lo que no funciona y hace objeción al discurso común, al universal y que toma el nombre de diferencia absoluta, absoluta respecto a la singularidad del goce.

Nadie como el artista es capaz de evidenciar con adelanto lo que no funciona y que hace síntoma en su época, convirtiéndolo en algo, por ejemplo, una obra y abriendo

107 J.-A. Miller, *Le salut par les déchets*, en *Mental*, n. 24, 2010, p. 13.

108 *Ibidem*.

109 *Entrevista a Jacques Lacan* di Emilia Granzotto, en *La Psicoanalisi*, n. 41, Astrolabio, Roma 2007, p. 20.

106 Véase el texto de L. Storti en este volumen.

a nuevos discursos. Baudelaire con la poesía, la crítica de arte y verdaderos ensayos de sociología, no solo ha inaugurado la modernidad en la literatura, sino también ha evidenciado, poniéndolos en tensión, los polos de la contradicción que constituye la antinomia de su época.

El psicoanálisis no solo se inscribe y se mueve al interior de la antinomia de su época sino, casi un oxímoron, implica ruptura y reconstrucción, pérdida e invención: “Algo que haces signo, pero del cual no se entiende nada”¹¹⁰, decía Lacan a propósito del síntoma. El síntoma es una cosa que funciona, pero que muestra también su vertiente de no funcionamiento, que rompe y rehace, que hace perder e inventar y, puesto que de él no se entiende nada, nos interroga. Parecido por varios aspectos a la práctica artística, el psicoanálisis interroga el arte y ante todo el artista por el cual se deja enseñar y aprende.

Cada vida puede ser una pequeña obra. Cada uno puede volverse, como en el cuento de Kafka, “un artista del trapecio”¹¹¹, libre de escoger si viajar sentado en el asiento del tren o encaramado la malla portamaletas. El ser humano, por razones de estructura, puede en efecto escoger ponerse a una cierta distancia del otro observándolo de arriba desde la malla portamaletas, o inventando otras maneras para ampararse, como veremos hacer en el caso de un joven con su ‘Método’.

En otro cuento¹¹² de Kafka leemos la voluntad de ayuno de un hombre que se hace encerrar en una jaula sin alimentos y sin agua para que la gente llegue a mirarlo como se mira a un fenómeno de circo, evocación de la paradoja del ayuno anoréxico. ¡Mírame! ¡Ven a mirarme! ¡Deséame! ¡Ámame! Claro, pero no para todos es la misma manera. La anoréxica con el cuerpo descarnado puede dirigir su llamamiento provocativo al Otro y, al mismo tiempo, querer decir: yo me sustraigo, en donde su objetivo, en efecto, es mantener el deseo suspendido en una condición de eternización. Puede también, todavía, querer cortar radicalmente con el Otro, su ayuno será entonces un síntoma fijo que no entra en la dialéctica con el Otro y no pone en juego el deseo. La función significativa de su ayuno, en este caso, será el de operar un tratamiento sobre el cuerpo para atenuar el goce infinito y mortífero, incluso a riesgo de su vida.

La antinomia concierne aquí la vida y la muerte, como se ve bien en el caso de Elen antes citado,¹¹³ en donde la paciente opera otro tipo de tratamiento de su cuerpo por medio de la violencia perpetrada repetidamente por la pareja, como en otros casos

110 J. Lacan, *Il Seminario, Libro XVIII. Di un discorso che non sarebbe del sembiante*, Einaudi, Torino 2010, p. 46.

111 F. Kafka, *Un artista del digiuno. Quattro storie*, Quodlibet, Macerata 2009.

112 *Ibidem*.

113 Véase el texto de Laura Storti en este volumen.

de mujeres que se reducen a objetos de violencia y abuso por parte de esposos y parejas. Freud y el mismo Lacan retenían la posición del analista imposible al igual que gobernar y educar. Sin ser analistas, enseñantes o gobernantes, algunos conocen la imposible experiencia del padre, cuando pretende educar y regular en los hijos lo que más escapa a los cálculos, a las mediciones, a las reglas, a la voluntad, es decir a la pulsión, y se encuentra confrontado a la impotencia del no saber y a la ausencia de garantía en la antinomia que lo desgarrará entre el empuje a educar y la consciencia, en parte, de tener que dejar hacer.

La pulsión fermenta en la adolescencia y a veces se presenta como una turbulencia, una explosión. No siempre posee el esplendor de los fuegos artificiales, sino más a menudo se presenta como un bulto que duele, incluso sin forma, incluso puede revertirse en implosión, como revelan ciertas cerrazones y humores depresivos o intermitentes que los jóvenes padecen. Para nadie, hombre o mujer, es fácil encontrarse perdido frente a la pérdida de la infancia, enfrentando el misterio del sexo y de la femineidad, sentir fastidio hacia la autoridad que pretende poseer un saber indiscutible o la verdad sobre cómo gira el mundo y, no por último, experimentar la decepción de la fragilidad de un padre y de una madre, decaídos del pedestal desde donde los hijos pensaban que sus padres los veían, los amaban y los reconocían, decepción acompañada a menudo con rasgos de desprecio incluso de rencor.

La literatura es rica en testimonios sobre el malestar de vivir de la adolescencia –pensamos a Las penas del joven Werther de Goethe, Las tribulaciones del estudiante Törless de Musil, a Despertar de Primavera de Wedekind, en ciertas páginas de La piel y los huesos de Hyvärnauud que tratan de la amistad entre un profesor y un adolescente poco después de las deportaciones, Ondas de Virginia Woolf, un camino lírico de la infancia a la juventud a la búsqueda de un punto de apoyo identitario, a El diario de Anna Frank, al Joven Holden de Salinger y al desgarrador Alguien con el cual correr de David Grossmann, por no decir de El diario de una jovencita de una anónima vienesa con la prefación de Freud, diario que ha hecho la bisagra entre la adolescencia victoriana y la adolescencia moderna.

No hay ortopedia, no hay revolución capaz de corregir o cambiar lo que pertenece a la falla estructural del ser hablante: su relación con la muerte, con el sexo, con el amor, con la verdad, con lo que no tiene sentido (la muerte), no funciona de manera obvia (el sexo), es confiado a la contingencia (el amor), no se puede decir toda (la verdad).

Es en la intimidad de la persona de lo que estamos hablando, de la intimidad que nos confían las personas que vienen al *Ce.Cli*. Por eso es necesario que las personas que *Ce.Cli* esté formado, sepa lo suyo sobre el funcionamiento del inconsciente, sobre la pulsión de muerte, sobre la angustia y sobre lo que hace obstáculo a la ilusión de una armonía. Cuando se habla de la intimidad de una persona, se entiende su más íntima

juntura, su historia, sus raíces, su lengua, su fe o menos, todas cosas que no son medibles y tampoco criticables. En este crisol se radica la lengua única y especial de cada uno con la cual está tramado el inconsciente, una lengua de la cual Italo Svevo decía que quedaba definitivamente la que se movía en su cabeza.

Esta lengua, llamada materna, es la misma lengua íntima que el psicoanálisis defiende, en la cual anida aquella diferencia absoluta de la cual se decía y por la cual Lacan ha inventado una palabra: 'lalengua', escrita sin separar el artículo. Materna está aquí a significar que es el sustrato del lenguaje, que es la lengua alrededor de la cual el lenguaje elucubra una gramática, es entonces materna en cuanto matriz, no en cuanto necesariamente lengua de la madre o del país de origen.

La lengua, la 'lalengua' queda y, parafraseando Sylvia Plath en los *Diari*¹¹⁴, es lo que al mismo tiempo queda y se va de paseo por el mundo, queda porque nos habita y la habitamos. Es importante, para quien opera en el *Ce.Cli*, tener presente, haber hecho la experiencia de esta relación con la intimidad de 'lalengua' para hacer de ella un instrumento que se sitúa entre el escuchar, leer y velar.

Quienes operan en el *Ce.Cli* tienen que saber que el síntoma, cuando el inconsciente, leído hasta la última letra, encuentra el límite del desciframiento y ha sido destilado hasta la última esencia, deja un resto. Tienen que saberlo para afinar la oreja que escucha leyendo, la oreja que escuchando lee entre las líneas y no se preocupa del sentido sino de provocar una sensación, si por eso hay condiciones de posibilidad, la tentación del inconsciente, como se verá en el caso de Ernesto, sorprendido por el significativo performance que el inconsciente le ofrece después de algunos encuentros en bandeja de plata.

Un caso clínico: una tentación del inconsciente.

No lo había pensado...

Primero encuentro

No puedes hacerlo solo, había dicho una amiga a Ernesto, un hombre alrededor de cincuenta años, empleado, de origen eslavo, sugiriéndole de dirigirse al *Ce.Cli*.

Aún en la puerta, hace una petición sorprendente que me encuentra desprevenida: me pregunta si hay un baño para 'lavarse bien la cara'. Extiendo los brazos mostrando

114 S. Plath, *Diari*, Adelphi, Milano 1998.

cierto desconcierto y lo invito a entrar. A sus espaldas, la mujer que lo ha acompañado al *Ce.Cli* le murmura que por una vez puede esperar. De este pequeño ritual sobre el cuerpo no diré nada y, en la economía de lo que emergerá, no consideraré oportuno saber más.

'He pasado por muchas cosas', dice Ernesto, 'no todos han pasado por todas estas cosas'. Ha tenido un episodio asmático y un pequeño disturbio al corazón, consume tranquilizantes, al principio recetados por un médico y luego en una aproximativa autoprescripción. Siente una opresión al pecho que lo preocupa y agrega tener una cierta tendencia a la depresión.

Le pido que me diga qué quiere decir depresión. Dice que el médico, al cual se dirigió tiempo atrás, ha definido así su malestar. Ernesto muestra una cierta inhibición y reticencia en hablar, pero, al mismo tiempo, con raras palabras y largos silencios, dice cosas fuertes. Hace diez años su esposa se cayó, quedando muy mal. Se espantó porque la vio casi muerta en el empedrado. Hace pocos años, su prima murió en sus brazos. Le estaba haciendo una visita, ella quiso levantarse, se apoyó en él y ha muerto deslizándose contra su pecho. Entendió el resonar dentro de sí el corazón de la prima que se partía. '¿Es posible algo parecido? ¡También esto me ha pasado!', dice. Pongo en tensión el episodio de la muerte de la prima y su disturbio al corazón. Cierro la sesión.

Segundo encuentro

'El verdadero problema es el ansia porque no logro contar cosas divertidas cuando me encuentro en compañía'. La primera vez pasó a los dieciocho años mientras contaba a los amigos la broma de un amigo. Su cuento se interrumpió en la mejor parte, como si la memoria fuese desvanecida de repente. Referido el episodio, se siente aligerado: 'No imaginaba una cosa así'. Claro, digo, hablar hace bien y a veces vienen a la mente cosas impensadas. Cierro la sesión. 'Una cosa la tendría, pero tengo vergüenza', dice en el umbral. Distraídamente le hago entender que hay tiempo.

Tercero encuentro

No duda en contar las 'violencias sufridas de niño por parte de una mujer más grande'. Piensa que está justo ahí la causa del problema relativo a sus prestaciones sexuales, problema que se traduce en un sentimiento de inferioridad respecto a las medidas de su pene. Esta mujer le había pedido una prestación que no era a la altura de realizar, a causa de la edad. Le pregunto si la conocía. Con una cierta reticencia dice que era su prima de diez años y él tenía cinco. Pregunto si era la misma que se había muerto

entre sus brazos, y de la cual había escuchado el ruido de su corazón que se partía. Era ella, hacia la cual había siempre mantenido ‘un sentimiento particular: la veía como una mujer, mientras que veía la otra prima como una prima’.

Lo invito a decir algo más sobre su vida sentimental y sexual. Está casado, padre de un joven y desde algunos años tiene una relación extraconyugal. Nunca ha pensado en separarse, es aficionado a la esposa y quiere envejecer con ella.

Le pregunto qué hace en el *Ce.Cli*. ‘Bella pregunta, ¡dígame usted!’, rebate con humorismo detrás de la apariencia seria e inhibida, y agrega que hace tiempo ha leído un libro sobre la importancia de los sueños. ‘Hablar aquí es diferente’, agrega.

Ya, digo, y pongo en serie el accidente de su esposa, la muerte de la prima, las ‘violencias sexuales’ por ella perpetradas hacia él y el lazo con el asunto del corazón. Le pregunto qué tiene que ver él en todo eso y si acaso hay un detalle, tal vez sin sentido o absurdo, en su vida, porque al *Ce.Cli* interesa justo el detalle que no tiene sentido.

Declara que el verdadero problema es la dificultad en contar historias graciosas, de hablar en público y se refiere aún al episodio del cuento de la broma. Subrayo que no es lo mismo hablar en público y contar historias graciosas. Recuerda, entonces, haber hablado en público, sin problemas, cuando se trataba de promover su actividad, en sustancia cuando no se trataba ni de hacer reír ni de entretener.

Pido a Ernesto si alguien, en su infancia o juventud, era particularmente bueno contando historias. ‘¡Mi padre!’ dice sorprendido, después de un largo silencio. El padre era un cantautor de calle que la gente de su país del este se abarrotaba para escuchar. Enseñaba al hijo las palabras que escribía y lo traía consigo para que las cantara. Ernesto era tranquilo, todo iba bien, cuando cantaba con el padre, incluso era bueno. ‘Pero’, dice, ‘mi padre era de verdad muy bueno, ¡hacía verdaderas performances!’ Hago notar que performance se usa también para las prestaciones sexuales. Le viene entonces a la mente un recuerdo particular olvidado: la vez que contó la broma estaba presente una muchacha que le gustaba mucho, pero que lo había rechazado. ‘¡No había pensado que tenía que hacer una performance frente de aquella muchacha!’.

Cierro la sesión.

Cuando las palabras sorprenden

En sólo cuatro encuentros, Ernesto ha tocado el nudo central que liga la cuestión del padre, la cuestión sexual y la cuestión del Otro sexo, es decir las mujeres –tres fuegos de la existencia del ser hablante– demostrando cómo la pulsión es vehiculada por la

misma red del inconsciente estructurado como un lenguaje e inscrito en el cuerpo. Ernesto ha hecho la experiencia de lo que es el inconsciente de las palabras con el cuerpo, experiencia en la cual algo ha tomado una forma nueva sorprendiéndolo¹¹⁵. La palabra, por medio del significante performance, ha podido vehicular el detalle con el cual Ernesto ha anudado, por un lado, el padre excelente cantautor y el buen hijo que canta a su lado, por el otro, el padre detentor del falo y el niño bajo medita, no a la altura de la prima que encarnaba el encuentro con la mujer. Cuando Ernesto promovía su actividad era tranquilo, porque no estaba abarrotado por el falo que, en cambio, cuando se quiere hacer reír, estorba en cuanto vehicula siempre algo de sexual.

El significante performance ha revelado el trauma del niño. La pulsión para el macho es algo que se manifiesta desde adentro: no tanto a la vista del sexo femenino, cuanto por medio de un empuje que proviene del interior. Un ejemplo de las bromas que hace tal empuje del interior es la entrega de una tarea a la maestra que puede provocar incluso una erección¹¹⁶. El varoncito experimenta así en carne propia, la división estructural entre la presunta integridad del cuerpo y el pene. Presunta porque por el psicoanálisis no hay simbiosis entre el sujeto y el cuerpo, es decir el sujeto no es el cuerpo, sino tiene un cuerpo, de aquí el sentimiento de exilio y de extrañeza que el ser humano percibe en relación a su propio cuerpo y que puede asumir diferentes formas. Pensamos, por ejemplo, en la relación que una joven mujer tiene con el propio cuerpo al espejo que ve siempre demasiado gordo incluso cuando el peso alcanzado está en los límites de la sobrevivencia.

Para la hembra, en cambio, la pulsión se manifiesta desde afuera, porque ella está dividida entre la ilusión de la completitud del propio cuerpo y el deseo del Otro, su mirada, por ejemplo, que la divide, por un lado, y la hace desear, por el otro. A la edad de cinco años, Ernesto se encontró en una dificultad doble respecto a la división: por un lado, como cada varoncito, ha encontrado su propia erección como algo despegado¹¹⁷, por el otro, se ha encontrado en posición femenina, porque dividido por el deseo del Otro, el deseo de la prima. A este deseo no podía por cierto responder, si no haciéndose captar inadecuado al performance requerida. Es, entre otros, interesante el hecho que es exactamente lo que ha puesto en escena de inmediato en la puerta del *Ce.Cli*, esta vez, poniendo el analista en la posición de inadecuada. Un punto que en la eventual continuación de la cura podía ser retomado en la transferencia, por ejemplo.

Ansiedad, depresión, etiquetas fácilmente aplicables hoy en día, representan pequeñas malditas fórmulas que clavan las personas al propio síntoma. Cuatro encuentros al *Ce.Cli* han traído un cierto alivio al sufrimiento de Ernesto a partir de una pequeña

115 J. Lacan, *El síntoma*, en *La Psicoanálisis*, n. 2, Astrolabio, Roma 1987.

116 J. Lacan, *El Seminario. Libro X. L'angoscia*, Einaudi, Torino 2007.

117 J. Lacan, *El síntoma*, op. Cit., p. 21

falla en lo que se presentaba como un síntoma somático cerrado. La falla ha sido producida por el aflojamiento de un nudo sintomático de fachada, el 'hablar en público', que sostenía el otro. Ernesto ha podido darse cuenta y sorprenderse de los efectos de su palabra que, en cuanto enganchada a un goce del cuerpo, estaba tomada en una cierta inhibición, presa del Otro. La etiqueta 'depresión', el 'usted está deprimido', no hacían otra cosa que coludir con esta cautividad, hasta que no ha encontrado en el *Ce.Cli* su lugar de escucha.

Otra tentación del inconsciente

Emblemático es el caso de Gemma, una joven mujer que llega al *Ce.Cli* muy sufriente después de un aborto. Desde el primero encuentro, al terminar de un largo discurso sobre la maternidad en el estilo manual médico pedagógico, en donde por cierto no pongo boca, al último momento, casi en la puerta, pone en relación su obsesión de ser una madre perfecta con el deseo mortificado de una actividad artística en la cual es muy dotada. Hace de enlace a tal conexión un significante ya aparecido más veces en su decir, pero con el cual solo al final se sorprende con anudar maternidad y arte. A partir de este primer anudamiento, Gemma inicia a interrogarse sobre la diferencia que percibe entre la madre y la mujer y, de inmediato, aparece la madre, su madre. Se ha abierto así por ella la falla donde su deseo de mujer se ha extraviado entre madre e hija. "Soy una mujer y no existe lealtad, ni siquiera entre madre e hija. Ambas luchan por el padre, por el hijo, por la cama de la mente y del cuerpo"¹¹⁸, escribe Sylvia Plath que ha sabido investigar la compleja y devastadora relación madre/hija. Por el psicoanálisis ser una madre no significa necesariamente ser una mujer en el sentido de una posición femenina, a menudo es justo lo contrario y, al mismo tiempo, una no excluye necesariamente otra. Dependerá ahora de Gemma si decide interrogar esta falla y emprender un trabajo de análisis en el lugar adaptado y con quien elegirá. Lo que es seguro es que la experiencia del *Ce.Cli* la puso de frente a la tentación del inconsciente.

La 'catedral freudiana'. Los restos

Un paciente rechazado por los servicios sociales ha sido objeto de una inoportuna y vulgar intervención de parte de quien lo tenía en tratamiento y debía sostenerlo en el curso de una audiencia en tribunal: 'Me parì' n'attrezzo' (referido a la abundancia de piercing en la cara del joven) han sido las palabras que lo han herido. Después de haber referido el episodio, el joven declara que quiere 'sostener la catedral freudiana

porque creo en este trabajo!'.

Esta viñeta muestra la intolerancia que encuentra sostén en el 'fantasma' del psiquiatra que lo tenía en cura, fantasma que puede ser también del analista, como de cualquier otro operador o terapeuta y que, por el psicoanálisis, representa el velo formado por las ideas y las verdades personales del analista que van a recubrir la enunciación del sujeto, impidiendo así que surja la suya de verdad. Como subraya Massimo Termini¹¹⁹, el fantasma 'cosquillea' al mismo terapeuta empujándolo a responder, aunque solo sea para pacificar su propia angustia. En otras palabras, si se trabaja sosteniéndose en el fantasma, es imposible que el sujeto llegue a construir el suyo y a enfocar lo imposible que encierra y que constituye el soporte de lo que lo especifica respecto al propio deseo.

En el caso citado arriba, un caso de psicosis, el fantasma del terapeuta entró en colisión con la invención del paciente, con su obra de estabilización imaginaria que, aunque frágil y quizás precaria, era y es todavía preciosa. Dark había encontrado su manera de tratar lo real sin velo por medio del uso del piercing con el cual templaba el goce sin límite del cuerpo. "Mi look es un clavo. Me hace. Como la obra de un artista. Como una piel. No lo dejo"¹²⁰, dirá un día. Es interesante notar cómo con el tiempo su manera de tratar lo real imposible se ha transformado en un trabajo, aunque intermitente, por un joven que los Servicios Sociales han clavado a una vida con etiqueta de inválido, cerrándole las puertas de la inserción social y al cual el psiquiatra quisiera incluso arrancar su clavo, su precioso punto de apoyo. Dark, de vez en cuando, hace piercing en el cuerpo de quien se le dirige, lo hace con atención, prudencia y satisfacción, respetando todas las normas higiénicas.

En cuanto a la catedral, es un significante sorprendente. En efecto Freud ha construido una verdadera catedral que, como la fábrica del Domo, nunca termina de arreglarse en el tiempo dando razón de su particular manera de sobrevivir en la contemporaneidad. Si en la arquitectura se habla de la estrategia de la inclusión, paradigmática para arquitectos como Rem Koolhaas o. Gehry, según los cuales lo hipermoderno y arqueología industrial no se excluyen, sino se desarrollan en formas topológicas, en el psicoanálisis se trata de una doble inclusión: primero, la que la ve incluirse y al mismo tiempo ponerse de tropiezo al discurso común; segundo, la que la ve ocuparse de los restos, encarnados justo por aquellos sujetos que la sociedad rechaza como herramientas inútiles y antieconómicas y que no encuentran una colocación que satisfaga el fantasma común.

Los cimientos de la catedral freudiana se apoyan en una relación particular con la

¹¹⁸ S. Plath, *Diari, cit.*, p. 129.

¹¹⁹ Véase el texto de M. Termini en este volumen.

¹²⁰ C. Menghi, *Metamorfosi generalizzata. Dark*, en *La Psicoanalisi*, n. 41, Astrolabio, Roma 2007, p. 199.

economía, en donde lo que es antieconómico para el discurso del amo, es económico para el sujeto en cuanto le sostiene el derecho a hacer lazo social según sus propios medios y sus invenciones, o de no hacerlo, en el caso se revelara peligroso por él, como en el caso del personaje de Kafka que viaja en la malla portamaletas fuera del alcance del Otro.

En esta lógica, en esta topología, también un fenómeno como el vagabundeo toma un estatuto nuevo además que insertarse en una nueva espacialidad. Se inscribe, en efecto, como una nueva posibilidad para el sujeto de detener la eventualidad del pasaje al acto como una modalidad drástica y radical de separarse del Otro, modalidad que va del crimen al suicidio con las dramáticas consecuencias sociales y subjetiva que bien conocemos. “Las personas que enloquecen viven encerradas (para proteger a ellas mismas y a los otros). Para muchas de ellas una fuga de la común espacialidad de la sociedad, de las reglas, de la lengua, de la lógica y de la comunicación es la sola manera para constituirse una espacialidad propia”¹²¹, leemos en las páginas del arquitecto contemporáneo Pascal Schöning. La sustracción por medio de la automarginación o la errancia pueden tener consecuencias menos graves para el sujeto de una inserción o de una integración social forzada.

El caso de Lucia, llegada al *Ce.Cli* en pleno desencadenamiento psicótico, es ejemplar, así como lo son los de Mario, Sara y Nanda, o los de Piera y Marco, casos por medio de los cuales Beatrice Bosi y Ezio De Francesco¹²² dilucidan las múltiples variedades del pasaje al acto.

En la catedral freudiana hay entonces lugar para todos, no en nombre de la igualdad democrática ni en nombre del ideal de la buena forma, de la ‘gloria’ de la forma¹²³, como se podría pensar, sino en nombre del uno por uno, de lo sin forma de cada uno, por medio del caput mortuum¹²⁴ que lo concierne y que hace la diferencia, lo hace desigual. Como decía Hannah Arendt, la igualdad puede ser ‘monstruosa’, cuando corre el riesgo de reducir el ser humano a materia hundiéndolo “en el abismo más profundo y sombrío de la igualdad originaria”.¹²⁵

Una oferta doble

121 P. Schöning, *Manifesto for a cinematic architecture*, AA 2005, p. 15.

122 Véase el texto de B. Bosi y E. De Francesco en este volumen.

123 J.-A. Miller, *Le salut par les déchets*, cit. P.10.

124 *Ibidem*, la referencia de Miller es a lo que para los alquimistas caía, venía evacuado en la operación alquímica.

125 H. Arendt, ‘L’immagine dell’inferno’, en *Antologia*, cit. P. 50.

¿Adónde se fue el psicoanálisis por cien años? Pregunta Carla Centioni a Maria Rita Conrado¹²⁶. ¿Adónde se fue el psicoanalista? Se decía que se había mantenido en una cierta extraterritorialidad. Mientras que hay quien grita a la muerte del psicoanálisis y a la inutilidad de pensar el inconsciente, el psicoanalista se ofrece para “reconocer y dilucidar la diversidad humana, la diversidad de los modos-de-gozar de la especie”¹²⁷, incluso en lugares diferentes del consultorio privado. El psicoanálisis, ‘cosa de élite’, por todo un siglo no ha rozado una categoría de personas, es por eso que para responder al malestar contemporáneo que no toma fácilmente el camino del privado, movidos por nuestro deseo, nos hemos lanzado en la oferta de los centros clínicos según el modelo de los CPTC en Francia¹²⁸. A la oferta ha seguido, casi de inmediato, la demanda que nos ha permitido constatar cuanto fuese urgente una escucha pormenorizada.

Nos hemos dado cuenta que la nuestra, la del *Ce.Cli*, es una oferta doble: por un lado, puede suscitar la demanda, por el otro, hace de papel tornasol a la eficacia del psicoanálisis mismo, desde dos puntos de vista.

Primero: en donde *Ce.Cli*, en donde no se hacen curas analíticas, quien ocupa la posición de quien escucha, como se decía, es un analista o una persona en formación analítica, lo que quiere decir no sólo que se ha sometido o, si aún está en formación, se somete a un análisis personal profundo, pero se somete también a controles con un analista por él considerado experto.

Segundo, y consecuencia de lo expresado arriba, de la demanda de una sencilla escucha puede nacer una demanda de análisis porque las personas que se acercan al *Ce.Cli* captan, en la escucha pormenorizada, la posibilidad inédita de interrogar las causas de su malestar y darse cuenta que tal posibilidad, no sólo es al alcance de cualquiera que lo desee, sino, al mismo tiempo, darse cuenta que el análisis es por alguien una perspectiva sobre la cual invertir, no siempre lo es, necesariamente y obligatoriamente para todos.

Nos hemos dado cuenta que muchas personas llegan al *Ce.Cli* después haber dado la vuelta de las siete iglesias del universo psi y como carta de presentación tienen en el bolsillo las palabras con las cuales el especialista anteriormente encontrado las ha calificado. Se dirigen hacia nosotros en la enésima tentativa de recibir un consejo o una solución a su malestar que piensan poder revelar mejor o de forma más eficaz que los anteriores, a veces, en cambio, no saben y no esperan nada, sólo tienen curiosidad como se puede tener por probar el yoga, lo stretching, un masaje más en el mar

126 Véase el texto de C. Centioni y. M.R. Conrado en este volumen.

127 J.-A. Miller, *Verso PIPOL 4*, en *La Psicoanalisi*, n. 42, Astrolabio, Roma 2007.

128 Hay que subrayar que en Francia el psicoanálisis ha sido declarada por el estado ‘de pública utilidad’ y recientemente la *ECF (Ecole de la cause freudienne)* ha sido reconocida como *ONG* por el *ONU*.

de las ofertas de curación y bienestar. Se dan cuenta en un segundo momento que al *Ce.Cli* no se ofrece nada de precocinado: ni soluciones, ni respuestas, ni calificaciones, y descubren en cambio con sorpresa que el psicoanálisis (como referencia) no es un monstruo sagrado e inaccesible, ni una cosa reservada a los ricos o a gente culta, sino una ocasión para que la palabra asuma un nuevo estatuto, como se ha visto en el caso de Ernesto, el cual se sorprende que una cierta cosa nunca se le ocurrió antes y de la cual, en el fondo, es responsable.

Al *Ce.Cli* se llega por medio del boca a boca o visitando el sitio internet y a menudo las personas contestan a la oferta después un prolongado sufrimiento quedado no escuchado; muchas llegan porque son rechazadas por los Centros de salud mental a causa de la gravedad de sus síntomas, otras porque están desconectadas y se les suministran fármacos que, como hemos podido constatar más de una vez, compensan la excesiva dilución de las citas en los Centros que lo tienen en tratamiento. El fármaco cubre, en efecto, en este caso la imposibilidad de encontrar un lugar en dónde hablar de lo que sufren con la frecuencia que se necesita, caso por caso. Eso no quita que una terapia que hace referencia a la palabra no deba o no pueda ser acompañada por fármacos, cuando se trata de enfrentar una crisis aguda en la psicosis o en la espera que la toma de palabra del sujeto produzca sus efectos sobre el goce sin límite que lo invade. Nos parece importante, al mismo tiempo, vigilar que el fármaco no aleje definitivamente al sujeto de la experiencia de su cuerpo, como pasa con los ansiolíticos y los antidepresivos, o de la cadena significante, como pasa con los neurolépticos¹²⁹, ayudando el sujeto a articular la experiencia de palabra con el goce del cuerpo por medio de un trabajo de simbolización de los fenómenos destructivos.

Como los hechos de crónica enseñan, pasa que entre los giróvagos de la salud mental alguien de repente empieza a delirar o a delinquir por la ciudad a causa de la no adecuada asistencia o de un diagnóstico superficial, incluso con la sorpresa de quien debería estar a la altura de captar los signos que llevan al desencadenamiento de la locura y se ha, en cambio, dejado engañar por el aparente restablecimiento. A veces se trata de saber captar a tiempo, y esto se hace en el *Ce.Cli*, detalles mínimos, indicios, antes que la situación precipite con consecuencias subjetivas y sociales importantes, cuando no catastróficas, pero sobre todo de no pensar que el buen humor y la euforia sean solo signos de vitalidad. El antidepresivo, aunque induciendo un aumento del humor, puede producir en el sujeto un estado maniaco que a veces se revela riesgoso y deletéreo. Algunas personas, por fin, llegan al *Ce.Cli* como último recurso en donde intentar construir un techo, una cabaña trenzada con sus palabras.

Si en algunos casos los encuentros han tenido simplemente una función preliminar

129 F. Leguil, *La paura del folle*, en *La Psicoanalisi*, n. 45, Astrolabio, Roma 2009, p.150.

a la demanda de análisis, en otros han tenido la función de poner en contacto la persona con las causas del propio malestar, en otros aún han tenido simplemente la función de pacificar la angustia permitiéndole una vida más vivible, como en el caso del joven que se marcha después haber depositado en mí una copia de su 'Método'. Hay también personas que han simplemente dejado de ir después de los primeros encuentros. Ciertamente todas, independientemente del éxito, han hecho la experiencia de un estatuto nuevo de la palabra.

Soy como un fruto

Un joven, después algunos encuentros con el *Ce.Cli* en donde sus palabras escurren como un enjambre confuso y fragmentado, intercalado por largos silencios, suspiros y por el estiramiento de todo el cuerpo, ha depositado lo que en après-coup definiría una especie de metáfora del nacimiento del sujeto: 'Soy como un fruto. He caído del árbol, he dado vuelta, pero detrás de mí no había nada. No estaban los dos árboles. Estoy solo'.

Si en un primer tiempo lo que traía era el desconcierto y la dificultad de hacerse un punto de anclaje, en un segundo tiempo, el hecho de haberlas depositado en el curso de algunos encuentros ha hecho de sus palabras, enganchadas al discurso del Otro, su metáfora. A partir de este pasaje no solo ha habido en él una ganancia de saber, sino ha crecido también una cierta pacificación que le ha permitido reorganizarse en el día a día, de reanudar el estudio y poner por escrito el proyecto de un 'método' otorgándole 'un título: 'ayer, hoy y mañana'.

Este joven ha puesto las bases para empezar a ser alguien, como diríamos en jerga, ha iniciado a paranoicizarse un poco para darse una consistencia¹³⁰ creándose una personalidad como defensa.

Un ciclo se ha concluido.

La sorpresa y la demanda

Lacan en el 1975 decía una cosa tan simple que parecía incluso banal: quien trabaja es la persona misma que viene a formular la demanda de análisis. Insistía sobre cuánto es indispensable que la demanda tome forma, y ponía el acento sobre la importancia de no catalogar en anticipo la persona sufriente que se dirigía a un psicoanalista. Hoy, en

130 J.-A. Miller, *La salut par les déchets*, cit., p12.

la abundancia de las ofertas psicoterapéuticas que crean a veces una cierta confusión en los así llamados ‘usuarios’, se escucha decir ‘voy con el psicólogo’, allá en donde se entiende ‘voy con el psicoanalista’ u al contrario, y en un caso como en el otro es dado por sentado que el común denominador sea la palabra y la escucha. En una especie de inflación de la escucha, todos escuchan y todos interpretan, pero no es suficiente que haya palabra para que haya escucha, así como no es suficiente una escucha cualquiera –lo hemos visto en el caso de Paola D’Amelio– para que la palabra sorprenda al sujeto produciendo un efecto de verdad y de cura. Con demasiada frecuencia la palabra del Otro se erige a defensa en contra de la palabra del sujeto. Jacques-Alain Miller, para distinguir un lugar de escucha pormenorizada, como es el *Ce.Cli*, lo ha llamado lugar Alfa¹³¹, designando con la primera letra del alfabeto griego un lugar en el cual la tentación de la charla se transforma en interrogación para el sujeto y a su vez la interrogación se transforma en respuesta haciéndose papel tornasol de su saber inconsciente. Es a partir de esta nueva articulación: escucha/interrogación/respuesta, que la palabra puede cambiar de estatuto y volverse una palabra inédita en la cual el sujeto mismo se encuentra implicado en toma directa con el síntoma del cual se queja.

Después de casi cuatro años de vida del *Ce.Cli*, podemos decir que la especificidad de nuestra intervención, como se deduce de los casos que hemos presentado, apunta a focalizar con relativa rapidez un punto no calculable, no medible, evitando operar la conexión inmediata entre la demanda de curación y el síntoma que se basa en la idea que cualquier cosa puede encontrar un sentido y un significado¹³². Compete al sujeto, a partir de la sorpresa de su mismo decir y de un mínimo de saber adquirido sobre su propio sufrimiento, decidir si contentarse de la conclusión del ciclo¹³³, o proseguir formulando una demanda de verdad.

Para el *Ce.Cli* las elecciones del sujeto son todas dignas y respetables.

131 J.-A. Miller, *Verso PIPOL 4*, cit.

132 J.-A. Miller, *Effetti terapeutici rapidi*, Borla, Roma 2007, pp. 74-75.

133 J.-A. Miller ha propuesto la teoría de los ciclos, es decir una aplicación del psicoanálisis a la terapéutica que puede tener efectos terapéuticos rápidos, aunque no constituyendo un análisis llevado a término. Por otra parte, considera también que un análisis llevado a término es un proceso que atraviesa ciclos. Un ejemplo de ciclo lo podemos encontrar en el texto de Lacan *La dirección de la cura* (*Escritos*, Siglo XXI), cuando habla de la ‘rectificación subjetiva’ como primer momento de la cura y hace referencia al caso freudiano de ‘Dora’, la cual se da cuenta de participar al malestar del cual se queja.



EL PSICOANÁLISIS EN LO SOCIAL



EL PSICOANÁLISIS EN LO SOCIAL
Se terminó de imprimir en noviembre de 2023

La impresión estuvo a cargo de Impresiones CIME
SUR 71 A 107, Col. El Prado C.P. 09480
Iztapalapa, Ciudad de México
Tirada: 200 ejemplares



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

DIF



Asociación Polivalente
de Orientación Laxantiana, A.C.



"Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos.

Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en la ciudad de México, será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente".

"Proyecto financiado por el Programa Conversión para el Bienestar de las Niñas, Niños, Adolescentes y Personas con Discapacidad 2023, con recursos públicos del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia de la ciudad de México".